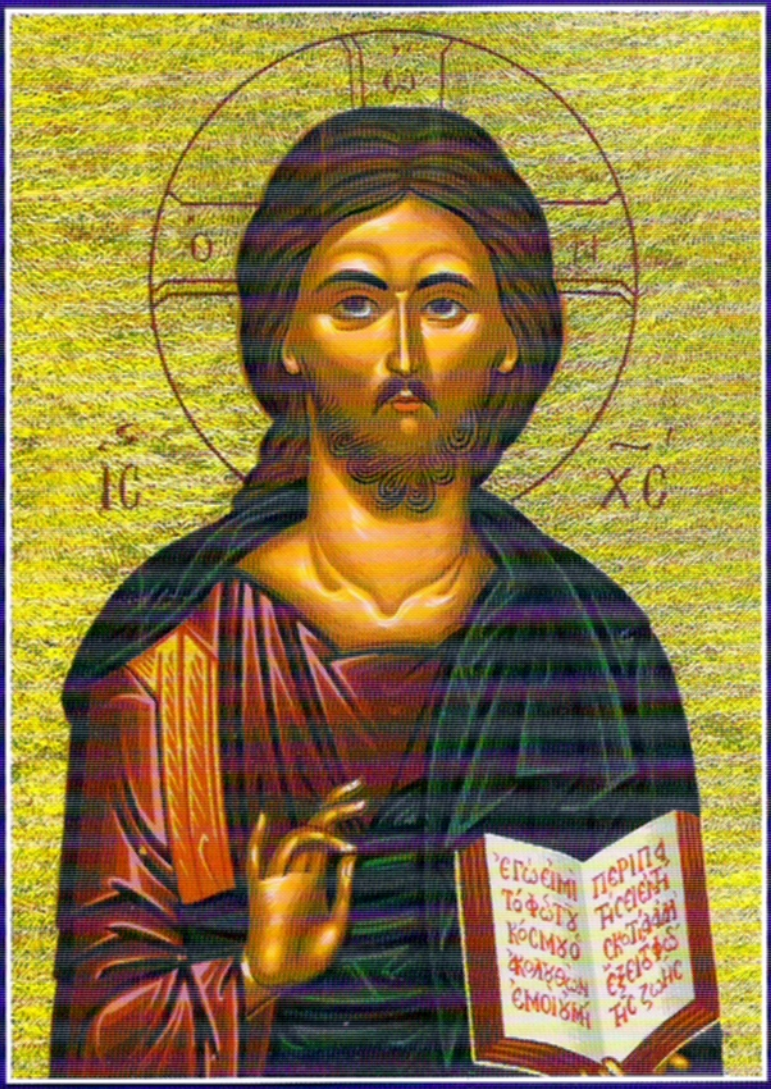
Eucaristía

Apuntes pastorales



Parroquia San Miguel - Jaén

Eucaristía

PARROQUIA DE SAN MIGUEL

EDITA:

Parroquia de San Miguel.
Teléfono 953 22 29 87
JAÉN

IMPRIME:

CATENA 3, S. L.
C/. Hernán Cortés, 8 y 10
Teléfono-Fax: 953 25 24 61
E-mail: catena3@arrakis.es
23006 - JAÉN

DEPÓSITO LEGAL: J-148-2006

I.S.B.N.: 84-609-9801-0

Presentación

¡Un año más! Gracias a todos los que colaboráis en esta acción pastoral y a toda la familia parroquial, que, con su buena acogida, nos anima a seguir luchando por el bien.

Os invitamos a hacer una excursión-ficción por el mundo de la Eucaristía como recuerdo de un año consagrado a vivir este misterio de una forma especial. Sin más, nos detenemos en Roma y asistimos a la presentación de los dos grandes documentos de Juan Pablo II, relacionados con este acontecimiento: «Ecclesia de Eucharistía y Mane nobiscum».

En un tono biográfico, el Papa, en su encíclica «La Iglesia vive de la Eucaristía», nos transmite sus vivencias personales en sus múltiples jornadas apostólicas, nos hace ver que el binomio Iglesia-Eucaristía son inseparables, como nosotros mismos lo expresamos al cantar el Adoro te devote. Y es que la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace Iglesia. Y en su carta apostólica «Quédate con nosotros», después de presentarnos los tres maravillosos eventos eucarísticos – el Congreso Eucarístico Internacional en Guadalupe (México, del 18 al 21 de Octubre de 2004), la vigésima jornada de la Juventud en Colonia (del 18 al 21 de agosto de 2005) y el Sínodo de Obispos (en Octubre de 2005)-, reflexiona sobre el icono de los discípulos de Emaús y el cuadro de la Trinidad y la Eucaristía de Rublev, para animarnos a trabajar por una cultura de la Eucaristía, arrancando de lo más íntimo de nuestro corazón esa súplica evangélica: «Quédate con nosotros, Señor».

Dejamos Roma y volamos a América para participar en el 48 Congreso Eucarístico Internacional en México. De manos de la Virgen, primera misionera de América, mujer eucarística por antonomasia, como Sagrario en la Anunciación, Custodia en la Visitación y Altar en el Calvario, recorremos las grandes avenidas de la ciudad, meditando el lema del Congreso: «La Eucaristía, luz y vida del nuevo milenio».

Cristo, misterio de luz para un mundo desorientado por tanta violencia, por tanta corrupción y tanto laicismo destructivo. Cristo misterio de vida, ante una cultura de muerte con su muestrario escalofriante, donde triunfa el más fuerte a costa de los más débiles.

No podemos olvidar aquel acto que hace varios años, en la Plaza Mayor de Madrid, un grupo de personas de buena voluntad llevaron adelante: colocaron 40.000 velas encendidas en memoria y reparación de los que diariamente mueren víctimas de la insolidaridad y egoísmo de nuestro mundo desarrollado.

¡Ojalá que Cristo-Eucaristía sea como ese foco potente que nos deslumbra para que ya no veamos otra cosa que a Cristo en todo y en todos los hombres!

El no se cansa de repetirnos: Yo soy el camino, la verdad y la vida… Yo soy la luz del mundo… Yo he venido para que tengáis vida abundante.

Nuestro sueño ya es realidad. Estamos en Colonia, ciudad abierta, por su espíritu universalista, gracias a prohombres como San Bonifacio, San Alberto Magno, Edith Stein, y a sus iniciativas caritativas como Miserere, Adveniat…; ciudad con aires ecuménicos, donde es posible un diálogo con la Sinagoga y la Mezquita, no como intercambio de ideas, sino de dones patrimoniales comunes.

Ante las reliquias de los Magos de Oriente nos postramos con el Papa Benedicto XVI, con más de 9.000 entre Obispos y Sacerdotes, y más de un millón de jóvenes, y con ellos decimos: venimos a adorarlo.

Hoy no nos preguntamos: ¿dónde está el rey de los judíos?, sino ¿Quién puede darnos una respuesta satisfactoria a los anhelos de nuestros corazones?

Volvemos a Roma para seguir de cerca el Sínodo de Obispos que, al lado del Papa, centran su oración y estudio en el misterio eucarístico.

¡Que nuestra Señora del Santísimo Sacramento ruegue por nosotros!

Introducción.

Capítulo 1º

La Iglesia vive de la Eucaristía

Comenzamos contemplando el **cuadro de Rublev sobre la Trinidad y la Eucaristía**, porque la Eucaristía es obra de la Trinidad: del Padre, a quien se ofrece, del Hijo, quien se ofrece, y del Espíritu Santo, que hace realidad que el pan se convierta en el cuerpo de Cristo.

Siguiendo ese río caudaloso de la tradición bíblica y patrística y de las enseñanzas de los Papas, de modo especial de Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucaristía* y *Mane nobiscum*, nos sentimos impregnados de un amor divino.

I.- La Eucaristía es un misterio de Luz.

Con realismo el profeta Isaías nos enseña que para poder evangelizar al mundo hay que erradicar las tinieblas del pecado: *«…Vio al pueblo que caminaba en tinieblas, vio una luz grande; creció la alegría y aumentó el gozo, porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado y es su nombre* Príncipe de la paz» (Is 9,1-6).

Para ello necesitamos a Cristo, luz que ilumina a todo hombre, que viene a este mundo, pues en la Palabra está la Vida y la vida es la luz de los hombres, aunque la Palabra vino a su casa y los suyos no la recibieron, pero a cuantos la recibieron les da el poder de ser hijos de Dios. *Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros* (Jn 1,4-18).

Imagínate las consecuencias de un apagón de luz en una gran ciudad: todo se paraliza y el miedo y la muerte intentan imponer su ley.

Asistamos a *la fiesta de los Tabernáculos,* que nos recuerda el pere-

peregrinar del pueblo de Dios por el desierto. Aquellas tiendas de campaña, iluminadas por antorchas, reflejaban sus rayos en las láminas doradas del templo, que parecía un ascua encendida. Jesús se hace presente y como fuera de sí grita: *Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida.* (Jn 8,12).

Contempla ahora la Hostia consagrada, que es como un foco potente que te deslumbra, y ya por doquier sólo ves luz, sólo ves a Cristo… Y oye la voz de Pío XII a los misioneros de Alaska que, ante la dificultad de mantener encendida la lamparilla del Sagrario, les dice que ellos sean lámparas vivientes del Sagrario.

La Eucaristía es como la **columna de fuego** que acompaña al pueblo de Dios en su caminar hacia la tierra prometida (Ex 3, 2-5) …; es como la **zarza** que arde sin consumirse como señal de una presencia especial de Dios entre los hombres (Ex 3, 2-5); es la **luz** que despide Jesús en su Transfiguración (Mc 9) y Resurrección… y con razón el cristiano eucarístico repite con Pedro: ¡*Qué bien se está aquí! ¿Dónde vamos a ir, si Tú tienes palabras de vida eterna? ¡Señor, Tú sabes que te amo!*

Con fervor, siempre que asistimos a Misa, repetimos después de la consagración: *Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor, Jesús!*

II.- La Eucaristía, fuente de comunión.

A mediados del siglo I los cristianos en sus reuniones eucarísticas hacían esta plegaria: …*»de la misma manera que este trozo de pan roto se hallaba disperso por los montes y ha sido reunido para formar uno solo, así la Iglesia se reúne desde los confines de la tierra en tu reino»* (Didajé).

San Pablo insistía en que todos formamos un solo cuerpo, porque comemos de un mismo pan (1Cor 10,17-18).

Y el mismo Jesús, en su oración sacerdotal, elevaba esta súplica al Padre: *¡Que todos sean uno para que el mundo crea!* (Jn 17,21).

¡Qué bien lo entendieron los primeros cristianos al vivir tan profundamente la comunión con Dios y con los hermanos!

Los mismos paganos, como slogan publicitario, repetían: *mirad, mirad como se aman, qué unidos están.* Y éste era el motivo de su conversión» (Hch 2,42; 4,32).

Observa como el sacerdote, al presentar las ofrendas, pone una gota de agua en el cáliz, que se convierte en vino y después en Cristo.

No olvidemos nunca que nuestras Eucaristías carecen de sentido, si no vivimos en comunión con Dios por la fe y la gracia, y en comunión con los hermanos por la caridad.

III.- La Eucaristía, proyecto de misión.

Entramos en el Cenáculo el día del **Jueves Santo** y vemos a Jesús a los pies de sus apóstoles, lavándoles los pies, en un gesto de servicio (Jn 13). En el trasfondo de la escena descubrimos al Siervo de Yahvé en el pórtico del drama de su muerte y resurrección (Is 46-49-50-53).

¡Es Domingo! Dos hombres cabizbajos, tristes y desilusionados caminan hacia **Emaús**. Una sombra extraña les sorprende; pronto les alcanza y rompe el silencio: ¿Por qué estáis tristes?, ¿De qué habláis? ¿Acaso no lo sabes? Es que no sabes que, después de un juicio amañado, han colgado en la cruz a Jesús, como si fuera un ladrón y un criminal. Él era nuestra esperanza. Ya todo ha terminado. ¿Cómo? Os voy a contar nuestra historia:

Hace muchos siglos nuestro pueblo moría de hambre, esclavo de los egipcios; y entonces Dios dijo: ¡Basta ya! Llamó a Moisés y lo puso al frente de este pueblo, quien en medio del mayor sigilo dio el aviso: Estad preparados que Dios va a pasar y nos va a abrir las puertas de la libertad. ¡Tenedlo todo dispuesto! Celebrad una cena de despedida para tomar fuerzas para el camino. ¡Qué no falte el cordero, con cuya sangre

pintaréis una cruz en vuestras puertas como señal de que ahí vive una familia de Dios!

Y aquella noche pasó Dios y el pueblo se puso en marcha como si fuera un gran desfile triunfal. Pronto los soldados del Faraón inician la persecución, pero de súbito mueren ahogados en el mar Rojo. Moisés grita a todo pulmón: ¡Aleluya! ¡Dios está con nosotros!... y el pueblo pasa a pie enjuto… Aquella noche nuestro pueblo pasa de la esclavitud a la libertad… celebra su Pascua, pasando de la muerte a la vida. La muerte, el miedo, el dolor, todo se ha hundido en el mar.

Desde esa fecha celebramos la Pascua, el paso de Dios por Egipto, liberándonos de la esclavitud. Celebramos el mismo rito de nuestros padres.

Los tres caminantes han seguido su marcha; sienten hambre y comienza a anochecer, y entonces los dos amigos le invitan a que se quede con ellos. Entran en su caserío, se sientan a la mesa, y el desconocido toma pan, lo bendice y lo comparte. Entonces se abren los ojos y ve claro el corazón. ¡Ahora lo comprenden todo! Jesús desaparece… Y ellos recobran la memoria. Recuerdan el día de la multiplicación de los panes y peces… el discurso en la Sinagoga de Cafarnaún sobre la Eucaristía… recuerdan la noche del Jueves Santo; aquella Cena en la que Jesús tomó pan y dijo: tomad y comed ¡Que esto es mi cuerpo!... tomó el cáliz y volvió a decir: esta es mi sangre, que vence la muerte, el miedo, el dolor y el pecado… Tomad y bebed. Y añadió: Haced esto en memoria mía… amad a los pobres, a los enfermos, a todo marginado; hablad de Dios con vuestra vida y con vuestra palabra para que todos sean felices.

Por eso, corriendo vuelven al Cenáculo a contar su experiencia, sintiéndose así evangelizados y evangelizadores de la era cristiana.

Acerquémonos, por último, a María, mujer de Eucaristía, que fue un sagrario vivo desde la Anunciación, fue Custodia en el misterio de la Visitación, fue apóstol en Caná y en el Cenáculo, y ejerció su sacerdocio al pie de la Cruz.

La Cena de Emaús *(Caravaggio)*

Altar de Dios: el centro de la vida
con el Señor en medio de su pueblo,
mesa del pan que a todos nos convida
a reunimos en un mundo nuevo.
Altar de Dios: la frente de aguas vivas
para saciar la sed del universo:
«Que todos sean uno» en Jesucristo,
la oración del Señor, su testamento.
Pueblo de Dios, escucha su palabra,
que está el Señor presente entre los hombres;
pueblo de Dios, camino de la patria,
convoca a la unidad a las naciones.
Venid a la asamblea, de Dios es la llamada.
que nadie quede fuera, de todos es la casa.
Miembros de Cristo fieles, y de su amor testigos,
pueblo de Dios, de paz sediento y peregrino.
Pueblo de Dios, escucha su palabra,
que está el Señor presente entre los hombres;
pueblo de Dios, camino de la patria,
convoca a la unidad a las naciones.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Amén.

Corpus Christi

Ora ante el Sagrario

Adoro te devote. Santo Tomás de Aquino

El himno es sólo el mapa que nos sirve para explorar el territorio, la guía que nos introduce en la obra de arte. En cada estrofa hay una afirmación teológica y una invocación que es la respuesta orante del alma al misterio. Para comprender este modo de hablar de la Eucaristía hay que tener en cuenta el gran cambio que se verifica en torno a la Eucaristía, del paso de la teología simbólica de los Padres a la dialéctica de los Escolásticos.

1.- Adoro te, devóte, latens Déitas,
Quae sub his figúris vere látitas:
Tibi se cor meum totum súbjicit,
Quia te contémplans totum decifit.

Te adoro con devoción, Dios escondido, oculto verdaderamente
bajo estas apariencias: A ti se somete mi corazón completo, y se rinde totalmente al contemplarte.

· **Adoro:** Esta palabra con la que se abre el himno es por sí sola una profesión de fe en la identidad entre el cuerpo eucarístico y el cuerpo histórico de Cristo nacido de María Virgen, que verdaderamente padeció y fue inmolado en la cruz por el hombre. Y sólo, gracias a esta identidad de hecho y a la unión hipostática en Cristo entre humanidad y divinidad podemos estar en adoración ante la Hostia consagrada sin pecar de idolatría. Decía San Agustín: *En esta carne caminó aquí y esta misma carne nos ha dado para comer para la salvación. Y ninguno come esa carne sin haberla adorado antes. Nosotros no pecamos adorándola, pero pecamos si no la adoramos*.

La adoración es como una luz especial: No tanto la luz de la verdad, como la luz de la realidad. Es la perfección de la grandeza, belleza, y a la vez de la bondad de Dios y de su presencia lo que quita la respiración. Es una especie de naufragio en el océano sin orillas y sin fondo de la majestad de Dios.

Adorar, según la expresión de San Gregorio Nacianceno, significa elevar a Dios un himno de silencio.

Con devoción: ¡Oh, Dios, real y substancialmente presente bajo las especies sacramentales!

El es un volcán de amor y un imán que atrae los corazones tan duros como el hierro; Él es el loco más grande de todos los tiempos ¡Divino loco! Supiste amar y darte por completo.

Si unos enamorados, al verse obligados a separarse, intercambian fotografías y vencen la distancia con Internet y móvil para saciar su hambre de amor,… Jesús es más, ya que no nos dejó un símbolo, sino una realidad, «la Eucaristía», para estar muy cerca de nosotros.

Tanto en la Iglesia Católica como en la Protestante desde el siglo XVII hasta nuestros días se canta: *Dios está aquí presente; ¡venid adoremos! / Con santa reverencia, entremos en su presencia. Dios está aquí en medio: todo calla en nosotros. / Y lo íntimo del pecho se postra en su presencia.*

El sentido de la adoración está reforzado, en nuestro himno, por el de la devoción: Adoro te, devote. Con él se indicaba al principio la adhesión a una persona, expresada en un fiel servicio.

Para San Bernardo indica el fervor interior del alma encendida por el fuego de la caridad.

Para el Doctor Angélico consiste en la prontitud y disponibilidad de la voluntad para ofrecerse a sí misma a Dios y se expresa en un servicio sin reservas.

2.- Visus, táctus, gustus in te fállitur,
Sed audítu solo tuto créditur;
Credo quidquid dixit Dei Fílius:
Nil hoc verbo veritátis vérius.

Al juzgar de Ti, se equivocan la vista, el tacto, el gusto, pero basta el oído para creer con firmeza;
Creo todo lo que ha dicho El Hijo de Dios: Nada es más verdadero que esta palabra de verdad.·

Aunque la experiencia sensible es el fundamento del saber y de la ciencia, puede que, apegada a lo terreno, los ojos se emboten y la razón caiga en la tentación del paraíso «*seréis como dioses*». Ante este misterio los sentidos fracasan, sólo se salva el oído, porque por la Palabra se revela este misterio…; palabra de vida que genera la convicción de que en el pan y vino consagrados está el cuerpo y la sangre de Cristo…; de que quien come de este pan vivirá eternamente…; y de que la Trinidad se ha enamorado de tal forma del hombre, que, aunque una madre pueda olvidarse de sus hijos, Él no, y por eso nos ha dado la Eucaristía.

Para librarnos de la nefasta espiral, que nos aleja de Dios y de la felicidad, hay que saber oír y querer.

3.- In cruce latébat sola Déitas,
At hic latet simul et humanitas:
Ambo tamen credens atque cónfitens,
Peto quod petívit latro poénitens.

En la Cruz se escondía sólo la divinidad, pero aquí se esconde también la humanidad:
Sin embargo, creo y confieso ambas cosas, y pido lo que pidió aquel ladrón arrepentido.

· En la galería Tetriakov de Moscú, el cuadro de la *Virgen de la Ternura* de Vladimir que estrecha hacia sí a Jesús niño, con la mirada preocupada y dibujada de tristeza de la Madre que parece casi proteger al Niño de un peligro amenazador, anuncia la pasión del Hijo, que Simeón le ha hecho entrever en la Presentación en el templo.

El arte cristiano ha expresado de mil maneras este vínculo entre el nacimiento y la muerte de Cristo.

Los artistas han expresado en tal modo una profunda verdad teológica. El Verbo se hizo carne, escribe San Agustín, para morir por nosotros.

En los Evangelios mismos los relatos de la infancia nacieron en un segundo tiempo, como premisa de los relatos de la pasión. La Eucaristía, mientras remita a la Pasión y a la Resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación.

Esta tercera estrofa nos traslada al Calvario; nos ofrece la relación que existe entre la Eucaristía y la Cruz y nos invita a hacernos contemporáneos del acontecimiento conmemorado.

Entre todos los personajes presentes en el Calvario el autor escoge a uno en particular con quien identificarse, el buen ladrón.

Allí un ladrón y criminal, Dimas, creyó y se arrepintió, se fió de la misericordia infinita de Dios y asaltó a Cristo, robándole su corazón… Aquí un pecador se acerca, con la convicción de que al corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia, con el compromiso de trabajar por la justicia y la caridad bajo el lema de que los misericordiosos alcanzarán misericordia.

El buen ladrón hace una confesión completa de su pecado. Su arrepentimiento es de la más pura calidad bíblica. El verdadero arrepentimiento consiste en acusarse uno mismo y excusar a Dios. La formula constante del arrepentimiento en la Biblia es: Tú eres justo en todo lo que has hecho, rectos tus caminos y justos tus juicios, nosotros hemos pecado (Dn 3, 28; Dt 32,4).

El buen ladrón se muestra aquí un excelente teólogo. Sólo Dios, en efecto, sufre como inocente; cualquier otro ser que sufre debe decir: Yo sufro justamente, porque, aunque no sea responsable de la acción que le es imputada, no está nunca del todo sin culpa. Sólo el dolor de los niños inocentes se parece al de Dios y por esto es tan misterioso y tan precioso.

Existe una profunda analogía entre el buen ladrón y quien se acerca con fe a la Eucaristía. El buen ladrón en la cruz vio a un hombre, además

condenado a muerte, y creyó que era Dios. El cristiano está llamado, al acercarse a la Eucaristía, a proclamar que cree tanto en la divinidad como en la humanidad de Cristo. Creo y confieso: Creo con el corazón para conseguir la justicia y confieso con la lengua para conseguir la salvación (Rm 10,10).

No basta creer en lo secreto del corazón, también hay que confesar públicamente la propia fe. Nuestro pecado más frecuente es creer sin confesar la fe y confesar la fe sin creer.

Como los Magos camino de Belén, al ocultarse la estrella buscan información y así llegan a Belén para adorar al Dios escondido bajo las apariencias de un Niño, vayamos nosotros también al Sagrario y descubramos a Dios bajo las apariencias de Pan.

4.- Plagas, sicut Thomas, non intúeor,
Deum tamen meum te confíteor:
Fac me tibi semper magis
crédere, in te spem habére, te dilígere.

No veo las llagas como las vio Tomás,
pero confieso que eres mi Dios:
haz que yo crea más y más en Ti,
Que en Ti espere, que te ame.

En el Sagrario, como nuevo pozo de Jacob, Jesús nos espera como a la Samaritana para transformar nuestras vidas con esa agua que brota hasta la vida eterna. Ayer fue Santo Tomás, defraudado y deprimido por el ambiente adverso, por la huida y el miedo, quien al tocar las llagas del Resucitado exclamó: *¡Señor mío, y Dios mío!...* y se convierte en el Otro de Jesús.

Hoy somos nosotros que, al romperse la unidad de nuestro ser, se abre una zanja profunda de indiferencia, con sus placas de represión y agresión; pero Cristo-Eucaristía sale a nuestro encuentro para alimentar nuestra fe operativa, nuestra esperanza constante y nuestra caridad comprometida. Como María en Betania no podemos cansarnos de estar a los pies del Sagrario: Tú lo miras y Él te mira.

5.- O memoriále mortis Dómini,
panis vivus vitam praestans hómini:
praesta meae menti de te vívere,
et te illi semper dulce sápere.

¡Oh memorial de la muerte del Señor!
Pan vivo que das la vida al hombre:
concede a mi alma que de Ti viva,
y que siempre saboree tu dulzura.·

La Misa, centro y fuente de la vida espiritual, ¿no te sugiere la relación que guarda con la Última Cena, el Calvario y el Altar? En la Última Cena Cristo aparece pasible; en el Calvario, está paciente; y en el Altar se hace presente por la acción del sacerdote que actúa en nombre de Jesús.

Esfuérzate en vivir el aspecto convivial y sacrificial de la misa, ofreciéndote por Cristo y con Cristo y alimentándote de ese manjar que no se convierte en tu substancia, sino que te convierte a ti en Jesucristo. Con Él todo es santo y sin Él todo es mundano. Con el apóstol di: *no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*.

Observa como el hierro en la fragua se moldea a golpes, y al subir las calorías lo rojizo se vuelve blanquecino, así la sangre del Calvario se hace Hostia blanca en el altar.

Si un diluvio de agua, en tiempos de Noé, purificó la tierra…; un diluvio de sangre, en tiempo de Jesús, redimió la humanidad…; hoy se necesita un diluvio de amor, que arranca de la Eucaristía, Sacramento de amor, para transformar el Mundo.

A veces, al acrecentarse el sentido de respeto de la Eucaristía, paralelamente, ha aumentado el sentido de indignidad de los fieles para recibir la comunión, tanto que el Concilio IV de Letrán (1215) estableció como obligación comulgar al menos en Pascua... y al entrar en la Liturgia la elevación de la Hostia y el Cáliz en el momento de la consagración (1196) los fieles desahogan sus sentimientos de devoción y nacen himnos como el *Ave verum* y *Adoro te, devote* para interpretarlos en ese momento.

Un sinnúmero de testimonios como Foucauld, San Francisco de Asís, Pascal, la fundadora de las Adoratrices, etcétera, avalan que la

adoración de la Eucaristía es el punto fuerte de toda espiritualidad como canta el «Adoro te, devote»: *Contemplans totum déficit*, al contemplarte, todo se rinde.

Y es que sucede como en el proceso de fotosíntesis de la plantas. En primavera brotan de los ramos hojas verdes; éstas absorben de la atmósfera ciertos elementos que, bajo la acción de la luz solar, se fijan y transforman en alimento de la planta. ¡Tenemos que ser como esas hojas verdes! son un símbolo de las almas eucarísticas que, contemplando el Sol de Justicia que es Cristo, fijan el alimento que es el Espíritu Santo mismo, en beneficio de todo el gran árbol que es la Iglesia.

Orar con la palabras del «Adoro te, devote» significa hoy para nosotros introducirnos en la cálida ola de la piedad eucarística de las generaciones que nos han precedido, de los muchos santos que lo han cantado. Significa, tal vez, revivir emociones y recuerdos que nosotros mismos hemos experimentado al cantarlo en ciertos momentos de nuestra vida.

6.- Pie pellicáne, Iesu Dómine,	*Señor Jesús, piadoso Pelícano,*
Me immúndum munda tuo Sánguine:	*límpiame a mí, inmundo, con tu Sangre:*
Cuius una stilla salvum fácere	*De la que una sola gota puede liberar*
Totum mundum quit ab omni scélere.	*de todos los crímenes al mundo entero.*

· Divina paradoja: para vivir hay que morir.

El pelícano, símbolo eucarístico, porque alimenta a sus crías con su sangre, haciéndola brotar de su pecho herido con el pico.

El soldado con su lanza abrió el costado de Cristo y salió sangre, signo de vida.

Sé alma eucarística, viviendo la misa como anticipo de la vida eterna, y recibirás una porción de felicidad.

Sé como María, alma eucarística, pues a Jesús se va y se vuelve por María.

TEMA I.- ASPECTO DOGMÁTICO

Capítulo 2º

Presencia real de Jesús en la Eucaristía

Para comenzar, entresacamos algunos hechos y gestos significativos de la vida de San Gerardo, redentorista. Muchos tienen más un valor simbólico que histórico. Se distinguió por su espíritu de sacrificio y amor a la Eucaristía... Después de una misión popular deja su casa con ésta nota: «**Madre, perdóname, voy hacerme Santo**».

El misionero, que se ve obligado a acogerlo, lo remite al Padre de novicios con otra nota: *«Ahí te envío a un hermano inútil».* Acusado calumniosamente le prohíben comulgar, y al reconocerle su inocencia responde al Superior, que le increpa: *-¿Por qué no te defendiste? -¡Como iba a defenderme si la regla prohíbe justificarse, cuando uno es corregido por el superior!*

Atendía a pobres, misionaba pueblos, y se había identificado con Cristo crucificado, y pasaba horas y horas ante el Sagrario. Cuentan de su infancia que en más de una ocasión el Niño que tenía la Virgen en sus brazos descendía y se ponía a jugar con él.

Su deseo de comulgar crecía hasta ponerse en fila, de la que el sacerdote lo retira, por su corta edad, hasta que un día al jugar al escondite con el Niño Jesús y no encontrarlo por ningún rincón del Santuario se acordó de que su madre le había enseñado: *«Que Jesús está en el Sagrario, y acercándose golpeaba la puerta diciendo: abre, Jesús, que sé que estás ahí».* Se abrió el Sagrario y Jesús le dio la Comunión.

I.- Enseñanzas dogmáticas

Para acercarme a este Misterio me acompaña la fe, porque los sentidos fallan. He aceptado a Jesús y me fío de su palabra, que unos testigos directos me han transmitido.

1.1.- La Eucaristía en S. Pablo y en los sinópticos (1Cor 11, 23-26; Mt 26, 26-29; Mc 14,17.26; Lc 22,14-20).

El mismo Jesús dijo: tomad y comed; esto es mi cuerpo, Este soy yo. Así perpetúa el deseo de permanecer con nosotros; por eso, la Iglesia siempre ha velado con suma diligencia la reserva de la Eucaristía.

La convicción profunda en la presencia de Cristo en el Stmo. Sacramento se fundamenta en las palabras de la Institución y en las de la Promesa.

Y es que la vida cristiana se encierra en una sola palabra; Cristo, ¡Cristo está ahí! Cristo está ahí, fortaleciendo nuestra debilidad, invitándonos a la imitación, acercándonos a Dios y abriéndonos horizontes de eternidad.

1.2.- La Eucaristía en San Juan

San Juan de un modo distinto nos habla de este misterio. En el día de Jueves Santo nos invita al Lavatorio (Lc 13) y un año anterior le escuchamos el gran discurso del Pan de vida en la sinagoga de Cafarnaún (Jn 6). Nos prepara, abriendo los ojos de nuestra fe con la multiplicación de los panes, recordándonos así que donde se celebra una Eucaristía siempre debe haber un compromiso social.

Participamos en el culto del sábado en un clima pascual. En su primera parte Cristo se autopresenta como pan de vida y arranca de sus oyente; *danos siempre ese pan*» (Jn 6,35-52).

En su segunda parte ante las corrientes docetas, que ponen en Cristo un cuerpo aparente, no real, insiste en la defensa de que ese pan es su cuerpo, que se entrega por nosotros (Jn 6,52-58).

Y en su tercera parte hace hincapié en la resurrección y, ante las murmuraciones y objeciones planteadas, Jesús no se vuelve atrás... Jesús con firmeza afirma: *Este es mi cuerpo, digáis lo que digáis, y si os queréis*

marchar os podéis marchar. Nosotros con Pedro decimos: *donde vamos a ir, si tu tienes palabras de vida eterna.*

Observad que las tres partes del discurso se corresponden con las tres partes de la liturgia eucarística: *Palabra, Consagración y Comunión*.

1.3.- Historia de la Teología Eucarística

Nadie, con un mínimo de experiencia cristiana, ha dudado de que Jesús está presente en la Hostia consagrada, aunque los estudiosos, unos hayan centrado su reflexión desde la Encarnación y otros desde la Resurrección.

Como al estudiar el misterio de Cristo, unas veces se acentúa más la humanidad de Cristo y otras su divinidad, sin que la afirmación de una implique la negación de la otra, así también en la teología eucarística, unas veces se comprende de un modo más carnal y otras de un modo más espiritual, sin que ninguna postura niegue la presencia real.

Una teología más centrada en el Jesús histórico da más importancia a la Encarnación que a la Resurrección, a la corporalidad de Jesús y a su individualidad más que a su cuerpo eclesial. Esto lleva a una comprensión más materialista de la presencia real, a la afirmación del cuerpo individual de Cristo en el Sacramento y como consecuencia a una espiritualidad más individualista: Jesús y yo.

Una teología centrada en el Resucitado entiende el cuerpo en sentido más espiritual, más eclesial, y por tanto no es posible unirse a Cristo y olvidarse de los hermanos.

En los primeros tiempos ambas visiones estaban patentes, pero siempre partiendo de la presencia real.

Los Santos Padres ponían énfasis en la presencia del cuerpo de Cristo frente a los docetas.

Ya en el s. IX y XI surgen las primeras disputas, pero cuando más se radicalizan y van más allá de la verdad es en tiempo de la Reforma Protestante. *Lutero afirmará que está Cristo, pero con el pan, y Calvino lo reduce a puro símbolo.*

Trento definirá que en la Hostia consagrada está Cristo *vere, realiter, y subtancialiter.*

1.4.- ¿Cómo se entiende la presencia eucarística?

La presencia eucarística es presencia del Resucitado, del Cristo que vive, que no se ve con los ojos de carne ni con la luz de la mente, sino con los ojos de la fe; *es presencia del mismo Cristo pero no lo mismo, Él mismo, pero de otra manera.* La realidad de las cosas se ven más allá de sus apariencias.

La presencia del Resucitado tiene como finalidad la construcción del cuerpo eclesial, de la comunidad, en las que las estructuras son necesarias, que no son fines, sino medios.

El fin es construir el cuerpo de Cristo, que se construye con la vida, «vivir para el Reino de Dios», y ésta es la vida que celebramos en la Eucaristía.

En los primeros tiempos lo importante era saber y vivir que Cristo está realmente presente en la Eucaristía; después, ante tanta controversia, se buscó un término que definiera esta presencia y el más convincente fue **Transustanciación.**

II.- Testimonio de un converso a través de la eucaristía

Hemos escuchado a San Juan, testigo directo del discurso de la Promesa de la Eucaristía. Nos ha recordado que Jesús dijo: *«Os aseguro, sí no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis*

vida en vosotros. Quien como mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. Este es el pan que baja del cielo, no como el que comieron vuestros padres y murieron. El que como este pan, vivirá eternamente».

Después de esto muchos de sus discípulos se apartaron y no volvieron con Él. Por esto Jesús preguntó a los doce: *¿También vosotros queréis marcharos?* Pedro, en nombre de todos, respondió: *«Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna».*

Ahora es Scott, presbiteriano y profesor en un centro americano, quien nos cuenta cómo el estudio del Evangelio de San Juan le crea una crisis escalofriante, que le lleva a él y a su esposa a la conversión. Siguiendo la teología protestante sólo admite el pan de la Eucaristía como símbolo.

Las palabras de Juan, en el capítulo sexto de su Evangelio, le invitan a profundizar en su contenido día tras día y a meditar hora tras hora. Después de tanto estudio y oración, *se da cuenta de que Jesús no podía hablar simbólicamente,* cuando nos invitó a comer su carne y a beber su sangre. Los judíos que le escucharon no se hubieran ofendido ni escandalizado por un mero símbolo; además, si ellos hubieran malinterpretado a Jesús, tomando sus palabras literalmente, mientras Él habla sólo en sentido metafórico, le hubiera sido fácil aclarar ese punto. De hecho, si muchos de sus discípulos dejaron de seguirle por esta causa, Jesús hubiera estado moralmente obligado a explicar que sólo hablaba simbólicamente. Luego Jesús está realmente presente en la Hostia consagrada.

También recuerda que un día cometió una fatal metedura de pata: asistió a una Misa católica; le impresionaba la devoción de los asistentes. Escuchaba con atención las lecturas y le venían ganas de intervenir y al oír las palabras de la Consagración y al contemplar la elevación de la

Hostia, interiormente con Santo Tomás exclamaba: *¡Jesús mío y Dios mío¡* Todo le pareció fantástico. No había que esperar más. Dios me llamaba a entrar en la Iglesia Católica, gracias a la Eucaristía.

III.- Manifestaciones del pueblo cristiano

Basta recordar algunos de los Congresos Eucarísticos Internacionales para constatar la fe del Pueblo en este Misterio. ¿Sabes que hasta ahora ha habido 48 Congresos Eucarísticos Internacionales, de los cuales tres se han celebrado en España?: En *Madrid*, en 1911, con Pío X; *Barcelona*, 1960, con Pío XII; y en *Sevilla*, 1993, con Juan Pablo II.

Nacieron en el siglo XIX en Francia, bajo la iniciativa de la señorita Emilia Tamisier, dirigida del Gran Apóstol de la Eucaristía San Pedro Aymard. Medita alguna de las estrofas de sus himnos y crecerá tu fervor eucarístico. *Cantemos al amor de los amores, ¡Dios está aquí!*

No menos entusiasmo despertó en Barcelona la plegaria por la Paz: *De rodillas, Señor, ante el Sagrario ¡Cristo en todas las almas y en el mundo la paz!*

Y Sevilla proyectó sus notas hacia la nueva Evangelización.

Ante la dictadura del laicismo actual, con los Apóstoles exclamamos: *Señor, nosotros creemos, pero aumenta nuestra fe.*

Última comunión de Santa Teresa *(Claudio Coello)*

Alaba, alma mía, a tu Salvador,
alaba a tu guía y pastor con himnos y cánticos.
El tema especial de nuestra alabanza
es hoy el Pan vivo que da la Vida.
El cual se dio en la mesa de la sagrada Cena
al grupo de los doce Apóstoles sin el menor género de duda.
Pues celebramos el día solemne
En que fue instituido este divino banquete.
Lo que Cristo hizo en la Cena,
mandó que se haga en memoria suya.
Instruidos con sus santos mandatos,
consagramos el pan y el vino en Sacrificio de salvación.
Es dogma que se da a los cristianos
que el pan se convierte en Carne
y el vino en Sangre.
He aquí el Pan de los Ángeles, hecho viático nuestro.

(Lauda Sion, Salvatorem)

Ora ante el Sagrario
Tres experiencias eucarísticas

Santa Teresa de Jesús

Para la Santa y para Edith Stein la presencia viva y salvífica de la Eucaristía es el compendio y consumación de sus vidas, expresión suprema de la oración de trato de amistad con Dios; es como recrearse en la escena de María a los pies del Maestro, ofreciéndole su humilde posada y viviendo los misterios de la vida de Jesús con apertura a la vida trinitaria.

Esta presencia constituye el corazón de la Eucaristía, fuente de la gracia.

Ve al Señor disfrazado en la Hostia; tan grande y tan pequeño, haciéndose Manjar divino y Medicina contra todo mal.

La experiencia eucarística es el centro de la vida del Carmelo, y cada fundación es un nuevo colegio de Cristo-Eucaristía, una nueva Betania, donde el Señor es huésped y dueño.

La Eucaristía es Cristofanía, manifestación del Jesús que recorría los caminos de Palestina y regó con su sangre el Getsemaní, el Pretorio, la calle de la Amargura y el Calvario.

La pedagogía Teresiana se centra en la Eucaristía, como lo describe en el *Camino de Perfección*. Con fervor repite: «*Hágase tu voluntad... danos el pan eucarístico de cada día*». Es el momento de negociar y de interceder, conscientes de que todo lo que pidamos al Padre nos lo concederá. Nos invita a cerrar los ojos del cuerpo y a abrir los del alma.

Cristo está ahí, en nuestro corazón, disfrazado, está ahí para entrar

en comunión directa y personal con nosotros, presentándonos al mismo tiempo la presencia dramática del Cristo-Eucaristía en la historia de los hombres, en ese soliloquio angustioso con Dios en pro de la Iglesia y del mundo. La vida ha de ser una permanente Eucaristía y viceversa.

Al grito de *«Sálvanos, Señor, que perecemos»,* se une la súplica escatológica: *«ven Señor Jesús»*, con una gran explosión de júbilo, pues así llegamos al encuentro del esposo.

San Juan de Ávila

Teólogo, predicador y apóstol de Andalucía. En Sevilla se integra en un grupo sacerdotal y sufre un proceso de la Inquisición; en Córdoba inicia y termina su apostolado, muriendo en Montilla, donde están sus restos; en Granada influye en la conversión de San Juan de Dios y San Francisco de Borja.

Su testimonio de pobreza y entrega a la Iglesia edifica a un San Ignacio de Loyola, a un San Pedro Alcántara y a una Santa Teresa. En Baeza consigue la creación de la Universidad. Su amplísima labor pastoral en pro de la evangelización se fundamenta en la Biblia y en el Magisterio, con un estilo abierto y comunicativo, potenciando su amor a la Eucaristía porque, si lejos de Cristo no hay salvación ni santidad, sin la Eucaristía no hay vida ni salud, ni buenas obras ni bien alguno.

Su apostolado se enmarca en la falta de sintonía de reforma en la cabeza y en los miembros. Su labor repercute en el Aula conciliar de Trento.

Mirando a la Eucaristía, como motor de cambio, presenta a Jesucristo como corazón del Padre, a la Iglesia como atalaya o ciudad puesta en lo alto, y a la Eucaristía como el gran sacramento del amor. Por la Eucaristía entramos en el amor y misericordia de Dios; es fuego que irradia amor por doquier.

Una de las causas del problema grave de la Iglesia está en el alejamiento de los fieles y clérigos de la Penitencia y Eucaristía.

Insiste en que tratemos al Señor bien en la Eucaristía, porque es hijo de buen Padre.

Juan de Ávila es un sacerdote moderno y Doctor de Doctores.

Beato Manuel González, apóstol de los sagrarios abandonados

Su primer contacto con la parroquia de Palomares del Río le marca en su vida sacerdotal; ante la soledad del Sagrario tuvo la tentación de dejar su Parroquia, pues fue allí, de rodillas ante Jesús Sacramentado, donde el poema de sus sueños sacerdotales se convierten en tragedia, viendo que en este Belén no hay posada para Jesús, y que en Cafarnaún muchos discípulos lo abandonan. Este abandono le hace mella, pero pronto se rehace y descubre una faceta nueva para su ministerio: *«ser cura de un pueblo que no quiera al Señor, para quererle él por todo el pueblo»*. El congojo del abandono de los Sagrarios se convierte en alegría por el Sagrario acompañado. Después de su muerte sigue diciendo: *«Ahí está Jesús. ¡No lo dejéis abandonado! Jesús en la Eucaristía no sólo es un dogma que hay que creer, sino que es un amor que hay que respirar con todo el corazón, una vida que hay que vivir a tope»*.

Quiere ser puente entre Jesús-Eucaristía y el pueblo sin Dios, aprovechando trochas que acerquen a los dos abandonados: *«Jesús y pueblo»*.

Deseaba que la Misa fuera el altar del mundo, que la Eucaristía sea un Evangelio vivo, sol que irradia luz y calor, manantial de agua medicinal en toda dirección... Hay que volver al Evangelio por la Eucaristía, sístole y diástole de la vida cristiana: *Que no haya una Eucaristía sin pueblo, ni un pueblo sin Eucaristía.*

De los porqués del abandono de la vida cristiana surgen la Unión Eucarística reparadora, Marías de los Sagrarios como las del Evangelio, y su obra «Misioneras Eucarísticas de Nazaret» .

Cuando se deja de abrir el Sagrario se cierra el bolsillo de la caridad.

Al grito de más dinero, más placer, una alternativa: más Jesús, más Sagrario, más imaginación creativa. ¡Que el disfrazado de Emaús nos acompañe en nuestro camino!

Capítulo 3º

La Eucaristía - Sacrificio

En el 1227 reinaba en Valencia el príncipe morisco *Zeyd-Abu-Zeyd*, cuando aconteció el prodigioso hecho de su conversión.

Cuentan que un santo sacerdote muy celoso se atrevió a predicar en los centros islámicos. Lo hacen preso y el Rey Zeyd-Abu-Zeyd, deseoso de conocer el misterio cristiano, le dice: he oído hablar del santo sacrificio de la misa y me gustaría saber qué es. Sabed, oh rey, que a todo sacerdote el cielo le da poder de ofrecer este sacrificio y que al pronunciar las palabras de la consagración viene al altar bajo las apariencias de pan y de vino Jesús, ofreciéndose en ese momento al Padre, de un modo incruento, por el bien de la humanidad.

Iniciada la ceremonia avisa que no puede continuar, porque le falta algo importante. ¿Qué?, preguntó el príncipe. ¿Será acaso eso que veo aparecer misteriosamente ante vuestra cabeza? El sacerdote levanta los ojos y ve como dos ángeles presentan una cruz venida del cielo y sigue con gozo el santo sacrificio. Con mucha atención el Rey sigue la misa y, ¡oh prodigio! ve que al alzar la Hostia, ésta se transforma en un niño entre esplendores celestiales. Tocado por la gracia se convierte al cristianismo y, llevando una vida ejemplar, muere en Zaragoza en 1248. (Cruz de Caravaca).

Reflexión bíblico-teológica.

El parámetro para conocer a Jesús son las palabras de sus testigos,

que fijan el itinerario de su vida, pasión, muerte y resurrección y lo sintetizan en el misterio del altar.

Por las palabras de la cena, que actualizan el misterio eucarístico, se afirma que éste es el único sacrificio grato al padre. Únete a él, viviendo el *«orad hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro sea agradable al Padre»*.

En el trasfondo de toda celebración eucarística están todos los sacrificios de la Antigua Alianza: el encuentro de Abrahám con Melquisedec y su ofrenda en el monte Moria, la aspersión con que Moisés ratifica la alianza y la cena pascual (Ex 12, 24-29), el poema del Siervo de Yahvé (Is 42-49-50-53), el cumplimiento del vaticinio de Malaquías, que anuncia el sacrificio de la nueva alianza desde la salida del sol hasta el ocaso (Mal 1,4).

Con el sacrificio de la Cruz, la gran misa solemne de Cristo, se rompe la hipoteca contraída por nuestros pecados, que Jesús clava en la cruz, devolviéndonos su amistad y manifestándonos que tanto amó Dios al mundo que nos dio a su Hijo unigénito.

En la Eucaristía como renovación de ese sacrificio preside la cruz y el celebrante repite varias veces la señal de la cruz.

Todas las religiones han honrado a sus dioses con sacrificios: mataban un animal como aval y ofrenda y así se reconciliaban con la divinidad, pero a Dios esa ofrenda sustitutiva no le era grata.

Amós denuncia el culto aliado a la injusticia (Am 5, 21-24), Miqueas reitera la condena (Miq 6, 6-9), y Jeremías, con su tono alborotador, expone su vida al condenar los antiguos sacrificios, porque el animal no puede sustituir al hombre.

Cristo ¡Sí! El Padre lo ha enviado y le ha encargado ofrecerse por

nosotros, no como pago por nuestras deudas, contraídas por el pecado, sino como prueba de un amor desbordante.

Es germen del culto de Israel y memorial de la Pascua que se incorpora a la liturgia del nuevo Israel como signo de la liberación. En la vida religiosa se pasa de la memoria al memorial, haciendo del culto el punto focal del pasado, presente y futuro. La vida cristiana no es una representación cúltico-dramática, sino la actualización del pasado en ritos proyectados al futuro.

Los datos del Deuteronomio (Dt 16) y Levítico (Lv 23) nos recuerdan cómo el pueblo de Dios celebraba sus grandes proezas históricas, entablando un diálogo entre Dios y el hombre: «*Dios salva al hombre y el hombre le da gracias y le invoca*».

Mantiene ese recuerdo de las grandes obras de Yahvé con un sentido teológico, reconociendo la intervención de Dios y el reconocimiento de su pecado, al olvidar el decálogo. Así se expresa en el rito pascual (Ex 12,14) como recordatorio de un Dios que se da y de un hombre que agradece, actualizando la alianza perpetuada en el culto sacrificial.

Observad como san Pablo (2Tim 2, 8) y san Juan (Ap 2) presentan el marco de una Iglesia, tomando el memorial como mandato de Jesús y haciendo hincapié en la dimensión parenética del lavatorio de los pies: «*Haced lo que yo he hecho*» (Jn 13).

Las grandes síntesis eucarísticas, desde Pablo en Corinto, desde las primeras comunidades cristianas, desde los escritos paleo-cristianos, verdaderas joyas literarias, como la *Didajé*, la *Apología* de san Justino y la *Traditio Apostólica* de san Hipólito son verdaderos evangelios y catecismos vivos y actuales.

Rico ha sido el legado de los Santos Padres, que, con su virtud y ciencia, han sabido bajar de las cimas de la especulación a la sencillez

pastoral más conmovedora. Resumamos su pensamiento con ese elogio de S. Agustín, filósofo y pastor, a la Eucaristía: ***O sacramentum pietatis!, o signum unitatis! O vinculum caritatis!***

Avancemos ahora de mano de Santo Tomás de Aquino, gigante de la ciencia teológica, autor prolífico que se inspira en el amor a Dios y su devoción a la cruz. En su opúsculo, escrito para la fiesta del Corpus, recoge sintéticamente los temas fundamentales eucarísticos, como memorial de la pasión redentora de Cristo y banquete.

Meditemos las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia sobre la presencia real de Cristo en la Hostia consagrada por la transubstanciación y sobre el valor de la misa como actualización del misterio de salvación, profundizando en la doctrina del IV Concilio de Letrán, en las sesiones 13 y 22 de Trento y en la Constitución sobre liturgia del Vaticano II (S.C.)

Reconozcamos con el Adoro te devote que los sentidos pueden fallar, al quedarse sólo en las apariencias, pero si admitimos que lo invisible se capta por el corazón y que el oído goza de garantía con esa palabra que ha dicho el Hijo de Dios, y que no hay nada más verdadero que el Verbo de la verdad, podemos llegar a la convicción firme de que en la misa se realiza el sacrificio de la cruz, sin derramamiento de sangre. Oigamos a Pablo VI y a Juan Pablo II en sus encíclicas y cartas apostólicas: «*Magisterium fidei*», «*Ecclesia de Eucharistia*», «*Dominicae Coenae*» y «*Mane nobiscum*» que insistían en las líneas tradicionales del dogma y salen al encuentro de las desviaciones pastorales.

Todos los documentos sobre la Eucaristía, con su carácter kerigmático y su ritmo trinitario, recogen las maravillas que Dios ha obrado y continúa obrando hoy como una nueva encarnación en el corazón de la humanidad, con su fuerza consacratoria y santificadora, describiendo así el drama entre la misericordia de Dios y el pecado del hombre.

No olvidemos que sacrificarse es privarse de una cosa y ofrecerla a otros; de ahí que todo sacrificio implica ofrecimiento e inmolación.

Recuerda como narra el autor de la carta a los Hebreos que Jesús entró en la vida diciendo: *«No te agradan los sacrificios de animales y cosas, heme aquí para hacer tu voluntad».*

Sin sacar la Pascua de su contexto y contenido liberador concluimos que , al instituir Jesús la Eucaristía el día de Jueves Santo, como anticipo de su misa en la cruz, nos habla de muerte y de vida, de liturgia y compromiso.

No ponemos ante el Padre nuestros méritos, sino a su propio Hijo, que desde la Hostia consagrada nos repite: *Haced esto en memoria mía.*

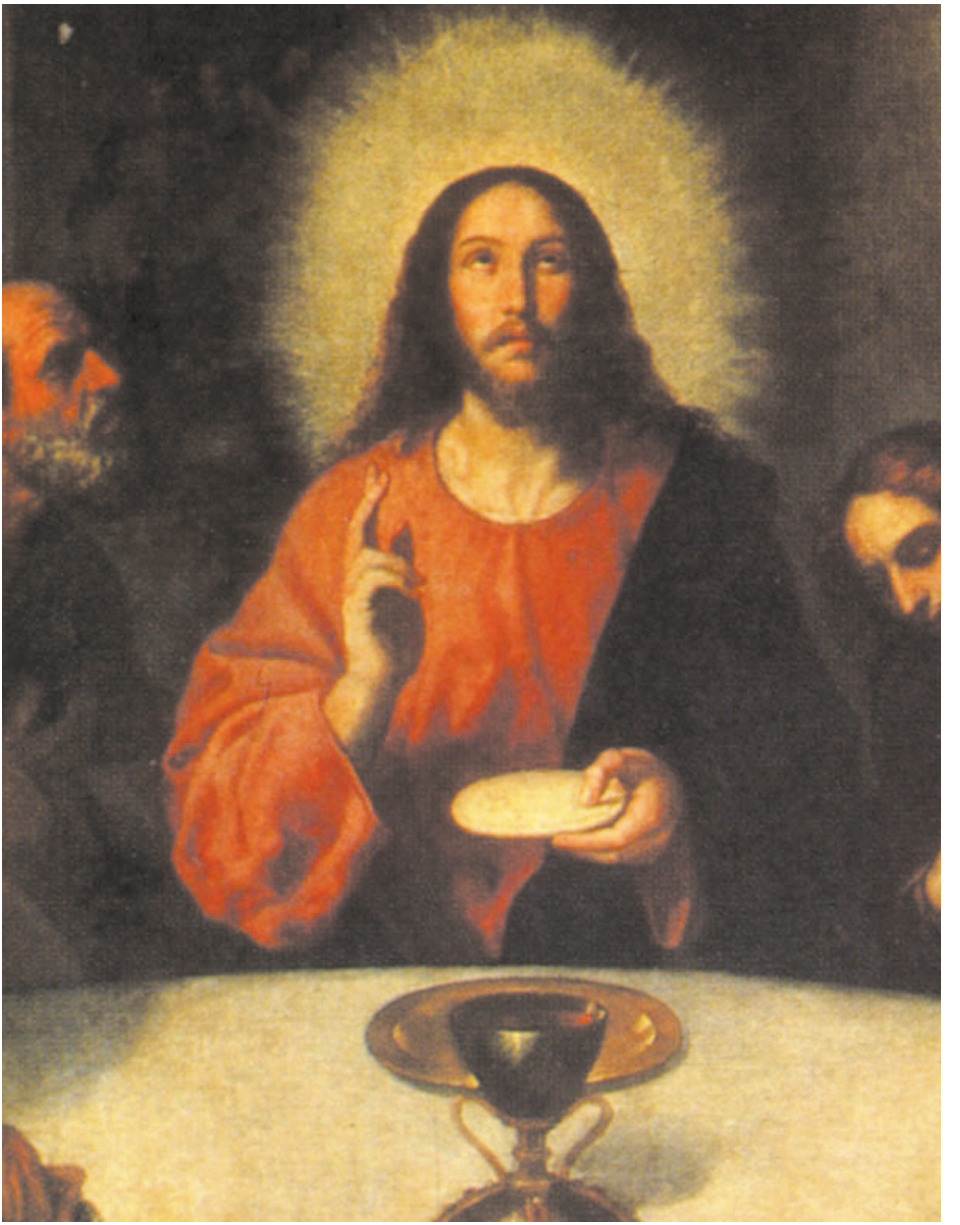
¿Qué es lo que hizo Jesús? Que hablen los pobres, los enfermos, los presos, los ciegos, los leprosos y descubriremos que en el Altar hemos celebrado la eucaristía para vivirla en la calle, encarnando el personaje evangélico del samaritano, porque el Señor sigue diciendo: *Haz tú lo mismo*.

Las preces eucarísticas nos presentan a Cristo, entregado al Padre, en comunión con toda la creación y con los hombres de todos los tiempos y lugares.

Es curioso constatar que Jesús murió a la misma hora en que se sacrificaba en el Templo el cordero pascual para celebrar la fiesta de la liberación.

Reconozcamos que la misa es el corazón de la Iglesia y de la misma manera que desde el corazón humano fluye la sangre a todo el organismo, así de la eucaristía viene toda gracia. Es indicativo que San Juan sitúe el drama de la pasión entre el lavatorio de los pies y la lanzada de la cruz; con el lavatorio resalta el servicio, clave de toda celebración, y con la lanzada nos recuerda que si Eva surge de la costilla de Adán,

sumergido en un profundo sueño, del mismo modo del costado de Cristo, sumergido en el profundo sueño de la muerte, nace el nuevo hombre, la nueva humanidad.



Última Cena *(Thierre)*

Jesús sabe que va a su sacrificio,
Hace en su última cena testamento,
Da ejemplo de humildad
y da a los llamados a su seguimiento
con su íntima renuncia y vencimiento
de su repulsa humana ante el suplicio.

Él es la oblación pura, Nueva Alianza,
su inmolación perdona la condena,
nos destina a herederos de la gloria.

En la cena inaugura la esperanza
de eterna vida, rompe la cadena
con su mística entrega expiatoria.

Emma-Margarita

Ora ante el Sagrario

Cuatro documentos de los primeros tiempos presentan de una manera plástica lo que hacemos en cada Eucaristía.

Nos remontamos a los años 70 de la era cristiana. Un autor anónimo pone en nuestras manos este ensayo, llamado *Didajé,* que con referencia a la Eucaristía dice así:

«Daréis gracias de esta manera: Primero, sobre el cáliz: Te damos gracias, Padre nuestro, por la viña santa de David, tu siervo, que nos has revelado por medio de Jesús, tu Hijo. Gloria a ti por los siglos. Después, sobre el pan partido: Te damos gracias, Padre nuestro, por la vida y el conocimiento, que nos has revelado por medio de Jesús, tu Hijo. Gloria a ti por los siglos. De la misma manera que este trozo de pan roto se hallaba disperso por los montes y ha sido reunido para formar uno solo, así tu Iglesia reunida desde los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder por los siglos, por medio de Jesucristo. Que nadie coma ni beba de vuestra Eucaristía, salvo los que han sido bautizados en el nombre del Señor; pues el Señor dijo a este respecto: «*No deis lo santo a los perros*». Después de saciaros, daréis gracias así: Te damos gracias, Padre santo, por tu santo nombre, que has hecho que morara en nuestros corazones, por el conocimiento y la fe y la inmortalidad que nos has revelado a través de Jesús, tu Hijo. Gloria a ti por los siglos. Tú, Señor omnipotente creaste todas las cosas y nos diste la gracia de un alimento espiritual y de una bebida para la vida eterna a través de Jesús. Gloria a ti por los siglos. Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para librarla de todo mal y hacerla perfecta en tu amor. Reúne de los cuatro vientos a esta Iglesia santificada en el Reino, que tú le has preparado. Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos».

A continuación se nos presenta la célebre *Apología* de San Justino,

uno de los textos más importantes sobre el modo de celebrar la Eucaristía los cristianos del siglo II. San Justino, filósofo pagano, se convirtió y dedicó su vida a defender la fe cristiana, siendo decapitado en Roma con seis cristianos más. Se expresa en estos términos:

«El día que se llama día del sol tiene lugar la reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en la ciudad o en el campo. Se leen las memorias de los apóstoles y los escritos de los profetas, tanto tiempo como es posible. Cuando el lector ha terminado, el que preside toma la palabra para incitar y exhortar a la imitación de tan bellas cosas. Luego nos levantamos todos juntos y oramos por nosotros ...y por todos los demás donde quiera que estén, a fin de que seamos hallados justos en nuestra vida y nuestras acciones, y seamos fieles a los mandamientos para alcanzar así la salvación eterna. Luego se lleva al que preside a los hermanos pan y una copa de agua y de vino mezclados. El presidente los toma y eleva alabanza y gloria al Padre del universo, por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo.

Cuando el que preside ha hecho la acción de gracias y el pueblo ha respondido, los que entre nosotros se llaman diáconos distribuyen a todos los que están presentes pan, vino y agua «eucaristizados» y los llevan a los ausentes. Llamamos a este alimento «Eucaristía».

El primer texto conocido como plegaria eucarística, anticipo de las actuales, se remonta al año 225 y se halla en la *Traditio Apostólica* de S. Hipólito, que refleja la práctica litúrgica en la comunidad de Roma; y de hecho, la segunda anáfora es una adaptación de ésta. Textualmente leemos:

«Te damos gracias, oh Dios, por tu amado Hijo, Jesucristo, que nos enviaste en los últimos tiempos como Salvador, Redentor y mensajero de tu voluntad. Él es tu inseparable Verbo a través del cual creaste todo y en quien Tú te has complacido. Le enviaste desde el Cielo al seno de una Virgen. Fue concebido y se encarnó, se manifestó como tu Hijo, nacido del Espíritu y de una Virgen. Realizó tu voluntad y,

para adquirir un pueblo santo, extendió sus manos mientras sufría a fin de librar del sufrimiento a los que creen en ti. Mientras se entregaba al sufrimiento voluntario para destruir la muerte, romper las cadenas del Diablo, hollar al infierno a sus pies, extender su luz sobre los justos, establecer la Alianza y manifestar su resurrección, tomó pan, te dio gracias y dijo: Tomad, comed, esto es mi cuerpo que es roto por vosotros. De la misma manera, en relación al cáliz dijo: Esta es mi sangre, que es derramada por vosotros. Cuando hagáis esto, hacedlo en memoria de mí. Acordándonos, pues, de tu muerte y de tu Resurrección, te ofrecemos el pan y el vino, te damos gracias por habernos juzgado dignos de estar ante ti y servirte. Y te pedimos que envíes tu Espíritu Santo sobre la ofrenda de tu Iglesia, que reúnes en la unidad a todos los que la reciben. Que sean llenos del Espíritu Santo, que confirme su fe en la verdad, que así podamos alabarte y glorificarte mediante tu Hijo Jesucristo. Por él, gloria a ti y honra al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo».

Y cerramos nuestra oración con un himno de rito bizantino «Kerubikon», (s. X-XI) que nos describe como la eucaristía es el cielo en la tierra.

Mientras la comunidad respira a todo pulmón su amor a la Eucaristía como si fueran querubines, el sacerdote reza en voz baja el amor inefable de Dios a los hombres en este sacramento.

Himno de querubines.

«Nosotros, que en este misterio representamos a los Querubines, y cantamos a la vivificante Trinidad el himno tres veces santo, depongamos toda mundana solicitud para recibir al Rey del Universo, invisiblemente escoltado por las milicias angélicas. !Aleluya!, ¡Aleluya!, ¡Aleluya!»

Oración presidencial.

«Nadie que esté atado por los deseos y placeres mundanos es digno de acercarse y servirte a Ti, Rey de gloria. Servirte es imponente e impresionante

hasta para los poderes celestiales. Pero por tu inefable e inmenso amor por nosotros, te hiciste hombre sin alteración o cambio. Tú eres nuestro Sumo Sacerdote y Señor de todos, y nos has confiado a nosotros la celebración de este sacrificio litúrgico sin derramamiento de sangre. Porque sólo Tú, Señor y Dios nuestro, gobiernas todas las cosas en el cielo y en la tierra.

Tú estás sentado en el trono de los Querubines, eres señor de los Serafines y el Rey de Israel. Sólo Tú eres Santo y moras entre tus santos. Sólo Tú eres bueno y siempre estás dispuesto a escuchar. Por eso te imploro que te fijes en mí, pecador e indigno siervo tuyo, y que purifiques mi alma y mi corazón de toda conciencia malvada. Concédeme que, lleno del poder de tu Santo Espíritu y revestido de la gracia del sacerdocio, pueda celebrar sobre tu santo Altar el misterio de tu santo y puro cuerpo y tu preciosa Sangre.

Ante ti vengo con la cabeza agachada y suplico: no me retires tu rostro ni me rechaces de entre tus hijos, sino concede que yo, pecador e indigno siervo tuyo, sea digno de ofrecerte estos dones. Pues Tú, Cristo, Dios nuestro, eres el oferente y la ofrenda. Aquel que recibes y eres distribuido, y a ti damos gloria, junto con tu Padre Eterno y tu Santo Espíritu de bondad y dador de vida, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén».

¡Qué bella imagen nos ofrecen las Eucaristías celebradas tanto en las grandiosas catedrales como en las chozas de misión! Es el mismo Jesús quien baja tanto a unos lugares como a otros. Contempla al cardenal *Van Thuan*, prisionero durante 13 años en Vietnam, como celebra la misa a oscuras y en el espacio de un metro mientras sus guardianes y compañeros duermen; el altar son sus manos donde depositaba unas gotas de vino y agua con el pan: Así une su oblación personal al sacrificio redentor de Cristo.

Capítulo 4º
Eucaristía - Comunión

Al oír el discurso del pan de vida oramos con todos los presentes en la Sinagoga de Cafarnaún: «*Señor, danos siempre de ese pan*».

Como el pueblo de Dios por el desierto necesitamos del maná bajado del cielo (Ex 16; Jn 6,58)

Como el profeta Elías escuchamos tu invitación que nos regala el alimento, porque el camino es largo (1Rg. 19,7).

Como los discípulos de Emaús necesitamos de la Eucaristía para volver al grupo y seguir evangelizando (Lc 24).

Como a los Apóstoles en tus apariciones nos invitas: venid y comed (Jn 21,12).

Necesitamos de la Eucaristía para continuar nuestro peregrinar por el desierto de la vida.

La Eucaristía es para nosotros como *oxígeno* del Espíritu que llega a cada una de nuestras células; es como *aire* que respiramos y sale modelado en palabras y propaga sus vibraciones; es como *luz* que nos envuelve y actúa en nosotros definiendo nuestra identidad. Así es Cristo glorificado a quien recibimos en la comunión. Él entra en nosotros o mejor nosotros entramos en Él.

I.- La Comunión, alimento del Pueblo de Dios.

•Significado de las comidas en la vida social y religiosa.

Compartir la mesa, invitar a unas personas a comer, tiene en todas las culturas una doble connotación: es **signo de fiesta**, que va más allá de las necesidades biológicas, y es signo de comunión, rito social, que **crea vínculos de amistad.**

La comida, en especiales situaciones, como Bautismos, Bodas, Primeras Comuniones, Aniversarios, es uno de los espacios privilegiados de encuentros y de amistad.

A nivel religioso fomenta la comunión con Dios y con los hermanos.

· **Una casi proto-eucaristía en las comidas sagradas celebradas con motivo de las grandes proezas de Dios y de los gestos y palabras de Jesús.**

- **En el AT,** las fiestas y sacrificios van unidos con frecuencia a comidas cultuales. Por ejemplo en el **Dt 12, 6-7 se ordena**: *«Allí ofreceréis vuestros sacrificios… Allí comeréis tú y tu familia, en la presencia del Señor, y festejaréis todas las empresas que el Señor, tu Dios, haya bendecido.»*

La comunión une con Dios y ante Dios.

También la **Alianza entre Yahvé e Israel en el Sinaí** se hace con una comida cultual de los ancianos ante la presencia de Dios: *«Pudieron contemplar a Dios y, después, comieron y bebieron»* (Ex 24,11)

En otra ocasión Moisés, como protagonista, cuenta las recientes hazañas del Dios Salvador y Libertador, y Aarón, sacerdote, responde con una bendición del Señor por sus beneficios. **Se ofrecen víctimas en sacrificio y se celebra el banquete de comunión** (Ex 18,8-12).

Y en el aniversario de su liberación de Egipto, los hebreos celebran **la Pascua,** comiendo de pie, con pan ácimo y con hierbas amargas, el cordero sin defecto, sacrificado en el templo y consumido en la casa, según el ritual prescrito (Ex 12, 1-14)

Pero esta celebración era para Israel más que un recuerdo, era memorial, en el sentido fuerte que tiene este término en la mentalidad semita, «actualización del rito de la salvación obrado por Dios en el pasado»; así se sentían ellos mismos salvados por Yahvé. La cena pascual actualizaba aquella liberación; era una acción de gracias que comprometía a Dios mismo a seguir salvando a su pueblo en un futuro.

Ante los incidentes episódicos de morir de sed y de hambre por el desierto Dios les envía **agua** que brota en una roca (Ex 17,1-6) y ese alimento prodigioso, el **maná,** (Ex 16,4-16), que se recoge y se consume a diario, menos el viernes, que se recogía doble ración, porque el sábado era día de descanso.

Ayudados por las alusiones en los Evangelios lo aplicamos a la Eucaristía como comida en nuestro peregrinar hoy y anticipo del mañana glorioso, en ese descanso eterno sin ocaso.

Las referencias en Juan (6, 31-39), en la primera carta de los Corintios (10, 3), Hebreos (9, 4) y Apocalipsis (2, 17) supervaloran el maná como alimento comunitario que nos recuerda las enseñanzas del libro del Éxodo (16, 16-18) y la petición del Padre Nuestro *«danos hoy el pan eucarístico»*.

Los libros sapienciales han transformado este alimento, en visión poética, *en pan de los ángeles* (Sab 16, 20-21), y manjar enjundioso (Prov 9, 1-6) para que nos saciemos de *sus frutos* (Eclo 24, 18-21)

También podemos aplicar a la Eucaristía esa *visión apocalíptica de Isaías*, donde representa la felicidad reservada por Dios a la humanidad en ese banquete suntuoso, preparado para todos los pueblos: *«En aquel día preparará el Señor de los Ejércitos un festín de manjares suculentos. Aniquilará la muerte para siempre; enjugará las lágrimas de todos los rostros y el oprobio de su pueblo lo alejará de todo el país. Aquel día se dirá: aquí está nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara; celebremos y gocemos con su salvación»* (Is 25, 6-9).

Entramos ahora en los senderos neotestamentarios de manos de Jesús: En varias ocasiones habla del reino de Dios en parábolas como la del **banquete nupcial**, preparado por un rey con motivo de la boda de su hijo. Ante la excusa de los invitados manda a sus criados a salir por los caminos obligando a todos a entrar hasta llenar su casa (Lc 14, 15-25).

Aplicando esta parábola a la Eucaristía, *ante tanta excusa:* que si no tengo tiempo, que si me aburro, que si los que van a Misa son peores que los que no van etcétera, etcétera, Jesús nos manda a los apóstoles de la Eucaristía a que, con nuestro ejemplo y palabra, invitemos a familiares y conocidos a participar en esta asamblea ¡Con el tiempo se alegrarán y te lo agradecerán!

Asimismo Jesús aparece participando en diversas comidas con sus discípulos, pecadores, publicanos, multitudes, (Mc 2, 13-17; 6, 41-44; Lc 15, 1-2), que prefiguran, por un lado, el banquete final del reino, y por otro, miran al banquete eucarístico, sobre todo, al sentarse a la mesa en la Cena Pascual y en sus comidas postpascuales.

II.- La tradición neotestamentaria desde la Promesa a la Institución sirve de enlace en nuestra reflexión al tomar parte en la multiplicación de los panes, milagro previo, a la promesa de la Eucaristía.

El que Jesús pida colaboración al que tiene cinco panes y dos peces y a sus apóstoles para distribuirlos, nos hace pensar que hoy el milagro físico de multiplicar el bienestar se debe a la ciencia y a la técnica, pero que el milagro moral lo tenemos que realizar nosotros, luchando por unas justas distribuciones de los bienes que Dios ha creado para todos; más aún, contemplando como Cristo se multiplica en todos los altares del mundo, no debemos descansar hasta que allí donde se celebre una eucaristía siempre surja un compromiso social.

Entramos en la Sinagoga de Cafarnaún y oímos a Cristo que nos dice: Yo soy el pan de la vida y el que come de este pan vivirá para siempre.

Ha pasado ya un año, y ahí *en el Cenáculo, el día del Jueves Santo nace la Eucaristía,* y con ella el sacerdocio y el gran Monumento del Amor, portadores de ese hacer divino, transformando el pan y el vino en cuerpo y sangre del Señor.

Ya queda atrás la promesa de Cafarnaún, ya todo es realidad, que nos pone ante la opción de la alternativa de vida o muerte, porque si no coméis de la carne del hijo del hombre no tendréis vida eterna.

Recordando los cuatro relatos de la institución (Mc 14, 22-25; Mt 26, 26-29; Lc 22, 15-20; 1 Cor 11, 23-25) oímos a Jesús que nos manda: *«Tomad y comed, porque esto es mi cuerpo… tomad y bebed, porque esta es mi sangre».*

Y añade San Juan que quien coma su carne y beba su sangre tiene vida eterna; y San Pablo une a su narración la peculiaridad de acusar a los fieles que comulgan indignamente, no por sus pecados personales, sino por compartir la cena del Señor después de haberse negado a compartir la propia cena. No pone en juego la discusión teórica sobre la verdad que cuando comulgamos recibimos al Señor, sino que pone en juego la fe misma negada por los hechos..

Así asistimos a la institución de la Eucaristía en ese marco de la Última Cena con su carga emotiva de despedida, su auto-entrega o auto donación (Lc 22, 14-16).

Todas las comidas del Resucitado con sus discípulos tienen un sabor eucarístico: bien lo pueden confirmar Tomás (Mc 20, 19-28), los discípulos de Emaús (Lc 24) y Pedro en su paseo por el Tiberíades .

El banquete eucarístico en la comunidad apostólica es uno de los principales ámbitos de la presencia y revelación del Resucitado, como lugar para profundizar en la experiencia pascual, como se deduce de las asambleas domésticas y de los escritos de los primeros escritores cristianos como San Justino, San Hipólito, San Ignacio de Antioquía, etc., en los que con su palabra y vida demuestran que no hay disociación entre comunión eucarística y comunicación de bienes.

Los mismos pequeños conflictos, que surgieron en aquellas comunidades, testimonian con mayor credibilidad que la comunicación de bienes era algo fundamental en el seno de la Primitiva Iglesia.

Al hablar de la Comunión, *acentuamos más la Eucaristía como banquete que como nutrición*, porque bajo el signo de nutrición podemos quedarnos en su función puramente biológica, aunque necesaria, mientras que bajo el signo de banquete humaniza y desarrolla su dimensión comunitaria tanto sacramental como ética, evitando de esta forma el puro sacramentalismo y alimentando la donación convival recíproca de Cristo y de nosotros.

III.- Stop. Recordatorio espiritual

- Hagamos ahora un pequeño stop ante este inefable misterio.

Con la Plegaria eucarística Dios bendice la mesa. El manjar que el Padre ha preparado para este banquete es lo más grande y exquisito que puede ofrecernos: a su Hijo.

¡Qué pena! Dios nos ofrece este Manjar y nosotros pasamos olímpicamente! A un animal se le presenta su comida y salta de gozo para alcanzarla. Nosotros pasamos de largo.

- Es verdad que **hoy se comulga mucho y se confiesa poco**. Algunos olvidan que a la comunión hay que acercarse en gracia de Dios; pues, a los muertos no se da alimento. Con razón San Pablo corrige a los fieles de Corinto.

- ¡Misteriosa realidad! Si en nuestra vida natural al tomar el alimento cotidiano, este se convierte en nuestra substancia, en la vida sobrenatural, al tomar la comunión, *este pan divino nos convierte en Cristo*, manantial de gracia durante su permanencia en nosotros.

- Acércate a comulgar sin actitudes laxistas ni jansenistas siguiendo las enseñanzas de un San Pío X y de una Santa Margarita de Alacoque.

San Pío X sigue repitiendo: ¡Cristianos, niños, jóvenes y adultos comulgad con mucha frecuencia!

Santa Margarita María de Alacoque, orando ante el Sagrario, ve a Jesús afable que le muestra en su mano derecha un cáliz de oro y en su izquierda un cáliz de plata.

¿Qué quieres decirme con esto? Que cada comunión sacramental que haces es como una moneda de oro que depositas en el cáliz de oro; y cada comunión espiritual es moneda de plata que pones en el cáliz de plata. Toda esa cantidad la encontrarás en el cielo.

Y es que tanto el Concilio de Trento, como la encíclica eucarística de León XIII, *Mirae charitatis*: «L*a comunión nos santifica, nos alimenta, nos une a Cristo y a los hombres entre sí, nos compromete en la implantación de la civilización del amor y es prenda de futura gloria*».

Por eso decimos con Unamuno:

Agranda la puerta, Señor
porque no puedo pasar.
La hiciste para los niños
y yo he crecido
a mi pesar.

IV.- Recordemos que en la primera Eucaristía Jesús partió, repartió y compartió este pan del cielo.

. La Eucaristía es pan partido. Por eso, creemos que ahí está el cordero de Dios que quita el pecado del mundo… que ahí está la sangre de la Nueva Alianza derramada por nuestros pecados, que hemos de actualizar hasta que El vuelva con el Padre, que celebrará ese banquete, porque los pródigos hemos vuelto a su casa.

. **La Eucaristía es pan repartido**, y por eso pedimos vocaciones para repartirlo como los Apóstoles en la multiplicación de los panes.

. **Y la Eucaristía es pan compartido**, porque siendo muchos formamos un solo cuerpo. Compartamos como la viuda de Sarepta y el joven de los cinco panes de Cafarnaún a favor de los pobres.

Participemos en la misa dominical, convencidos de que en la Eucaristía ahí está nuestra identidad cristiana, como lo atestiguan los Concilios, el fervor popular, las filigranas de nuestras custodias procesionales, la expresividad de la música sacra, la catequesis en los autos sacramentales, la adoración al Santísimo en nuestros templos, la inocencia de los niños de primera Comunión, el viático de los impedidos y el testimonio de nuestros mártires y místicos.

Por eso, Señor, danos siempre de ese pan.

Última Comunión de San José de Calasanz *(Goya)*

El milagro se ofrece cada día
por las manos del lícito oferente,
todo un Dios infinito, omnipotente,
se da entero, cosecha de agonía.

Nos espera en amante cercanía
como agua, vino y pan, limpio torrente,
zumo añejo de amor, viva simiente,
alimentos de célica alegría

¡Qué humildad!, en el fruto consagrado
está Dios, el espíritu inmortal,
clamando por el alma redimida.

Olvida su dolor, nuestro pecado,
nos ofrece su reino celestial
en su Pan y en su Vino de la Vida.

Emma-Margarita

Ora ante el Sagrario

La Eucaristía, alimento del Pueblo peregrino.

O sacrum convivium
in quo Christus sumitur,
recolitur memoria
Passionis ejus.
Mens impletur gratia
et futurae gloriae
nobis pignus datur

Oh sagrado banquete
en que Cristo es nuestra comida,
se celebra el memorial
de su pasión.
El alma se llena de gracia
y se nos da la prenda
de la futura gloria

(Corpus Christi)

Oh sacrum convivium. Oh sagrado banquete.

El concilio Vaticano II define el misterio eucarístico con San Agustín y con Santo Tomás como *«vinculum charitatis, sacramentum pietatis, signum unitatis»*, vínculo de caridad, sacramento de piedad, signo de unidad… y *«como sagrado banquete que nos llena de gracia y es medicina de inmortalidad»* (S.C. 47).

En el 45 congreso Internacional Eucarístico de Sevilla, año 1993, la Iglesia hace un alto en su peregrinar para alimentarse con el pan del cielo, como Moisés lo hizo en su caminar por el desierto desde Egipto a la tierra de promisión, alimentando al pueblo con el Maná…, o como Elías que, huyendo de la reina asesina, dormido bajo la retama, escucha al ángel que le dice: toma y come, porque el camino es largo.

· **In quo Christus sumitur. En que Cristo es nuestra comida.**

La Eucaristía nos muestra el verdadero rostro de Dios, misericordia y amor. Es como el sacramento de la condescendencia de Dios…, es

como la roca y pozo de Jacob del que brota agua para saciar nuestra sed…, es como el pan bajado del cielo para la vida del mundo.

Frente a los humanismos sin Dios, al nacional-laicismo y a la dictadura del relativismo, la Eucaristía nos presenta a un Dios cercano, que aleja de nosotros el fantasma de esos dioses mitológicos que aplastan a los humanos.

Pero para participar en este ágape sagrado no hay que olvidar que a los muertos no se les da alimento y hay que tener presente la corrección de San Pablo a los Corintios.

· **Recolitur memoria passionis ejus. Se celebra el memorial de su Pasión.**

… Cuerpo entregado y sangre derramada… No hay redención sin sangre. Con el ángel del Getsemaní nos acercamos a Cristo, recogemos la sangre que ha bañado el Huerto de los Olivos y le pedimos que beba el cáliz de la salvación en este prólogo de su pasión… Mezclados con el Pueblo de Dios, manipulado aquel primer viernes santo, hacemos nuestra su voz profética: ¡que la sangre de Cristo caiga sobre nosotros!

Agradecidos al soldado que con su lanza abre el costado de Cristo, de donde sale agua y sangre, Iglesia y Sacramentos, repetimos: ¡Sangre de Cristo embriágame! Y como María, al pie de la cruz, ofrece el cuerpo ensangrentado de su hijo, mientras llena su corazón de gracia redentora para repartirla después a la humanidad, nosotros nos unimos a ella, completando lo que falta a la pasión del Señor, conscientes de que santificación es igual a cristificación y cristificación es igual a crucifixión.

· **Mens impletur gratia. El alma se llena de gracia.**

La Eucaristía es el Sacramento de nuestra unión con Cristo.

El vino y el pan nos unen en un solo cuerpo y el alma se llena de Dios. Salimos de nuestro pobre yo y nos abrimos a horizontes casi

infinitos de manos de Dios…, somos como la gota de agua que cae en el océano y gana la inmensidad de los mares. Dejemos que Dios ocupe el lugar que le corresponde en nosotros y podemos decir con San Pablo: no vivo yo, es Cristo quien vive en mí.

El encuentro con Cristo en la Eucaristía nos llena de paz y alegría; de ahí, que la Eucaristía sea fuente y cúlmen de la vida cristiana.

· **Et futurae gloriae nobis pignus datur. Y se nos da la prenda de la futura gloria.**

San Juan en su primera carta nos presenta a un Dios Padre y Luz que en el cúlmen de la revelación se define como Amor.

Y es que el amor es más fuerte que la muerte.

Nos abre esa dimensión escatológica de la Eucaristía como fármaco contra la muerte y semilla de inmortalidad. Así Jesús afirma que quien come su carne y bebe su sangre tiene vida eterna. Nuestra comunión eucarística es germen de resurrección, soporte de nuestra esperanza en la transformación futura de nuestros cuerpos mortales y nos impulsa a vivir ahora el amor y solidaridad con nuestros hermanos.

Sirva como aplicación concreta **el caso de Marte Robin**, mujer que en 50 años sólo se alimentó de la Sagrada Comunión. A sus 26 años (1928) la encefalitis se apoderó de esta joven francesa, hija de unos campesinos, que vivían cerca de Lyon. Se paralizaron todos sus músculos, incluso aquellos que nos permiten tragar alimentos y bebidas.

Postrada en una cama, inmóvil, ciega y sin poder comer ni beber, su diagnóstico era tajante: moriría muy pronto.

Recibe el Viático y la Unción de Enfermos…, pero Robin, día tras día y año tras año, seguía con vida, desafiando a la Biología y Medicina, que nos enseñan que ningún ser vivo puede vivir sin alimentos. Sin

embargo, y contra toda explicación racional, logró sobrevivir durante más de 50 años con la Sagrada Hostia como único alimento. Desde su mística y fe poderosa, la joven, quien aseguraba que Cristo era su alimento sobreabundante, logró más de 70 «hogares de caridad» en los cinco continentes.

Miles de testigos, entre ellos, cardenales, obispos y prohombres de Iglesia dieron fe de este hecho. Uno de ellos, el gran filósofo y escritor, Jean Guitton, escribió un libro «El retrato de Marte Robin», donde subraya que es consciente de que esta obra será desconcertante e irritante para muchos que van a dudar de la verdad que cuenta; no obstante, quiere responder a las objeciones con las pruebas evidentes de la verosimilitud de este relato.

Otro historiador francés, Jean Jacques Antier, en su libro «El viaje inmóvil», concluye que el milagro de Robin va más allá. Desde su cama en una aldea remota, y con la fuerza de la oración, logró fundar más de 70 Hogares de Caridad.

Veinte años después de su muerte (6 de febrero de 1981), los directores de estas casas de acogida han logrado introducir en Roma el proceso de beatificación que hoy estudia la Congregación para la Causa de los Santos.

TEMA II. REFLEXIÓN BÍBLICO-TEOLÓGICA

Capítulo 5º

La Eucaristía en la Biblia

Todos guardamos impresa en nuestra imaginación la **semblanza de un San Agustín** que, inquieto en una juventud agitada, oía en su interior una voz que le gritaba: ¡Agustín, mira más alto!, y dejando su vida rota se dedica a la búsqueda de la verdad, sabiendo traducir poco a poco el pensamiento de Platón al cristianismo hasta llegar a exclamar: *¡Señor, nos han hecho para ti, y nuestro corazón está inquieto, mientras no descanse en ti!*

Buscas las raíces de su cambio y tienes que recoger la lágrimas de su madre, Santa Mónica, los ejemplos y consejos de San Ambrosio y el encuentro con San Pablo, como respuesta a esa voz interior que le urgía; «**toma y lee**».... y tomando la Biblia, abrió por el capítulo 13 de Romanos que le repetía: *Agustín, ya es hora de que despiertes de tu sueño y vivas en el pleno día de la gracia, revistiéndote de nuestro Señor Jesucristo.*

Te invito a que escuches tu conciencia, iluminada por la fe y con San Agustín leas la Palabra de Dios para que descubras la hermosura siempre nueva y siempre antigua del misterio eucarístico.

I.- La Eucaristía prefigurada en el A. T.

- **La prehistoria de la Eucaristía tiene sus raíces en el ritual judío de las comidas festivas,** parientes cercanos a las comidas practicadas en casi todas las culturas.

  Los datos del A.T. son guía y ayuda como antecedentes o precursores tipos o figuras fáciles de entender desde la fe.

- **Figuras veterotestamentarias avaladas por Jesús.**

  La Eucaristía sólo puede comprenderse si nos adentramos en el mundo espiritual de la Biblia. Por eso, toda la tradición apostólica,

patrística y eclesial ha relacionado siempre la Eucaristía con figuras e instituciones del AT como maná, pascua, alianza . Jesús nos remite a muchos lugares del A.T., al hablarnos de la Eucaristía, que Él instituyó el Jueves Santo, y siendo realidad del N.T., sus múltiples alusiones la prefiguraban en la Antigua Alianza.

La Biblia narra la historia de una humanidad, que después de Caín y Abel no vivió nunca sin ofrecer sacrificios a la Divinidad como signo de amistad, de reconciliación y de expiación.

Dios se pronuncia en favor de **Abel**, que le ofrece lo mejor de su ganado (Gn 4,4) y bendice a **Noé**, con quién el suelo deja de ser maldito, consiguiendo una comunión más estrecha entre Dios y los hombres (Gn 8,20-21). **Melquisedec** en su encuentro con Abrahám ofrece un sacrificio de acción de gracias con pan y vino (Gn 14, 17-24) y al no quedar la humanidad postdiluviana curada de la violencia entran los sacrificios de animales, como el carnero por **Isaac** (Gn 22,13) y **el cordero** por los hijos liberados de Egipto (Ex 11, 1-13).

El maná que alimentó al pueblo de Dios en sus 40 años de peregrinación por el desierto, y que los salmos y libros sapienciales lo definen como pan del cielo y pan de los ángeles es un signo del alimento eucarístico.

- **Paso de la Antigua Alianza a la nueva Alianza, de la Pascua Judía a la Pascua cristiana.**

Si queremos explicar la Eucaristía con la Biblia hemos de comenzar por la comprensión de la Pascua hebrea, en la cual encuentra su raíz, contexto y profecía. Diversos pasajes del Éxodo y Deuteronomio descubren los ritos pascuales como anticipo de la Cena del Señor (Ex 12; Dt 16).

El Pueblo hebreo celebraba en su Pascua la conmemoración de su liberación, la salida de la esclavitud, la intervención de Dios

en su historia, cumpliendo la promesa hecha a Abrahám y estableciendo una Alianza (Ex 12).

En la Pascua o paso de Dios por Egipto, Dios ya contemplaba la Eucaristía y pensaba darnos el verdadero Cordero Salvador.

La Liturgia en el Prefacio Pascual canta que Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado. Porque Él, con su inmolación en la cruz, dio pleno cumplimiento a lo que anunciaban los sacrificios de la Antigua Alianza; ofreciéndose a Sí mismo quiso ser al mismo tiempo sacerdote, víctima y altar..

Y si la Eucaristía contiene todo el misterio de Cristo, el éxodo pascual es el evangelio del A.T., y es la buena noticia de un Dios que ha salvado a su pueblo y lo seguirá salvando en el futuro.

Este será el artículo fundamental de credo histórico de Israel (Dt 26, 5-10). *«Dios me salva»*, fórmula que acompañaba a la ofrenda sacrificial de las primicias como profesión de fe. Ritual descrito dos veces en el **Éxodo (12,1-14; 12,21-27).**

El Éxodo es el hecho determinante de la historia de Israel; y la Alianza es la institución fundamental, que regula las relaciones entre Dios y el pueblo... La sangre, derramada sobre el altar, que representa a Dios, y sobre el pueblo, indicaba la participación de Israel en los bienes de Dios, y la asunción, por parte de Dios, de los intereses de Israel; quiere significar la comunión de vida entre Dios y su pueblo.

La Alianza sinaítica es una preliturgia cristiana con su sacrificio en el altar (Ex 24, 5-6) con la lectura de la Palabra de Dios (Ex 24, 7) y con el compromiso de obediencia (Ex 24,2-6)... **Es el preludio de la alianza definitiva de Dios con la humanidad**, que se inicia ante la infidelidad de Israel y el anuncio profético de Jeremías (31,31-3-7), que se cumple en la institución: «ésta es la

sangre de la alianza que se derrama por muchos para el perdón de los pecados» (Mt 26,27).

En el pueblo de Dios los padres tenían la obligación de dar una catequesis a sus hijos sobre el significado de aquella cena (Ex 12, 25-27), y el memorial pascual provoca en el nuevo pueblo elegido por Dios, por un lado, la acción de gracias, y por otro, obliga a Dios a reunir y renovar los prodigios hechos a favor de su pueblo.

Lo recuerdan el salmista y Zacarías: el salmo (111,4-5) reconoce las maravillas memorables del Señor, acordándose siempre de su alianza; y, Zacarías, al comienzo de la era mesiánica, pide a Dios que se acuerde de las promesas hechas en la Alianza (Lc 2,23).

Este memorial es el sustrato que está en la base conceptual e institucional de la palabra de Jesús: «haced esto en memoria mía» (Lc 22,19; 1 Cor 11, 24-25), que S. Pablo comenta en concreto: *«así, pues, siempre que comáis este pan y bebáis de este cáliz, anunciáis la muerte hasta que vuelva»*.

Y es que la Eucaristía para los creyentes de los siglos venideros es el memorial de la obra redentora de Cristo: mi cuerpo entregado y mi sangre derramada nos remiten a la Pascua con su ritual de bendiciones, que surgen a partir de una experiencia de crisis, rupturas, desgracias y salvación como memorial actualizante, cuyos relatos unen la alianza del Sinaí y del Calvario, alcanzando su punto culminante en el poema del Siervo de Yahvé.

La figura del Siervo de Yahvé que, como cordero inocente, lo llevan al matadero en rescate por muchos, mira al misterio del altar (Is 53) y está en línea con el lavatorio de los pies (Jn 13).

La idea del banquete, poéticamente presentado por Isaías, contiene una alusión a la Eucaristía en su dimensión escatológica (Is 25; Mt 8,11; Jn 6,54).

Bien vaticinó **Malaquías**, próxima ya la llegada del Mesías, que este sacrificio se ofrecía todos los días desde la salida del sol hasta su ocaso (Mal 1,11), y con razón los libros sapienciales nos invitan: «**venid a comer y beber del vino que os he preparado** (Prov 9,5).

II.- La Eucaristía en el Nuevo Testamento

❑ La última Cena del Señor

- **Para entender la Eucaristía hay que conocer a Jesucristo.** Las multitudes lo proclaman como el gran profeta de Israel. Las preocupaciones del profeta son las preocupaciones de Dios, es ser boca de Dios. Las parábolas, con su talante profético, no son ventanas para asomarse al exterior, sino verdaderas radiografías que reflejan el interior de la sociedad; son espejos donde uno se ve a sí mismo.

- **La Cena del Señor como acción profética escatológica lleva consigo estos tres elementos**: *«Situación grave que pide una acción, realización de la acción y palabra explicativa».*

  Sirva de ejemplos cuando Jesús lava los pies a sus discípulos, manifestando así su actuación profética escatológica. Él es el Siervo de Yahvé y sus discípulos representan al mundo; y su gesto, modelo ideal a imitar, conecta con su conducta y con su misión.

- **La Eucaristía memorial de la Cena del Señor.**

  San Pablo, en el año 55, nos transmite la tradición que ha recibido del Señor (1 Cor, 11,23); las primitivas comunidades cristianas se auto-definen por su participación y compromiso en la fracción del pan (Hch 2,42); Lucas nos recuerda, en la escena de Emaús, que a Jesús se encuentra al partir el pan; San Juan, en su discurso sapiencial sobre la promesa de la Eucaristía, con el gesto

del lavatorio de los pies y con la presencia del Resucitado en las comidas, está hablando de la eucaristía; y las narraciones de los Sinópticos (Hch 14; Hch 26; Lc 22) nos llevan a la raíz de la misma Eucaristía, repitiendo las palabras y gestos del Señor, adaptadas a cada comunidad.

Y al repetirnos *«haced esto en memoria mía hasta que vuelva»* (1Cor 11; Lc 22) hace alusión a la alianza del Sinaí (Ex 24,8) afianzando así nuestra amistad con Dios y recordándonos el compromiso de compartir todo lo que Jesús hizo en su vida y muerte, impregnando nuestro espíritu de la semilla de la resurrección.

- **Textos neotestamentarios en los que la reflexión y praxis cristiana han dejado sus huellas.**

Evangelios Sinópticos. (Mc 14, 22-25; Mt 22,26-29; Lc. 22,15-20). Aunque se evidencian dos líneas Mc-Mt y Pablo-Lc; ambas apuntan a la tradición común de Palestina. Además de estos lugares, hay influencias eucarísticas en las secuencias de la multiplicación de los panes, en las apariciones del Resucitado, participando en la comida, y sobre todo en el encuentro con los discípulos de Emaús (Mc 6,34; 16,14; Lc 24, 13-35).

San Juan no describe cómo se realizaba la Eucaristía en las distintas comunidades, pero en el discurso de la promesa eucarística después de la multiplicación de los panes, en el gesto del lavatorio y mandamiento del amor, en el símil del trigo y la vid, su mente estaba en la Eucaristía (Jn 6; Jn 12; Jn 13; Jn 15).

En los Hechos de los Apóstoles San Lucas nos ofrece un esquema sintético y completo de la reunión eucarística, y nos describe varias celebraciones, unas con motivo de la conversión del carcelero y tras la tempestad calmada, y otra en Tróade, en el primer día de la semana (Hch 2,42; 16,32; 27,35).

De las cartas de San Pablo seleccionamos especialmente la 1 Cor 10 y 11, por ser texto eucarístico por excelencia, en el que se corrige desviaciones y se fijan las normas para su desarrollo; en Gálatas (2,12) recuerda que, siendo la Eucaristía comunitaria, por su misma esencia, se convierte en juez de toda discriminación contra los judaizantes, que intentaban excluir a los paganos-conversos; y en Efesios (5,18-20) y Colosenses (4,2) acentúa su dimensión de acción de gracias. En la carta de los Hebreos (9,20; 13 10-15) hace hincapié al rito de la antigua alianza en las celebraciones eucarísticas.

Es reveladora toda la terminología eucarística en el libro del Apocalipsis, en sus cartas a las siete Iglesias. El Apocalipsis es una interpretación de la historia presente y futura para cristianos perseguidos o en dificultades (4-5), reprochando, animando e invitando a la lucha, con nuestra confianza puesta en el poder de Dios y del Cordero, recordándonos a la vez que existen males en el mundo, que hay que afrontar con valentía como Jesús y nos lanza a no claudicar ante las herejías. Los siete sellos, siete plagas, siete copas, siete ayes, siete trompetas son los males que vaticinó Jesús y que interpela a nuestra existencia.

En sus cartas a Pérgamo (2), con la espada de dos filos y el maná, y la carta de Laodicea (3) que insiste en su llamada para que lo escuchemos y comamos con Él, hace referencia a las dos partes de la Misa. En las cartas se manifiesta la preocupación por la Palabra y por la misión en el mundo.

Elementos de una liturgia eucarística.

En toda Eucaristía se hace presente el Resucitado que arranca en nosotros ese maranatha apocalíptico.

San Juan (6,51) contra los docetas acentúa su presencia sacramental y lo convierte en un antídoto anti-mágico que nos interpela y nos juzga. Ante esta realidad todos somos aprendices, oyentes, juzgados e invitados.

Ya en los tiempos apostólicos el funcionamiento de la Eucaristía

era perfecto y estaba protegido contra toda desviación como lo hemos visto en los Libros Santos y en los escritos de San Ignacio de Antioquía, San Justino y en la *Traditio Apostólica* de Hipólito, donde encontramos el desarrollo de toda Eucaristía, que se inicia con la llamada a la conversión y las anáforas que el sacerdote, *in persona Christi*, repite.

Basta meditar la escena de Emaús, la conversión de Cornelio y profundizar en las palabras de la consagración para comprender que cada Eucaristía nos pide un examen de nuestra situación, que nos lleva a una comunicación cristiana de bienes, poniendo al servicio de la comunidad y del mundo los siete carismas que Pablo enumera en la carta a los Romanos (12) y su primera Corintios (12), y que tanto Santiago como San Juan describen en sus cartas.

En el año 120, Plinio, gobernador de Bitinia escribía a Trajano lo que los cristianos hacían en sus reuniones.

La Eucaristía es como el pan que el ángel le dio a Elías para que siguiera su viaje, es el sacrificio incruento del Calvario, con el mandato de que seamos testigos en el mundo.

El lagar místico *(Monasterio Sta. Clara-Úbeda)*

Sacris Solemnis.
Noctis recolitur coena novissima,
qua Christus creditur agnum et azyma
dedisse fratribus juxta legitima.
Priscis indulta Patribus.
Dedit fragilibus corporis ferculum,
Dedit et tristibus sanguinis poculum,
Dicens: accipite quod trado vasculum;
Omnes ex eo bibite,
Sic sacrificium istud instituit,
Cujus officium committit voluit
Solis presbyteris, quibus sic congruit,
Ut summant et dent ceteris.

Hoy celebramos la noche de la Última Cena,
Durante la cual creemos que Cristo, según prescribía la ley
de los antiguos Padres, ofreció a los apóstoles el cordero
y los ácimos.
A los débiles les dio el alimento de su cuerpo,
Y a los tristes la bebida de su sangre, diciendo: Tomad este
cáliz que os entrego y bebed todos de él.
Sustituyó, así, este sacrificio,
cuyo ministerio quiso confiar
sólo a los presbíteros, a quienes incumbe tomarlo para sí y
administrarlo a otros.

Ora ante el Sagrario

Glosas Eucarísticas.

... «Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan , y después de dar gracias, lo partió y dijo: Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío. Asimismo también el cáliz después de comer diciendo: Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces lo bebierais, hacedlo en recuerdo mío».

«Pues, cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga. Por tanto, quien coma del pan y beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor» (1Cor 11 , 23-27).

Haced esto en memoria mía.

...San Pablo anima a los fieles de Filipos a combatir su autosuficiencia, teniendo los mismos sentimientos de Cristo, quién se humilló y se hizo obediente hasta la muerte, y por eso Dios lo premió (Fil 2,1-11).

El autor de la carta a los Hebreos, ante la insuficiencia de los sacrificios de la antigua ley, presenta a Cristo entrando a este mundo, diciendo: holocaustos y sacrificios no te agradan, ***he aquí que vengo a hacer, oh Dios, tu voluntad*** *(Hbr 10,7-8).*

En el prólogo de su ministerio público Jesús responde a sus discípulos, junto al pozo de Jacob, ***que su comida y hacer la voluntad del Padre*** *(Jn 4,34) y en el pórtico de su pasión, en el Getsemaní, sumido de tristeza y angustia, por tres veces repite:* ***Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya....*** *Para cerrar el drama de su vida con ese «****consumatum est****»: he cumplido tu voluntad. Y a la pregunta: ¿cuál es la voluntad de Dios?, San*

Pablo y San Juan respondieron que es el bien de todos los hombres; y que esto es lo que hizo Jesús lo atestiguan **con sus vidas los ciegos, los** *paralíticos, los leprosos, los pobres, los pecadores... y esto es lo que puede pensar cualquier persona con experiencia religiosa, ya que Jesús es la biblioteca inagotable de la Iglesia y archivo inviolable, cuyo resumen encuentras en los signos y palabras de la Eucaristía: es su suma teológica.*

Después de releer el libro de la Eucaristía, crecerá en ti el amor, la fraternidad, la entrega y la solidaridad con los más pobres, en quienes Cristo se encarna. Aprendamos a ser de verdad Cirineos y Buenos Samaritanos.

...Mientras estaban comiendo, tomó Jesús pan y, pronunciando la bendición, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: Tomad, comed, esto y mi cuerpo. Tomó luego un cáliz y, dadas las gracias, se lo dio, diciendo: Bebed de él todos, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados. Y os digo que desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros en el Reino de mi Padre (Mt 26, 26-29; Mc, 14,17-21; Lc 22, 19-20).

Cuerpo entregado... sangre derramada

Pan partido y compartido.. sangre medicinal. ¿Cómo se explica que después de 20 siglos la Misa siga en pie, participando millones de seres humanos en más de 300 idiomas? Es que no es obra de los hombres, es obra de Dios.

***Con Santo Tomás de Aquino** cantamos: que les dio el alimento de su cuerpo a los débiles y a los tristes la bebida de su sangre, diciendo: Tomad este cáliz que os entrego y bebed todos de él».*

***Con Santa Gertrudis** rezamos: «te ofrezco en reparación, Padre amantísimo, todo lo que sufrió tu Hijo amado, desde el momento en que, reclinado sobre paja en el pesebre, comenzó a llorar, pagando luego por los necesitados de la infancia, las limitaciones de la edad pueril, las dificultades*

de la adolescencia, los ímpetus juveniles, hasta las horas en que , inclinando la cabeza, entregó su espíritu en la cruz, dando un fuerte grito. También te ofrezco, Padre amantísimo, para suplir todas mis negligencias, la santidad y perfección absoluta con que pensó, habló y obró siempre tu Unigénito (Libro 2,23).

Por qué no hacer con el Apóstol Tomás nuestra profesión de fe en la Eucaristía al elevar la Hostia Consagrada, aunque sus apariencias permanezcan las mismas, pero la sustancia es Cristo. Y por qué no tomar al hombre como hombre, con todas sus debilidades, que son sus accidentes, ya que en realidad es criatura de Dios e hijo de Dios, para transformarlo en hombre nuevo, hecho a imagen y semejanza de Cristo.

Proclamamos públicamente nuestra fe al participar en la Eucaristía, diciendo: Éste es el Sacramento de nuestra fe, anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡Ven Señor, Jesús!

...Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo y levantándose de la mesa, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos. Ante la actitud de Pedro que se resistió a que Jesús le lavase los pies, Jesús le replica; lo que yo hago tú no lo entiendes ahora; lo comprenderás más tarde. Y si no te lavo los pies no tienes parte conmigo.

Después de lavarles los pies les dijo: ¿comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pero si yo, el Maestro y Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros.

En verdad, en verdad os digo: no es más el siervo que su amo, ni el enviado mas que el que lo envía (Jn 13, 4-10).

A quién, cómo y en qué tenemos que servir. Al meditar este pasaje acentuamos más su dimensión sacramental que la moralizante.

El relato no es una escenificación del servicio diaconal, sino una reflexión profunda sobre la persona de Jesús y su actuación y entrega total, incluida la donación eucarística.

Todo el discurso de despedida (Jn 13-17) conserva reminiscencias eucarísticas como la referencia al amor, las alusiones a la vida, la bienaventuranza a sus colaboradores por el sacramento del orden, la limpieza, pobreza y espíritu de cuantos se acercan al Amor de los Amores.

¿De cuántas cosas hay que despojarse, como Cristo de su túnica? ¿Qué valores hay que cultivar para que el servicio corra como savia por nuestras celebraciones?

Acompañamos al Príncipe Wenceslao en la noche de su martirio. Sus enemigos le esperan, cuando se dirige a la iglesia para visitar al Santísimo. Hacía tanto frío que su paje apenas podía caminar, hasta que el Príncipe le invita a poner sus pies en las huellas de sus pisadas, de donde salía un calor tan confortable que animaba todo su cuerpo.

Su ardiente amor a Jesús sacramentado se manifestaba en su asistencia al rezo del Oficio y en sus visitas frecuentes al Sagrario, donde permanecía estático en oración, y si la distancia o el tiempo no se lo permitía, su mirada y corazón volaban hasta el tabernáculo para rendir el homenaje de amor a Jesús sacramentado.

Capítulo 6º

Eucaristía y Trinidad

…Paseamos por la playa, en una mañana primaveral, como Jesús y Pedro a las orillas del Tiberíades, cuando lo nombra primer Papa, después de aprobar el examen del amor. Observamos que un hombre pensativo, tal vez San Agustín, dialoga con un niño que intentaba pasar todo el agua del mar al hoyo que había hecho en la arena.

Agustín, que no cesaba de dar vueltas en su mente al misterio de Dios, le dijo: Ignorante, no ves que eso es imposible, porque en nuestro planeta hay mucha más agua que tierra. ¡Es verdad! Le contestó el niño, que era un ángel: más desgraciados sois los mortales, cuando queréis meter en vuestras cabezas el misterio de Dios que es infinito, y vuestra inteligencia es limitada.

I.- Recuerdo de una historia trinitaria.

- ***Plan de Dios, uno y trino, sobre el hombre, roto por el pecado y restaurado por la muerte y resurrección de Cristo, que se actualiza en la Eucaristía.***

La confesión en un Dios, uno y trino, no es más que el desarrollo de la expresión: Dios es amor; amor, no estático, sino dinámico, que no se agota. El Padre se da al Hijo, por vía de inteligencia, como cuando una persona se mira al espejo y ve ante si su misma imagen; el Hijo se da al Padre y los dos se aman con una llama de fuego sagrado, que es el Espíritu Santo, por vía de voluntad; y las tres personas se nos dan a los hombres por la gracia de la filiación. Somos sus consanguíneos perpetuos.

De las tres personas, dos, el Hijo y el Espíritu Santo, reciben una misión temporal en las criaturas: El Hijo es enviado por el Padre para redimir a los hombres; y el Padre y el Hijo envían al Espíritu Santo para su santificación.

El evangelista San Lucas así lo cuenta: En el misterio de la

Encarnación están presentes y activas las tres divinas personas. El ángel dice a María: «*Concebirás y darás a luz un Hijo… le llamarás Hijo del Altísimo… y el Espíritu Santo vendrá sobre Ti y te cubrirá con su sombra*».

Las palabras del ángel son como un pequeño Credo que ilumina la identidad de Cristo en su relación con la Trinidad.

En un principio el Padre toma la iniciativa que, con su palabra y Espíritu, obra la creación. Todo era bueno y en un éxtasis de amor crea al hombre a su imagen y semejanza; pero éste, en un arrebato de libertinaje, perturba el proyecto que Dios tenía en su mente; y desde ese instante sale a su encuentro como un mendigo, haciéndose el encontradizo y pidiéndole que volviese a sus orígenes. No dejó de hablar y manifestarse hasta el mismo momento de la Encarnación y de la irrupción de Pentecostés.

El Hijo ha pasado, *Pascua*, entre nosotros para recrear el mundo que soñó, abriendo las puertas de la familia trinitaria e invitándonos a sentarnos en su mesa como hijos adoptivos.

La revelación de la gloria de la Trinidad en la Encarnación es como semilla de vida divina, sembrada en el mundo y en el corazón de los hombres (Sal 4,4; Rom 8,15); es como el manantial de todos los misterios.

Y esto es lo que nos recuerda la Eucaristía, como nueva prolongación de la Encarnación; recuerdo que se hizo compromiso, alianza: ayer, con Noé, Abrahám y Moisés, liberando a su pueblo de la esclavitud de Egipto, y hoy, con Cristo, aunque la humanidad hizo lo posible para destruir el intento del Padre, matando a su Hijo; pero el Padre ha apostado por el Hijo, resucitándolo de entre los muertos.

Con la Ascensión termina el Paso del Señor, pero este paso se actualiza en cada Eucaristía, memorial de su muerte y resurrección.

- ***El origen y la fuente de la Eucaristía en Dios, como se refleja en la Plegaria Eucarística, en su doble movimiento ascendente y descendente.***

La obra del Padre, que nos regala el don de su Hijo, se concreta en

la obra redentora del Hijo, cuyo misterio salvífico se hace realidad por el Espíritu Santo. La acción comunional de la Eucaristía nos relaciona con las tres personas divinas y con los hombres.

La Plegaria Eucarística se convierte en una bendición descendente de Dios al hombre, confesión de un Dios creador y redentor, que entra en diálogo con los hombres, estableciendo una nueva alianza, sellada con su muerte y resurrección…, y en una súplica ascendente de alabanza y de acción de gracias a Dios.

Se inicia la Eucaristía con la presencia de la Trinidad, huésped de nuestra alma, para acompañarnos durante toda la celebración y darnos al final el adiós que nos hace samaritanos de Dios, con manos abiertas para hacer el bien, con la marca garantizada del Evangelio.

Como reflejo del amor fontal del Padre no es pensable un divorcio espiritual entre Dios y la criatura; como reflejo de nuestra relación con el Hijo no podemos convertirnos en islotes aislados; y como reflejo del Espíritu Santo el encuentro del Yo con el Tú se hace un nosotros.

Cada Eucaristía nos compromete a vivir como hijos de Dios, como hermanos de Cristo y de todos los hombres, y como santos, moldeados por el Espíritu Santo.

Avivemos, pues, nuestra fe en la presencia de la Trinidad sobre el altar para trinitizarnos y cristificarnos.

Apliquémonos el símil de la familia donde no reina el amor, sino que domina el egoísmo; ahí es difícil la convivencia y la felicidad, porque nos olvidamos que estamos en el mundo para amar y ser amados.

II.- La Eucaristía, alabanza y acción de gracias a la Trinidad.

- ***Meditamos en el principio y fundamento de los Ejercicios Ignacianos que el hombre es creado para servir, alabar y dar gracias a Dios y mediante esto salvar su alma.***

En el canto del Magníficat María se presenta como modelo de adorador.

Sor Isabel de la Trinidad confesaba que había encontrado el cielo en la tierra, puesto que el cielo es Dios, y Dios está en nuestras almas.

- ***Constantemente la liturgia eleva a Dios un himno de alabanza y acción de gracias: al concluir sus oraciones, al recitar el Gloria y la Plegaria Eucarística que se inicia solemnemente con el Prefacio y se cierra con un énfasis especial, con la doxología Trinitaria*: «p*or Cristo, con El y en El / a Ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, / todo honor y toda gloria».***

III.- El sacrificio de Cristo, actualizado en la Eucaristía, único sacrificio, grato al Padre, por la acción del Espíritu Santo.

- ***La Eucaristía es la renovación del sacrificio de la cruz.***

Preside la cruz y el celebrante repite varias veces la señal de la cruz, desde el principio al final.

Todas las religiones han honrado a sus dioses con sacrificios: mataban animales como aval y prenda de que así se entregaban a la divinidad; pero a Dios esta ofrenda sustitutiva no le era grata.

Son frecuentes las condenas que hacen los profetas de este culto (Am 5,21-24; Miq 6,6-8; Jeremías)

El sacrificio de Cristo si le es grato; por eso el Padre lo envía para que se ofrezca y se inmole por nosotros, no como pago de nuestra hipoteca contraída por el pecado, sino como prueba del amor desbordante del Dios-Amor, que tanto amó al mundo que nos dio a su Hijo Unigénito.

Al actualizarse en el misterio del altar, no ponemos ante el Padre nuestros méritos, sino a su mismo Hijo, que desde el silencio de la Cruz repite – «que se haga tu voluntad» –, y desde la Hostia consagrada insiste: «haced esto en memoria mía».

Y ¿qué es lo que hizo Jesús? Recordemos la homilía programática de Jesús en Nazaret para que descubramos los campos de nuestra piedad

eucarística: *«El Espíritu me ha ungido y me ha enviado a curar a los enfermos, a dar vista a los ciegos, a poner en movimiento a los paralíticos, a dar libertad a los presos, a conceder un año de gracia a todos y a evangelizar a los pobres»* (Lc 4, 18-19).

Frente a esa postura egoísta que te invita a vivir tu vida, pasándolo bomba y a tope, sin matarte por los demás, ni los hijos por los padres, ni los padres por los hijos, el misterio trinitario, hecho evangelio, nos dice que la única manera de realizarse es perderse por lo demás, jugárselo todo por Dios y por los hombres:

«El que quiera conservar su vida la perderá, y el que la arriesgue por Dios y por los otros la encontrará».

La Eucaristía y la Trinidad son las antítesis del egoísmo. El Padre existe para engendrar el Hijo, y el Hijo para amar al Padre y con El da origen al Espíritu Santo.

La Trinidad ha obrado en nosotros el milagro de que podamos decir: ¡Abba! ¡Padre! (Rom 8,14)

IV.- La mesa eucarística, imán de reencuentro con el Padre, por la acción de Jesucristo, bajo el impulso del Espíritu.

- ***Recorriendo el universo de las Escrituras y contemplando su horizonte, desde el Génesis al Apocalipsis, captamos el verdadero rostro de Dios y la centralidad de la Eucaristía, y experimentamos que la Palabra es como la lluvia que cae en la tierra y no vuelve al cielo hasta empaparla.***

Así, inspirados en el capítulo sexto de San Juan repetimos la frase lapidaria de Pedro Lombardo: *«Se dice la Palabra y se hace el Sacramento».*

El Espíritu Santo desciende sobre el pan y el vino y sobre los asistentes para transformarlos en el cuerpo eucarístico y en el cuerpo místico de Cristo.

San Pablo anuncia a los Corintios este misterio de comunión (1Cor

11) y a la comunidad de Filipos les indica el camino que lleva a Cristo, con los indicadores a respetar en la lucha por la justicia, venciendo el ritualismo y las añoranzas del pasado, abrazados a la cruz, con espíritu pascual.

- ***Tras la escena del Calvario parecen terminados los sueños y utopías del Reino. Sus discípulos decepcionados se dispersan y rompen con la comunidad, pero pronto vuelven a reencontrarse con la presencia del Resucitado que como un imán los atrae. Estos encuentros, en el marco de las comidas postpascuales con sabor eucarístico, son el embrión de la Iglesia.***

Los relatos de San Lucas al final de su Evangelio y en la primera historia del Cristianismo son diáfanos (Lc 24; Hch 2 y 4).

La descripción del ágape sagrado, dentro de las Iglesias domésticas, gira en torno al trípode: «enseñanzas de los Apóstoles, fracción del pan y comunicación cristiana de bienes».

Y en la estampa de los discípulos de Emaús vemos a unos hombres frustrados, que se alejan de Jerusalén y rompen la comunión; un extraño personaje se les une que los escucha y reprende su incredulidad, y enfervorizándoles el corazón le reconocen al partir el pan y vuelven a la comunidad con celo apostólico.

Como colofón una reflexión infantil, ya que para profundizar en la vida de Dios tenemos que hacernos como niños. Oigamos al Santo Cura de Ars, contándonos la vida de Alejo.

Alejo, hijo de una familia distinguida, respondiendo a la llamada del Señor, deja su casa y se va lejos como humilde pordiosero. Pasados 17 años vuelve a su pueblo natal. Nadie le reconoce. Unos señores lo reciben en su palacio y después de dormir 17 años en el hueco de la escalera muere. Al amortajarlo su madre lo reconoce y exclama: ¡Oh hijo mío! ¡Qué tarde te he reconocido!

Puede pasarnos a nosotros lo mismo; que después de tener a la Trinidad en nuestro corazón por la inhabitación y a Jesús, por la comunión, nos veamos obligados a decir: ¡Qué pena! ¡Qué tarde los hemos reconocido, habiéndolos tenido tan cerca!

Icono de la Trinidad (Andrei Rublev)

El Dios uno y trino,
misterio de amor,
habita en los cielos y en mi corazón.
Dios escondido en el misterio,
como la luz que apaga estrellas;
Dios que te ocultas a los sabios,
y a los pequeños te revelas.
No es soledad, es compañía,
es un hogar tu vida eterna,
es el amor que se desborda
de un mar inmenso sin riberas.
Padre de todos, siempre joven,
al Hijo amado eterno engendras,
y el Santo Espíritu procede
como el Amor que a los dos sella.
Padre, en tu gracia y tu ternura,
la paz, el gozo y la belleza,
danos ser hijos en el Hijo
y hermanos todos en tu Iglesia.
Al Padre, al Hijo y al Espíritu,
acorde melodía eterna,
honra y gloria por los siglos
cantan los cielos y la tierra.

(Laudes de la Stma. Trinidad)

Ora ante el Sagrario

La Trinidad de Rublev

1.- Descripción

Los teólogos han intentado comprender el misterio de la Trinidad, los Santos lo han vivido, los místicos lo han gustado, pero el gran iconógrafo Roublev ha sabido llevarlo al pueblo sencillo.

El icono de la Trinidad, obra maestra del arte pictórico, es un compendio de teología trinitaria y eucarística. Representa la visita de los tres ángeles a Abrahán junto a la encina de Mambré (Gn 18,1-15). Esta escena nos conduce hasta Dios, Padre-Hijo-Espíritu Santo.

Los tres personajes centran su atención sobre una mesa, donde hay un cáliz con un cordero degollado.

En la pintura, junto al Hijo hay un árbol, símbolo del triunfo del árbol de la cruz sobre el árbol del paraíso; junto al Espíritu Santo hay una montaña, que nos lleva de las tablas de la ley del Sinaí y al monte de las bienaventuranzas; y junto al Padre hay una casa, símbolo de la presencia de Dios en el Templo y en Jesucristo.

En resumen, el fondo del cuadro representa toda la historia de la salvación, la vida de un Dios-Amor, que se derrama sobre el mundo creado por amor.

Asistimos a la relación de las tres personas divinas, que se hace patente en el cruce de sus miradas de amor, que no quedan estáticas en la misma vida de Dios, sino que se dirige a nosotros para llenarnos de lo divino por la inhabitación y la comunión eucarística.

El Padre envía al Hijo, el Espíritu Santo fecundará el seno de la Madre, y así entra Dios en nuestra historia para tirar muros y superar las divisiones de Babel.

Esta obra nos invita, no solo a ser espectadores, sino a contemplarla para vivir cristianamente, reposando en la vida trinitaria y eucarística, ya que antes Dios ha querido reposar en nuestras propias vidas.

2.- Aplicación.

Como iconos de la Trinidad vivamos la presencia de Dios en nuestras vidas, como templos vivos del Espíritu Santo que somos, cooperando en la obra de la creación, de la redención y de la santificación de los hombres…, escuchando la voluntad del Señor en esta hora de nuestra historia y enfrentándonos sin miedos y con esperanza la forma de insertar a Dios en una sociedad postmoderna, con su filosofía nihilista, su laicismo a ultranzas y su dictadura del relativismo. En el nihilismo la *nada nadea*, la nada destruye, triunfando siempre la ley del más fuerte; en el nombre del laicismo que prescinde de todo tipo de valores, como es el carácter sagrado de la vida y de la dignidad humana, se levantaron los hornos crematorios para los excluidos del proyecto nazi, y se crearon los campos de exterminio para los disidentes del Estado soviético; y con el relativismo moral se termina defendiendo las aberraciones más absurdas y espantosas.

> ¿Dónde está Dios en una sociedad que no reacciona ni se inmuta ante tanto holocausto de vidas inocentes? ¿Dónde está Dios en una globalización que margina continentes, condenándolos al hambre y a la guerra fratricida? ¿Dónde está Dios en un mundo, en el que el 20% de sus habitantes se lleva el 80% de su bienestar, condenando al resto a la miseria y al hambre? ¿Cómo insertar a Dios en un sistema mercantilista, lleno de barreras proteccionistas, en detrimento de los débiles? ¿Dónde está Dios en la ciencia, no para frenarla, sino para evitar su dimensión diabólica en el campo de la ingeniería social y genética? ¿Cómo hacer presente a Dios ante tantos atentados terroristas suicidas como el 11-S y el 11-M?

¿Cómo trazar unas líneas de ética común para creyentes y no creyentes, con sus mínimos y máximos, útil a una sociedad postmoderna que parece avanzar a pasos agigantados hacia una nada infinita, porque Dios ha muerto, como decía Nietzsche? Miremos el cuadro de Roublev que de una forma gráfica, como un evangelio vivo, nos muestra la verdadera ecología y raíz última de la fraternidad, que brota del Dios Padre.

Si somos hermanos es porque tenemos un Padre común y una casa común.

Como eucaristías vivas esforcémonos en que cada Eucaristía celebrada y vivida sea un nuevo Pentecostés, frente al confusionismo de la Babel actual.

Llénate de celo apostólico sin complejos ni excusas. No digas que no vales…, que no tienes tiempo.., que no estás preparado…

Doce pescadores ignorantes fueron capaces de cambiar el mundo. Y tú ¿no? Cuentas con la ayuda de Dios.

San Pablo así canta al amor de Dios: Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo?; ¿la tribulación?... Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni la altura ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo (Rom 8, 21-29).

Cuestiónate ante tu conciencia: ¿Cuál es tu experiencia cristiana? ¿Cómo son nuestras eucaristías? ¿Por qué muchos rompen con la práctica religiosa? ¿Cómo quieres que seamos los cristianos del siglo XXI?

Sirva de punto de referencia en tus encuentros con Jesús el ejemplo de María Magdalena: en casa de Simón, el fariseo, arde su sentimiento de compasión (Lc 7, 36-50); en las mismas puertas

de la pasión, en su casa de Betania, derrama sobre el Señor el tarro de perfume exquisito, manifestando así su amor sin fronteras (Jn 12,1-8); y en la mañana de la resurrección corre al sepulcro, sin pensar en la guardia ni en la losa, para ungir el cuerpo del Señor, como expresión de su entrega total, como primera misionera de la era cristiana (Mt 28, 1-5).

Tú, como cristiano convencido, piensa que así como en la vida natural, si tus pulmones están sanos, respiran perfectamente, mientras que si tienen alguna deficiencia, entonces te das cuenta que respiras, pero mal, de la misma forma en la vida sobrenatural, si tu relación con Dios marcha bien, tu día entero se convierte en una oración permanente, mientras que si va mal: «que me aburro… que esto es perder el tiempo… que Dios no me escucha…», detente y revisa tu relación con Dios.

Como alpinista que quieres escalar el Himalaya, te preparas y estudias el camino para llegar a la cima, al Everest… así ejercítate en tu vida eucarística, para llegar al Tabor y volver al mundo, lleno de amor, de paz y alegría y así llenarlo de felicidad.

Como buen montañero prepara tu mochila sin cargarte demasiado, porque el camino es angosto y dificultoso.

Entra en la Tienda del Cielo y que los ángeles te sirvan lo que necesitas para tu jornada. Compra paciencia, amor, sabiduría, fe, gracia, paz, oración prudencia, fortaleza… y agradece que al llegar a Caja sonriendo te digan que ya Otro pagó por ti hace mucho tiempo.

Capítulo 7º

La Eucaristía y la Iglesia

Ya en el primer siglo de la era cristiana para describir la relación Eucaristía-Iglesia se usaba el símil del grano de trigo, que para convertirse en pan estaba sometido al proceso de morir en el surco para hacerse espiga y pasar por el molino para ser alimento.

La Eucaristía hace Iglesia y la Iglesia hace Eucaristía.

1.- La Eucaristía hace Iglesia mediante la consagración. Esto es mi cuerpo… ésta es mi sangre.

El cuerpo significa hombre entero, la vida con sus luchas, problemas, alegrías, humillaciones…; y la sangre derramada, como sede de la vida, implica dar la vida por los hermanos, dejándose comer a estilo de San Ignacio de Antioquia que, condenado al martirio por ser cristiano, repetía que quería ser grano de trigo en los dientes de los leones.

Partió el pan, se inmoló como Siervo de Yahvé, que es llevado al matadero para dar su vida por nosotros (Is 53,5).

En el altar te encuentras con el cuerpo real de Jesús y su cuerpo místico; por eso, hay dos ofrendas, dos dones, dos epíclesis, sobre el pan sacramental y sobre los miembros de la Iglesia. En el gran Yo de la cabeza se esconde el pequeño yo de su cuerpo, que es la Iglesia.

Sobre el altar estamos nosotros para que, repitiendo con Cristo, «heme aquí para hacer tu voluntad», consagremos un Sí a Dios y a la Iglesia.

Es verdad que por el Bautismo la Iglesia crece cuantitativamente y por la Eucaristía se hace levadura que transforma la humanidad; por eso, los miembros de la Iglesia, oferente y ofrenda, han de presentarse como Hostia pura ante el Padre (Rom 12).

En cada misa nosotros, por mediación del sacerdote, que actúa *in persona Christi*, somos los sacerdotes y Cristo es la víctima que se ofrece al Padre por nosotros, y durante el día Jesús es el sacerdote que ofrece nuestra acción al Padre y nosotros las víctimas.

Estamos en el mundo para ser un sacrificio vivo, una Eucaristía de Jesús.

Si no coméis y bebéis la sangre del Hijo del hombre no tendréis vida (Jn 6, 53-55).

La efusión de la sangre aparece proféticamente prefigurada, históricamente realizada y sacramentalmente renovada en la Eucaristía.

Jesús, en los gestos y palabras de la institución de la Eucaristía, evoca las tres grandes figuras veterotestamentarias, como memorial: *La sangre del Cordero Pascual* (Ex.12, 7-13). *La sangre de la Alianza con Moisés* (Ex 24,8). *Y la sangre en el día de la expiación* (Lev 16,1)

Los himnos litúrgicos como Adoro te devote han cantado al divino Pelícano, que generosamente da su vida por sus crías.

2.- La Eucaristía hace Iglesia mediante la comunión. El que coma mi carne vivirá por mí (Jn 6,57).

El término **por** incluye un movimiento de procedencia y destino. *«Vivimos de Jesús y para Jesús».*

El hombre es lo que come. Así la comunión tiende a convertirnos en aquello que comemos.

En la consagración el Espíritu nos da a Cristo y en la comunión Cristo nos da al Espíritu. Dejémonos, pues, embriagar por el Espíritu

(Ef 5,18): por la embriaguez material el hombre sale de si hacia abajo, y por la embriaguez espiritual va hacia arriba, en profundo éxtasis.

En nuestra vida cotidiana los alimentos se convierten en nuestra propia sangre; no así en la comunión, ya que Cristo no se convierte en nuestra vida, sino que nosotros nos convertimos en Cristo. *Los alimentos los asimilamos, nos hacemos símiles a los pensamientos y deseos de Cristo* (Fil 2,5)

La Eucaristía como corazón de la Iglesia actúa a modo del corazón humano a donde fluye la sangre empobrecida por sus residuos tóxicos, que envía a los pulmones y éstos a su vez la devuelven al corazón, ya purificada de sus impurezas, para que el corazón la distribuya por todo el organismo (Hbr 9,14; 1 Jn.1,7)

La alegoría de la Vid y los Sarmientos (Jn 15) bien puede aplicarse a la Iglesia y a la Eucaristía. Así nos sentimos concorpóreos y consanguíneos de Cristo.

La comunión sacramental, en su aspecto vertical nos habla de la comunión con Dios, y en su aspecto horizontal, de la comunión con los hermanos (1Cor 10,16-17)

La comunión en esta doble dimensión nos abre todas las puertas: de Cristo, de la Trinidad, de la Iglesia y del mundo.

María en el misterio de la Visitación es un ejemplo elocuente, que con su presencia santifica al Bautista y llena de alegría el hogar de Ain-Karin.

3.- La Eucaristía hace Iglesia mediante la contemplación: Hacer esto en memoria mía.

María guardaba todo en su corazón (Lc 2,19)

Guardar es acoger a Cristo, es pensar en El, es hacer memoria; y

este memorial tiene un significado teológico y antropológico. Teológico, en cuanto hacemos memoria de Jesús al Padre, dirigimos nuestro recuerdo de Jesús para que el Padre se acuerde de nosotros; y antropológico, en cuanto recordamos a Jesús y su recuerdo circula por nosotros como la miel en el panal.

Recordar viene de re (hacer presente de nuevo) cor (al corazón).

La perfección cristiana va del misterio a la contemplación, y de ésta a la acción.

Ante el peligro de no valorar la piedad eucarística por el excesivo secularismo y sociologismo, que sólo atiende el aspecto horizontal de la vida cristiana con su movimiento centrífugo, hacia los pobres, hay que buscar el equilibrio por el movimiento centrípeto.

Santa Ángela de Foligno, llevada por el amor a los pobres, abandonó su riqueza contemplativa, pero al sentir que algo le faltaba, supo reconciliar sus horas de sagrario, con sus horas de entrega a los pobres.

Visitemos la casa de Betania y hagamos nuestro el comportamiento de María que ha elegido la mejor parte (Lc 10,39)

Aplica a la Eucaristía el proceso de *fotosíntesis* que se da en los árboles en primavera; sus hojas verdes absorben de la atmósfera elementos que la luz solar los transforma en alimento de las plantas para que crezcan, den fruto y generen oxígeno.

El mismo efecto produce en nuestra vida espiritual el sol de la Eucaristía. No tengas miedo de ser alma de Sagrario.

Cuentan que el Santo cura de Ars, al observar que un aldeano pasaba horas y horas ante el Sagrario se atrevió a preguntarle: ¿qué haces?, ¿Qué le dices?... Yo solo le digo: mira, Señor, aquí está Juan, y El me mira y yo le miro.

Piensa que Jesús tiene toda la eternidad para hacerte feliz, mientras que tú solo tienes este breve espacio de tiempo para hacer feliz a Jesús.

Así se cumple la profecía de la Cruz: *«mirarán al que traspasaron»* (Jn 19, 37)… y como profecía que anticipa el futuro, nos prepara a la contemplación en el cielo (Ap 5, 1ss)

4.- La Eucaristía hace Iglesia por la imitación. Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo que yo he hecho (Jn 13,15)

¿De qué nos ha dado ejemplo? San Juan, en el lavatorio, traduce en imágenes plásticas lo que San Pablo enseña a los Filipenses (Fil 2): Cristo se despojó, en una actitud de humildad y obediencia, de sus vestiduras divinas, mientras sus discípulos discutían quien sería el mayor en el reino de Cristo. Así la vida de Jesús es un lavatorio desde el principio al final, una existencia para los demás, un servicio continuo.

Pablo a Timoteo recuerda que el perfil del cristiano ideal está en el servicio (1Tim 5,10) y Pedro insiste en la misma línea (1Ptr 4,11).

El servicio no es una virtud concreta, sino una condición de vida que brota de la caridad, ágape que no busca el interés propio (1Cor 13,5) sino la imitación de las obras de Dios, Sumo Bien.

La carta a los Romanos insiste que la regla del servicio no está en buscar su propio agrado (Rom 15,1) y que el mejor criterio de discernimiento es tener los mismos sentimientos de Cristo (Rom 12,16); mientras que lo opuesto al servicio es el dominio déspota, la comodidad, el querer imponer tu voluntad.

Todos los carismas en función del servicio. La Iglesia es carismática para servir y es jerárquica para servir.

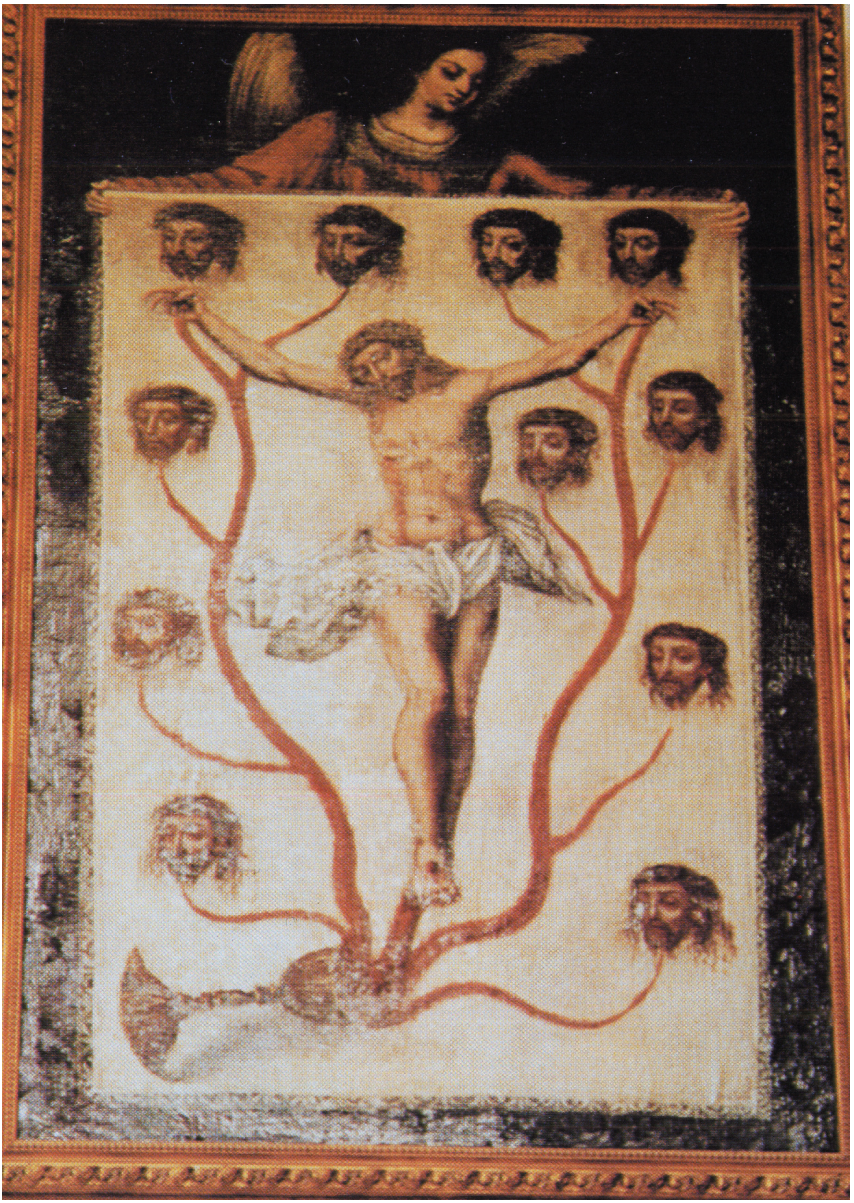
No somos dueños de la fe ni debemos ostentar grandezas de señores. Somos servidores: nuestro primer servicio a Dios (oración) y después a los hombres.

Tomado de entre los hombres a favor de los hombres en lo que se

refiere a Dios (Hbr 5,1)… servicio a la Palabra (Hech 6,2-4) y servicio a los pobres (1Jn 3,14-18)

Ayer Cruzadas para recuperar los Santos Lugares, hoy Cruzada a favor de los marginados.

Un modelo: San Vicente de Paúl.



Misa de San Gregorio (Basilio Salazar)

Primero fue la alondra en la mañana
anunciando otra vez la sementera;
y después, la simiente volandera
sobre el labio febril de la besana.

Soportar la rutina cotidiana,
el otoño sin sol, la primavera,
Desembocar en el circo de la era
donde la mies en oro se degrana.

Y volver a empezar hasta la harina
donde ya la promesa se adivina
en palabras de amor y mandamiento.

Tuvo que ser así, con la armonía
perfecta de la antigua profecía
que floreció en el Nuevo Testamento.

Miguel Calvo Morillo

Ora ante el Sagrario

La Eucaristía en la historia de la salvación.

Junto a la historia de este mundo se desarrolla otra historia, cuyo hilo conductor no son las guerras ni los inventos, sino las intervenciones maravillosas de Dios en la vida de los hombres, desde la creación hasta la parusía, que forman el *macrocosmos* de esta historia; y la vida de cada creyente, desde su bautismo hasta la muerte es el *microcosmos* de la salvación. Inaugurada la plenitud de los tiempos con la Encarnación situamos el *ya, pero todavía no*, como una línea larga, donde el *ya* representa la línea continua, y el *todavía no* la línea discontinua, que puede interrumpirse en cualquier instante.

La Eucaristía está presente en esta historia de tres modos o fases distintas: En el AT como figura. En el NT como acontecimiento. Y en el tiempo de la Iglesia como sacramento.

I.- Figuras de la Eucaristía.

Todo el AT es una preparación de la Cena del Señor ¿Quién invita? ¿Quiénes son los invitados? (Lc 14,16 ss).

Los profetas con diferentes figuras expresan la voluntad del Señor: hablan del *maná* (Ex 16,4 ss; Jn 6,31 ss), del sacrificio de *Melquisedec* (Gn 14,18; Sal 110,4; Hbr 7,1 ss) y del sacrificio de *Isaac*. De estas tres figuras se hace eco la liturgia del Corpus en la antífona *Lauda Sion*, compuesta por Santo Tomás. Pero la figura por antonomasia es la inmolación del C*ordero Pascual*, que más que signo es preparación de la Pascua verdadera (Ex 12,13-23).

El rito de la Pascua se desarrollaba en dos tiempos: *«La inmolación del cordero en el templo el 14 de Nisán, y la consumación de la victima, en comida familiar, al día siguiente»*. Ya en tiempo de Jesucristo la Pascua se había convertido en memorial, no solo del éxodo de Egipto, sino de

todas las intervenciones de Dios en la historia de Israel; era como la síntesis-aniversario de los cuatro noches más importantes del mundo: *«La noche de la creación, cuando la luz brilló en las tinieblas; la noche de la inmolación de Isaac por parte de Abrahán; la noche de la salida de Egipto con Moisés; y la noche de la espera del Mesías a través de los Profetas»*.

La figura se hace cumplimiento: de la pascua con minúscula se pasa a la Pascua con mayúscula.

II.- La Eucaristía como acontecimiento.

La figura se hace realidad como proclama el Apóstol: *«Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado»* (1Cor 5,7).

Desde dos ángulos diferentes se contempla la misma realidad: Juan pone el acento en la inmolación de la cruz, y los sinópticos en la Cena del Señor. ¿Dónde quieres que celebremos la Pascua? (Lc 22,11). *Juan acentúa el momento de la inmolación real (cruz) y los sinópticos la inmolación mística (cena)*; en la cena se inmoló a sí mismo, y en la cruz fue inmolado por otros.

Si buscas el por qué o razón de este acontecimiento solo lo encuentras en el amor (Ef 5,2). Ahí está el origen, la esencia y descripción de toda Eucaristía, en la que está implicada toda la Trinidad: «*el Hijo que se ofrece, el Padre a quien el Hijo se ofrece, y el Espíritu Santo por el cual se ofrece*» (Hbr 9.14)

El Padre no reclama el sacrificio de su Hijo como rescate (Rom 8,32), sino que se complace en este gesto libre y generoso de su Hijo porque así le devuelve todos los hijos dispersos (Jn 11,52), ya que quiere la salvación de todos los hombres (1Tim 2,4)

Este hecho que marca la historia de la Humanidad es como el big-bang del mundo sobrenatural, que con su explosión de amor nace y se desarrolla el hombre nuevo... Como átomo pequeño en este acontecimiento de la cruz, tan breve y tan insignificante, se encierra toda la energía en la que descansa la salvación de la historia y del mundo.

III.- La Eucaristía como Sacramento.

La historia describe lo que sucedió y la liturgia no permite que se olvide, no repitiendo sino celebrando el hecho.

El nexo sacrificio de la cruz y misa se explicitan en tres verbos: «renovar, celebrar, representar».

Según la historia ha habido solo una Eucaristía, la de Jesús, con su muerte y resurrección; y según la liturgia hay tantas eucaristías como misas se celebren.

Como cada judío en la noche de Pascua se siente liberado, así cada cristiano, como en un nuevo Viernes Santo con María y Juan, se inicia el proceso de su liberación.

Gracias a la Epíclesis, al Espíritu Santo, sigue siendo actual el misterio de la cruz.

El prodigio de Elías en el Monte Carmelo, cuando bajó fuego y quemó la leña del holocausto, consumando el sacrificio, se repite en cada Eucaristía (1Rg. 18,38)

Presente y futuro de la Eucaristía

Triple dimensión de la Eucaristía en el *«O sacrum convivium»*: es memoria o signo conmemorativo del pasado, es presencia o signo manifestativo de la gracia y de la espera y es signo profético de la gloria futura. *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días* (Mt 28,20). *Esta es la morada de Dios con los hombres* (Ap 21,3)

Es la zarza ardiente donde Dios manifiesta su nombre a Moisés: «Yo soy el que soy» (Ex 3,14)… es el Dios con nosotros o Enmanuel de Isaías… y la Palabra que se hizo carne y habitó entre nosotros de San Juan. La Eucaristía es el último eslabón en el largo camino de la condescendencia de Dios: creación-revelación-encarnación-eucaristía».

¡Qué Dios hay tan cercano como nuestro Dios! (Dt 4,7).

La presencia real, pero escondida, en la tradición cristiana tiene estas tres interpretaciones:

- Para los católicos Cristo está en la Eucaristía vere, realiter y substancialiter (Trento): verdaderamente, realmente y sustancialmente....
- Para los ortodoxos se resalta la epíclesis o acción del Espíritu Santo como dador de vida, soplo divino.
- Y para los protestantes lo importante es la fe.

¡Ojalá que imitáramos las experiencias de María Magdalena, de Juan y de los discípulos de Emaús, que le conocieron por la palabra, por la intuición y por la fracción del pan.

La piedad eucarística es el termómetro de la fe de una comunidad.

¡Que no se diga que está en medio de nosotros y que no le conocemos!

Imita a un Francisco de Asís, maestro de piedad eucarística, y a San Juan de la Cruz en sus coplas del alma que pena por ver a Dios: *«Cuando me pienso a aliviar /de verte en el Sacramento/ háceme más sentimiento/ el no poderte gozar/ Todo es para más pensar /por no verte como quiero/ y muero porque no muero».*

Si el término Parroquia encierra la realidad de exilio, extranjería, peregrinación, provisionalidad…hemos de recordar a Abraham que se siente forastero y emigrante, a Pedro que así nos define (1Ptr 1,17) y al autor de la *carta a Diogneto* que insiste en que estamos en este mundo, pero no somos del mundo.

Esta extranjería escatológica, no ontológica, extraños por vocación, no por naturaleza, nos compromete a vivir como las Vírgenes Prudentes, con las lámparas encendidas, viviendo el salmo del exilio (Sal 137,5 ss), y conscientes de que este mundo tiene un fin, pero sobre todo tiene una finalidad, que nos obliga a saber interpretar los signos de nuestro tiempo.

El ateo, cerrado en su finitud, considerará el más allá como alienación…; el creyente con la responsabilidad de un vigía debe hablar y confiar que la fe vence al mundo (Is 40,9).

TEMA III.- SÍNTESIS HISTÓRICA

Capítulo 8º

La Eucaristía en los grandes pensadores de la Patrística y de la Teología

Al iniciar nuestra peregrinación por el mundo de la Eucaristía para estudiar sus momentos claves, ponemos en tus manos esta guía turística, con todo el material adecuado, para que sigas las distintas etapas, sin miedo a equivocarte.

Los relatos bíblicos, crisol de la unidad de los creyentes, con las exigencias de su pureza interior, responden a la pregunta: **¿dónde y cómo hay que celebrar la Eucaristía?**

Los primeros cristianos no se detienen en el cómo se transforma el pan en el cuerpo del Señor, sino que hacen hincapié en la presencia del Resucitado, que sigue alimentándonos con su Palabra y con su Cuerpo en las asambleas domiciliarias, y así van construyendo la Iglesia.

San Juan silencia la institución, pero en su **discurso sobre el pan de la vida y en el lavatorio de los píes** insiste en la necesidad de la Eucaristía, cuya savia es el servicio.

Tenemos que esperar a San Justino para conocer cómo se celebraba la Eucaristía al principio.

San Justino fue un mártir que vivió en el siglo II de nuestra era. Filósofo que se hace cristiano y enseña el Cristianismo con valentía. Nos dejó un texto en el que describe cómo celebraban la Eucaristía los primeros cristianos.

Avanzamos por la Galería que nos lleva a la Sala de Conferencias y contemplamos dos grandes paneles, joyas literarias, que configuran la celebración eucarística como cumbre y fuente de la vida cristiana. **La Didajé, tras el canto de acción** de gracias sobre el cáliz y el fragmento de pan, reafirma la unidad de la Iglesia y las disposiciones para participar dignamente en el misterio.

Y la *Traditio Apostólica* **de Hipólito** es una pieza tan perfecta literaria y teológicamente que la Iglesia ha incorporado a la **Plegaria Eucarística.**

I.- Mesa redonda con los grandes pensadores de la Patrística.

Entramos con ilusión en la sala de conferencias y nos sentamos para deleitarnos con las aportaciones que nos van comunicando esos hombres ilustres por su saber y virtud.

Se abre esta tertulia con unas palabras de **San Bernardino,** admirador de **San Ignacio de Antioquía,** a quien presenta.

En la Edad Media se divulgó la devoción al nombre de Jesús, poniendo como modelo al sucesor de San Pedro en Antioquia.

Bernardino nos narra una historia, mitad verídica y mitad legendaria, en la que aparece este santo, martirizado el 20 de diciembre del año 102, durante el mandato del Emperador Trajano, enfrentado con valentía con aquellos perros rabiosos, que mordían a traición, judaizantes y docetas, amenazando la unidad de la Iglesia. Frecuentemente les repetía: *«podréis borrar el nombre de Cristo de mis manos, cortándomelas, para que no lo escriba más; podéis borrarlo de mi lengua, cortándomela para que no lo pronuncie más; pero jamás podréis arrancarlo de mi corazón»*. Condenado a muerte por ser cristiano es llevado de Siria a Roma, custodiado por un piquete de soldados que, como diez leopardos, se lanzan contra él con insultos y malos tratos. Pero en su recorrido tiene paz y tiempo para escribir sus siete cartas a las distintas comunidades, con las que conquista la más alta cima de la emoción lírica y belleza estilística.

Esta historia se complementa con la emocionante leyenda de su martirio: aquella noche los cristiano entran en el Coliseo para recoger los cuerpos de los mártires, y en el centro del circo romano encuentran el cuerpo de San Ignacio; una fiera clavó sus dientes en su pecho y dejó al descubierto el corazón, en el que se podía leer: Jesús.

◂ *¡Bien!, responde Ignacio, mi obsesión era luchar por la unidad de la Iglesia y, gracias al esfuerzo de todos, conseguimos un alto grado de organización jerárquica, cuyo signo de unidad es la Eucaristía; es ahí, donde realmente se manifiesta la unidad y su desarrollo. Por eso, os invito a que os esforcéis en usar de una sola Eucaristía, pues una sola es la carne de Nuestro Señor, un solo es el cáliz para unirnos con su sangre, un solo altar, como un solo Obispo con su Presbiterio; a fin de que cuanto hagáis, todo lo hagáis según Dios.*

Y en su actitud antidoceta contra aquellos que defendían que Jesús no tenía cuerpo real, sino aparente, condena su comportamiento herético y nos lleva a la conclusión de que **al Cristo encarnado se llega por la Eucaristía y que a la Eucaristía se llega por la Encarnación.**

Recogemos el pensamiento alejandrino con su eslogan del *divino intercambio:* Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios.

Influenciados por las categorías platónicas aplican a la Eucaristía la relación entre original y copia: el original es Cristo Resucitado y la copia, plena de realismo, es la Eucaristía.

Centrad la atención en ese Padre de la ortodoxia, pilar de la Iglesia y líder contra el arrianismo, que fue **San Atanasio.**

Alejandría, capital cultural del mundo helénico, se destacaba por su tradición catequética, teológica y exegética, cuyo legado estaría presente en los siglos sucesivos. Ahí se educa a nuestro héroe en las ciencias divinas y profanas.

La persecución de Diocleciano, con sus mártires y apóstatas, marca su vida.

Se retira al desierto con los monjes de San Antonio Abad. Ya sacerdote ejerce su ministerio como secretario del Obispo Alejandro, a quien acompaña al Concilio de Nicea.

Muerto el Obispo, el pueblo entero lo proclama sucesor en la sede de Alejandría.

Los vaivenes políticos y el odio de los seguidores de Arrio le llevan cinco veces al destierro, pero, a pesar de todo, su actividad pastoral y su producción literaria fueron muy fértiles. En el regreso de cada uno de sus exilios su recibimiento fue apoteósico. El tres de mayo del 373 muere. No fue mártir, pero toda su vida fue un martirio; sus enemigos colocan sobre su sepultura un peñasco monumental por miedo a que pudiera salir.

Bernini lo colocó entre los cuatro Doctores de la Iglesia universal que sostienen la Cátedra de San Pedro.

◂ *¡Es verdad!, como respuesta a la tesis arriana sobre la divinidad del Verbo, quisiera dejar claro que la función propia del Hijo de Dios es la sacerdotal, que hace a Cristo mediador entre Dios y los hombres para poder darnos lo que es de Dios, y poder dar a Dios lo que es nuestro. Cristo realiza, pues, su mediación sacerdotal y su oblación en una doble dirección: siendo hijo y haciéndose en todo semejante a nosotros asume lo que es nuestro y, condenando y dando muerte al pecado en su carne, santifica la humanidad, que asume, incorporándose así plenamente a su propia oblación y a su propio sacrificio.*

La Eucaristía se integra de este modo en un proceso mediador: es en ella donde acaece con toda su fuerza la comunión de Cristo con nosotros, y nuestra incorporación a su función sacerdotal.

La cena del Señor implica ese doble dinamismo de comunión: la entrega que hace a Dios presente en nosotros y a nosotros presentes ante Dios.

Seguimos por tierras de Siria, por Mesopotamia, cuna de las grandes civilizaciones, y nos encontramos con **San Efrén,** que compuso unos tres millones de versos y más de mil sermones sobre temas fundamentales de vida cristiana.

Escribía dirigiéndose más al corazón que a la mente, más para clases populares que intelectuales, en un estilo sencillo y catequístico. Acompañó a su Obispo al Concilio de Nicea y supo defender el puesto de la mujer en la Iglesia.

Compaginó su ministerio diaconal, al servicio del culto y de los pobres, con su espíritu monástico, potenciando los dos polos de su vida «Cristo en la Eucaristía y Cristo en los pobres». Voló al cielo el 9 de junio del 373.

◂ ¡Perfecto! Si habéis puesto atención en el Prefacio consagrado a la Eucaristía habréis observado que la liturgia ha incorporado a su oración mi pensamiento*:*

«que Cristo es sacerdote, víctima y altar... que Cristo es oblación y oferente en el altar cósmico de la creación, donde se da como alimento. Con especial énfasis afirmo que los sacerdotes antiguos desearon tu hermosura, pero no la vieron; los sacerdotes medios o profetas vieron tu hermosura y la ensalzaron; y los sacerdotes de la Iglesia te cogieron en sus manos, ¡oh pan vivificante que te abajaste y te mezclaste con nuestros sentidos!»

Acerquémonos con ilusión al gran **San Ambrosio.**

Nos honra a todos los creyentes que, al quedar vacante la sede de Milán, el pueblo entero pidiese como Obispo al catecúmeno Ambrosio, por su virtud y sabiduría. Fue bautizado y consagrado Obispo. Como prudente consejero supo escuchar y dirigir a Santa Mónica, madre de San Agustín, cuando con lágrimas imploraba la conversión de su hijo: *No hables ahora a tu hijo de Dios, habla más bien a Dios de tu hijo.*

Ante la matanza en **Tesalónica** en el 390 exigió y sometió al Emperador **Teodosio** a reparar su pecado con penitencia pública.

Y en su vida pastoral se le considera padre de la himnología occidental y nos ha dejado comentarios y obras maestras sobre Biblia, teología y liturgia, con un estilo más práctico que teórico.

Es uno de los cuatro Padres Doctores que sostiene la Cátedra de San Pedro junto a la gloria de Bernini.

- Escuchad, con atención, mis profundas convicciones: *Este pan vivo que bajó del cielo da la sustancia de la vida eterna y cualquiera que lo coma no morirá eternamente.*

  ... De las obras del universo has leído que él dijo y fueron hechas, él mandó y fueron creadas. Pues la Palabra de Cristo que pudo hacer de la nada lo que no era, ¿no puede cambiar las cosas que son en aquello que no eran?

  La Eucaristía es el sacramento de la unión de la Iglesia con Cristo y de los cristianos entre sí. Como banquete nos asimila a Cristo y nos hace un cuerpo con él. En ella se actualizan las obras de la creación y de la encarnación.

Estamos en **Antioquía**, cuna del cristianismo, desde donde se extiende la fe por Asia y por Roma.

Juan Crisóstomo, huérfano de padre, tuvo una madre que se esmeró por su educación.

Vivió como monje, participó en el segundo Concilio Ecuménico y llegó a ser Obispo de Constantinopla.

Tras muchas contrariedades que le llevan al destierro, todos terminan reconociendo su santidad y valentía como gran maestro ecuménico, hasta tal punto que Juan XXIII pone el Concilio Vaticano II bajo su protección.

Su título de Crisóstomo, boca de oro, resalta su admirable **elocuencia meliflua,** simbolizada en un enjambre de abejas o en un rollo de pergamino en sus manos que se alarga como un río en el que abrevan sacerdotes y fieles.

Acerquémonos también y escuchemos sus enseñanzas.

- *Quiero resaltar el compromiso de la unidad y comunión con los hermanos, especialmente con los pobres. No basta alimentarse de Cristo, hay que procurar alimentar a los otros cristos ambulantes y necesitados. La afrenta a los pobres es la afrenta a la Iglesia y a la Eucaristía.*

  Pues, ¿qué es el pan? Cuerpo de Cristo. ¿Y qué se hacen los que lo reciben? Cuerpo de Cristo. No muchos cuerpos sino un solo cuerpo. Si, pues, todos participamos del mismo pan y todos nos hacemos una misma cosa, ¿por qué no manifestamos la misma caridad?

  También quiero descubriros el gesto de comulgar en la palma de la mano: colocada una sobre otra para formar una especie de trono para el Cordero sin mancha se acentúa la adoración.

Llegamos a *Hipona,* actual Argelia, y saludamos a esa madre excepcional que, a fuerza de lágrimas y oraciones, consigue la conversión de su hijo.

Agustín, africano de nacimiento y romano de cultura, era malabarista de las palabras y un verdadero orfebre del idioma del Lacio; su palabra era música para el oído y bálsamo para el corazón.

Agustín es, sin duda, uno de los grandes genios de la humanidad, en cuya escuela se ha formado una legión de sabios y santos, de filósofos y teólogos. *Es el más sabio de los santos y el más santo de los sabios. En la primera parte del libro de sus Confesiones cuenta cómo era él, y en la segunda, cómo era la sociedad en la que vivía.*

No gozaría de la florida imaginación de San Juan Crisóstomo ni de

la artística solemnidad de San Ambrosio, pero brillaría sobre ellos por la profundidad de su pensamiento. Oírle un sermón era tal gozada como ver una película premiada con varios oscar.

En el dintel de sus Confesiones tira de pluma con el celebérrimo «*Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descanse en Ti*.» ...para cerrar su obra creativa literaria y pastoral con una aclamación: ¡*Oh hermosura siempre nueva y siempre antigua, qué tarde te conocí*!

◂ ¡*Es verdad! tengo que estar muy agradecido a Dios. Mi juventud fue un desastre, el neoplatonismo no me llenó... sólo me encontré conmigo mismo y con la paz al leer el capítulo trece de la carta a los Romanos: Mira, Agustín, ya es hora de que cambies, deja las obras de la noche y vive el día pleno de la luz, ya es hora de que te revistas de nuestro Señor Jesucristo. Como gran actor estudié mi papel, me identifiqué con mi personaje y lo representé con toda perfección. Mi vida cambió y fui descubriendo que Cristo es respuesta de todos mis interrogantes.*

El Cristo místico y eucarístico es el centro de toda mi vida. Él es oferente y oblación en la Iglesia, pueblo sacerdotal.

¿Cómo, pues, este pan entregado y esta sangre derramada por nosotros contiene el cuerpo del Resucitado que murió en la cruz y ahora está a la derecha del Padre?

Los ojos ven sólo las apariencias, mientras que la inteligencia iluminada por la fe descubre la realidad; más aún, ve no sólo al Cristo histórico sino al Cristo total. Oye al Apóstol que afirma que somos el cuerpo de Cristo; confesión que nosotros refrendamos con el Amén.

Bajo el signo de pan, aunque seamos muchos en número, somos un sólo pan, formado no sólo de un solo grano, Cristo, sino de muchos granos, nosotros. Así, cuando comulgamos no estamos comulgando sólo con Jesús sino con toda la Iglesia.

Con toda naturalidad hice mío el símil de la Didajé: Como esos granos de trigo, dispersos, triturados y cocidos forman la hostia santa, así todos nosotros que venimos de las montañas y de los valles, de las grandes urbes y de las aldeas olvidadas, formamos el cuerpo místico de Cristo; y al alimentarnos con su cuerpo eucarístico nos transformamos en Cristos vivos, con capacidad para transformar el mundo.

Cerremos nuestro coloquio con esa frase síntesis de San Agustín: **¡O sacramentum pietatis! O signum unitatis! O vinculum charitatis!** ¡Oh sacramento de piedad!; Oh signo de unidad! Oh vínculo de caridad!

II- Visita al Archivo-Biblioteca

Tras un breve descanso, el Archivero Bibliotecario nos acompaña para enseñarnos el legado que nuestros antepasados nos han dejado.

Después de admirar los muchos incunables y el sinnúmero de obras consagradas a la Eucaristía hacemos un breve recorrido histórico desde las primeras controversias sobre la Eucaristía hasta nuestros días.

Paramos unos instantes en la sala dedicada los siglos IX al XIV. Tenemos dificultad para digerir las reflexiones de dos benedictinos de un Monasterio cerca de París. No llegaban a entender que el Cristo histórico y el Cristo eucarístico eran el mismo, pero no de la misma manera. No llegan a negar la presencia real de Cristo en el Sacramento, pero hacen una dicotomía que parece sugerirlo; andan en la cuerda floja, son los precursores del hereje Berengario de Tours. Su discurso se refiere al cómo es la presencia de Cristo en la Eucaristía.

Ya antes *San Juan Damasceno* hizo hincapié en la *Epíclesis,* parafraseando el misterio del altar con la escena de la creación: *Dijo Dios, produzca la tierra hierva verde, y así fue, y para que continuara así, Dios envió la lluvia que fecundara la tierra. Igualmente dijo Dios: esto es mi cuerpo y así fue. Pero para que siga siéndolo es necesaria la fuerza fecundadora del Espíritu Santo.*

La polémica quedó en suspense hasta que la retomara, en el siglo XI, Berengario de Tours, que termina negando la presencia real de Cristo en la Hostia consagrada, aunque, tanto el Papa Nicolás II como Gregorio VII, le exigen que se retracte de su error.

De su confesión se deduce que el Resucitado se hace presente en toda celebración eucarística y se ofrece a Sí mismo y a nosotros con El, como padre de familia y anfitrión que nos sienta a todos sus hijos alrededor de su mesa. Creemos en la presencia de Cristo, el mismo, pero no lo mismo; por eso, mirar ésta realidad de fe es ver más allá de sus apariencia, es descubrir a Dios mismo, y esta presencia del Resucitado tiene como finalidad la construcción del cuerpo eclesial; así la Eucaristía hace Iglesia y la Iglesia hace Eucaristía; no nos referimos a las estructuras eclesiales que son necesarias, pero no como fines, sino como medios. El fin es solo construir el cuerpo de Cristo que se consigue con la unión con Cristo y con nuestro quehacer cotidiano al servicio del Reino de Dios aquí y ahora.

Hay que lamentar el confusionismo que crea esta situación, pero al mismo tiempo la teología alcanzará las cumbres más altas, especialmente con Santo Tomás de Aquino.

Europa se llenará de Catedrales, de movimientos apostólicos y de diversas órdenes religiosas, y con la entrada de Aristóteles en Occidente, el intento de Berengario de racionalizar la Eucaristía se eclipsó con la doctrina de Santo Tomás de Aquino.

En un principio lo importante para la Iglesia era saber que Cristo se hacía presente en la Hostia consagrada, mas avanzado el tiempo los pensadores utilizaban diversas palabras para referirse a la transformación eucarística, y después de un período de disputas entre los teólogos el término más completo fue **Transubstanciación**.

Este término aparece por primera vez en el siglo XII y será Inocencio III quien de forma oficial lo use y poco después el IV Concilio de Letrán

en 1215, que ante el absentismo de los fieles a la reunión dominical insiste que el domingo debe ser el lugar de encuentro de los fieles.

Santo Tomás de Aquino, valiéndose de la filosofía aristotélica, expuso con toda claridad el misterio de la Transubstanciación.

El hileformismo aristotélico reconoce que toda sustancia está compuesta de materia y forma; los cambios sustantivos son posibles, y así la materia es separable de los accidentes.

La transubstanciación es la transformación de la materia, del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, al tiempo que los accidentes del color y sabor permanecen.

Bien supo Santo Tomás cantar a esta realidad en los himnos, que compuso para la fiesta del Corpus y en la tercera parte de su Suma Teológica en las cuestiones del 73 al 83.

Hay que unir a esta sinfonía divina la institución de la fiesta del Corpus por Urbano IV, a instancias de Santa Juliana y movido por el fervor popular y el milagro de Bolsena.

Debate eucarístico desde el Renacimiento a nuestros días.

Seguimos hojeando todo el material que se conserva en esta sección y hacemos nuestra andadura marcada por el nominalismo y protestantismo, por el jansenismo y la ilustración, con la aparición de un falso humanismo, con la glorificación del hombre y el rechazo de Dios, con la ruptura entre teología y filosofía y la separación de la razón y la fe.

En el diálogo entre la Iglesia católica y la ortodoxa, que celebran la misma eucaristía, se acentúa la identidad entre el Cristo histórico y el Cristo eucarístico, entre el Cristo galileo y el Sacramento, entre el nacido de María y el consagrado en Altar.

De las Iglesias nacidas de la Reforma Protestante, la más cercana al dogma católico es la Iglesia Anglicana, como podemos estudiarlo en el documento conjunto que firmaron Pablo VI y el Primado de Inglaterra.

Los Luteranos conciben la Eucaristía como impanación, o sea, que en la Hostia santa está Cristo en el pan y con el pan. Los Calvinistas solo ven en la Eucaristía un puro signo, un puro recuerdo, una pura figura.

Vuelve a la palestra el término Transubstanciación, asumida por la fe católica en el Concilio IV de Letrán y potenciado ahora por el Concilio de Trento, que afirma que en la Eucaristía está Cristo vere, realiter y substancialiter, verdaderamente, realmente y substancialmente, y a su vez condena las doctrinas luterana y calvinista.

Es esperanzador el diálogo ecuménico entre Católicos y Luteranos en 1978 que confiesan la presencia real y verdadera del Señor en la Eucaristía, aunque reconozcan sus diferencias en las formulaciones teológicas.

No menos consolador es el encuentro en Dublín en 1976 con la Iglesia Metodista, donde ambas Iglesias admiten, además de la Eucaristía, otras presencias como la Palabra de Dios.

De gran interés es el diálogo con el Calvinismo en 1977, que aunque quede mucho camino por recorrer, todos captamos que Cristo está en medio de nosotros por medio de las palabras de la Institución.

Al mismo tiempo aparecen devociones eucarísticas de las que surgen serios compromisos sociales.

Nos llama la atención una majestuosa vitrina con un maravilloso retablo barroco con su sagrario a mucha altura. El guía fue tan humano que nos situó en el siglo XVII y nos explicó como el Jansenismo y sus secuaces nos presentaban un Dios tan lejano que no podíamos tener la menos familiaridad con él, y en su actitud rigorista combatía la

comunión frecuente, influyendo tanto en el arte barroco que situaba el Sagrario fuera del alcance de los hombres.

Pero Dios en su providencia hizo surgir en la Iglesia un San Pío X.. De niño, cuando se preparaba para ingresar en el seminario, iba descalzo al pueblo vecino para evitar gastos a su familia pobre. Elevado a la dignidad cardenalicia y a Obispo de Venecia fue elegido sucesor de León XIII. Luchó contra las corrientes laicistas, que minaban los cimientos cristianos, y frente al jansenismo levantó su voz de Pastor, invitándonos a la comunión frecuente y animando a los niños a hacer su primera Comunión.

En el siglo de las Luces, mientras se gritaba *libertad, igualdad, fraternidad*, la guillotina segaba miles de cabezas. La razón, hecha para la verdad, se pone al servicio del error, y la voluntad, hecha para el bien, se pone al servicio del mal, destronando la presencia de Jesús Sacramentado en Notre Dame, y colocando en su lugar a la diosa razón, personificada en una prostituta.

Llega la hora de la renovación. Con la Escuela de Tubinga, sin miedo a racionalismos ni iluminismos empiezan a multiplicarse las instituciones consagradas a la adoración y propagación de la Eucaristía: **Adoración Perpetua**, **las 40 horas, las visitas al Santísimo**, **la Exposición del Santísimo...**

La oleada reparadora avanza sin grandes dificultades: **Cruzadas eucarísticas** entre la juventud, **la Adoración Nocturna** de Hermann Cohen, **las Marías de los Sagrarios de Don Manuel González, las Adoratrices** de Santa Micaela del Santísimo Sacramento, entregadas a la adoración del Santísimo y a la rehabilitación de prostitutas, la rama de intendencia de **la Madre Teresa de Calcuta** para seguir trabajando sin descanso con los pobres más pobres de la sociedad.

Visitamos Ars, Lisieux, Paray le-Monial y aún llega a nosotros los

aromas eucarísticos de San Juan Bautista Vianney, Santa Teresa del Niño Jesús y Santa Margarita María de Alacoque.

Recorremos, pues, sin prejuicios los caminos de la humanidad y tenemos que reconocer que cuanto más se ha atacado a la Iglesia y a la Eucaristía, más ha crecido el fervor del pueblo en este misterio.

Ante la crisis y rechazo de toda metafísica y desprecio a la terminología tradicional, **Mounier con su personalismo y Zubiri con su Transustantivación nos ponen en vía de relación y servicio,** savia de toda eucaristía... y en la presentación de este misterio más *sub ratione alimenti* que *sub ratione panis*, no como realidad física-química, sino como alimento, principio de vida, y así la sustancia pierde su sustantividad de pan como alimento material y adquiere la sustantividad como alimento espiritual.

Libro Coral S. XVI (Catedral de Jaén)

Bone Pastor, Panis vere
Jesu, nostri miserere.
Tu nos pasce, nos tuere.
Tu nos bona fac videre
In terra viventium.

Tu que cuncta scis et vales,
Qui nos pascis hic mortales,
Tuos ibi comensales,
Cohaeredes et sodales
Fac Sanctorum civium.

¡Oh Jesús!, Buen Pastor,
Pan verdadero,
Ten piedad, apaciéntanos
Y protégenos;
Haz que veamos los bienes
En la tierra de los vivientes.

Tú, que todo lo sabes y puedes,
Que nos apacientas aquí,
Siendo aún mortales:
Haznos allí tus comensales,
Coherederos y conciudadanos de los Santos.

Secuencia «Lauda, Sion, Salvatorem»

Ora ante el Sagrario

La misa es una fiesta

Nos sentimos cansados, porque hemos vivido cada día a tope, pero nos alegramos de haber participado en esta gira más divina que humana.

Como cristianos eucarísticos ponemos como colofón el participar en la Misa solemne dominical, pero antes nos cuestionamos:

¿Qué es la Misa? ¿Para qué sirve la Misa? ¿Por qué debemos ir a Misa todos los Domingos? ¿Por qué muchos se aburren, siendo la Misa la fiesta de la alegría? ¿Cómo se explica que después de 20 siglos la Misa siga en pie? ¿Por qué muchos cristianos dejan de asistir a Misa, cuando es el centro y fuente de la vida cristiana? ¿Qué piensas de las Misas de Primera Comunión?

- **Cada Domingo los cristianos nos reunimos para dar gracias a Dios** por los beneficios que hemos recibido y hacemos memoria de lo que Jesús hizo en la última Cena. Jesús tomó pan y vino diciendo: esto es mi cuerpo, esta es mi Sangre, entregados para la salvación del mundo.

  Los cristianos repetimos los mismos gestos de Jesús y nos alimentamos de su cuerpo y sangre para seguir caminando hacia la meta de nuestra felicidad.

  ¡**Es fiesta**! Vamos llegando muchos invitados, llegados de cerca y de lejos ¡Qué alegría de encontrarnos, de vivir juntos la fiesta cristiana! Dios mismo nos llama para escuchar su palabra y recibir su cuerpo, y nosotros nos preparamos, dejando nuestras actividades cotidianas y arrepintiéndonos de nuestros pecados.

  ¡La fiesta de la Misa ha comenzado! Destaponamos los oídos, abrimos bien los ojos y el corazón; recordamos nuestras alegrías y nuestras penas. Al llegar nuestro corazón estaba como página en

blanco, y ahora está repleta de mil palabras y poemas que no se pueden borrar. Dios me habla a través de ellas. **Escuchamos esa Palabra**, que no es lejana ni muerta, sino viva y cercana; Palabra escrita por muchos autores durante cientos de años en el Antiguo y Nuevo Testamento; Palabra que expresa gritos de dolor y de alegría, con narraciones, historias, poesías y cantos. Esta Palabra es leída y es explicada. No basta con oírla ni escucharla, sino que ha de entrar en el corazón como alimento y en mi vida como luz. **Tenemos que responder** clamando contra la guerra, el hambre, la injusticia y el racismo, haciéndonos al mismo tiempo solidarios por encima de las fronteras y compartiendo ideales que hagan posible la amistad y fraternidad. No vamos a Misa sólo a escuchar y recibir. Vamos a decir que estamos de acuerdo con la Palabra de Dios y que intentamos conocer mejor a Dios, pidiendo ayuda para que reine la justicia, se extienda la amistad, se construya la paz, se compartan los bienes, se mejoren las relaciones entre todos los pueblos y se proteja nuestro planeta.

◂Llevamos a Misa nuestra vida con sus éxitos y fracasos.

Presentamos con el Vino y el Pan todos los trabajos de los hombres que unidos al sacrificio de Cristo adquieren un valor infinito. Damos gracias a Dios y lo felicitamos por habernos enviado a Jesucristo para salvarnos, recordando el primer Jueves Santo, cuando Jesús bendijo el Pan y el Vino y lo ofreció por nosotros. Hacemos memoria de su muerte y resurrección hasta su regreso, pidiendo por todos los que formamos la Iglesia en este mundo y en la otra vida. Es como un ramillete de recuerdos de fe y de amor.

¡Qué alegría estar todos juntos como familia de Dios!

Los gestos de amistad se suceden para demostrar que nada puede separarnos del amor de Dios.

- **Nos sentamos a la mesa y saboreamos el manjar que el Padre nos ha preparado, con un corazón rebosante de felicidad.**

  Todos estamos unidos, porque hemos compartido la misma comida y todos estamos comprometidos en compartir nuestra vida con los demás. ¿Cómo se puede comer juntos y no actuar después en consecuencia, para que todos en esta Tierra puedan también comer el pan de cada día, estar contentos y hacer fiesta?

- **¡La fiesta ha terminado**!

  Hemos escuchado la Palabra de Dios, hemos rezado juntos, dando gracias a Dios y haciendo memoria de la muerte y resurrección de Jesucristo. Hemos comulgado y, por último, *recibimos el encargo de Vivir la Misa en la casa y en el trabajo, para que la Eucaristía celebrada en el templo, sea también una Eucaristía vivida en la calle.*

Capítulo 9º

La Eucaristía en el arte y en la literatura.

La encíclica «La Iglesia vive de la Eucaristía» insiste en la revisión de las grandes obras pictóricas y arquitectónicas del mundo creyente, que arrancan de las tradiciones greco-latinas y se expanden por toda la geografía cristiana, a base de mosaicos, melodías, escritos literarios y monumentos como basílicas y catedrales, con su belleza estética y sobre todo por la compresión del misterio.

La fuerza creativa del Catolicismo ha sabido sustituir el arte frío y austero de una época por un arte más recargado para glorificar el dogma de la Eucaristía contra los herejes. Y así como en una etapa se puede hablar de un románico cluniacense y de un gótico cisterciense, en otra etapa se habla de un barroco jesuítico.

La arquitectura litúrgica, en todas sus manifestaciones, ha cuidado el aspecto vertical y horizontal del don que Dios ha hecho a la humanidad por la Encarnación y Eucaristía. Dios se revela con su Palabra, Biblia; y el hombre responde a Dios con su alabanza, Liturgia.

No podemos permanecer mudos ante Dios; antes bien, como los ancianos del Apocalipsis toda nuestra vida debe ser un cántico de amor ante el trono del Altísimo (Ap 4,10-11).

I.- Presencia del tema eucarístico en el arte pictórico.

El arte ha estado presente a lo largo de la historia de la humanidad como manifestación de lo que el hombre cree y como percepción de la realidad que le rodea.

Dios ha sido parte fundamental e impulso esencial de las manifestaciones artísticas, que perciben al Ser superior imprescindible

en su vida y en el proceso histórico de los pueblos. De ahí que un sinnúmero de obras de arte estén dedicadas a Dios.

El lenguaje artístico traducido en oración no trata de hablar con Díos con la propiedad de un maestro, sino con el amor de un hijo.

La filosofía, la teología y el Magisterio constituyen el sentido del fenómeno religioso, respondiendo al qué, al porqué y al cómo de la religión, que el arte lo hace inteligible. La visualización de una obra es un primer acercamiento al misterio; produce un sentimiento de presencia y crea una atmósfera de seducción, con fuerza evangelizadora. Pues, la vocación del arte consiste en evocar y glorificar, en abrirnos a la fe y a la adoración.

Primeros símbolos eucarísticos.

En aquellos cementerios, llamados Catacumbas, aparecen los primeros frescos sobre la Eucaristía, inspirados en tres hechos evangélicos *«Multiplicación de los panes, la comida del Resucitado con siete apóstoles y las bodas de Caná».*

La más antigua pintura, reconocida como **fractio panis,** está en el **Cementerio de Santa Priscila:** representa la celebración eucarística en conexión con el ágape funerario en el aniversario de alguna persona sepultada en la Capilla.

Visitamos la **Cripta Lucinia en la catacumba de San Calixto** y admiramos la cesta con los panes y dos vasos de sustancia roja, que transmiten un mensaje teológico «comida-comunión, sangre-consagración».

Entre las figuras que aparecen se distingue una con túnica y palio, símbolo de su carácter sacerdotal, con sus manos extendidas sobre el pan y la copa.

A los frescos de Santa Priscila y de San Calixto, unimos el de la **catacumba de Santa Domitila** (s. III) que incorpora a la escena a la

Samaritana, sacando agua del pozo de Jacob, indicando así que la Eucaristía es el gran refugio, la autentica felicidad, que como fuente de agua brota para la vida eterna.

La comida con el Resucitado se inspira en la estampa del mar de Galilea, con los peces asados en las brasas, símbolo de la Eucaristía sacrificio.

Como Cristo, en el milagro de Caná, convierte el agua en vino en el ambiente alegre de una boda, así en el Cenáculo el vino lo cambia en su propia sangre.

Después de un arte naturalista y antropocéntrico, herencia del helenismo, hacia el siglo VI, nos encontramos con un arte trascendente, propio del Cristianismo. Más tarde, en el siglo VII-VIII, superada la crisis iconoclasta, comienza a desarrollarse un arte cristiano.

Del siglo IX al XIII, con el dominio del Románico, pronto se evoluciona hacía un arte más naturalista y humanista, que desemboca en el Renacimiento, dejando a un lado la visión teológica, propia del arte cristiano, y se vuele al helenismo. No faltan tentativas de volver al arte sacro.

Como observareis el arte cristiano se ha expresado de mil maneras, desde el nacimiento de Cristo hasta la muerte. En muchos de nuestros cuadros célebres aparece Jesús-Niño, en el pesebre, recostado sobre paja y en otros en brazos de su madre, con unas espigas en sus manos.

En el siglo XI, una pintura de los Magos representa a los Reyes, ofreciendo un regalo al Niño Jesús: «un cáliz, con monedas dentro, signo del precio del rescate. El Niño está en actitud de tomar una moneda y ofrecérsela a quien se la ha dado, signo de que morirá por él».

El mérito del arte cristiano está en que, jugando con secuencias del Tabor, de la Ascensión, de la Cena del Señor, del camino de Emaús y de la Jerusalén apocalíptica, ha sabido traducir a un lenguaje asequible la Majestad, la Trascendencia y la Santidad de Dios.

En la edad Media, Bizancio se destaca con sus mosaicos en ese ciclo eucarístico, mientras en Occidente pasa por una etapa oscura del siglo VI al VIII, aunque la España Visigoda nos dejó obras clásicas con matices orientales.

Los periodos Carolingio y Otómico cultivan mosaicos, frescos y miniaturas, presagio del románico.

La Europa Románica (XI-XIII), gracias a las peregrinaciones y a las actividades de las Ordenes Religiosas, con su centro en Cluny, es rica en miniaturas, en manuscritos, en murales y la presentación de la Biblia en piedra.

La Europa Gótica (XIII-XV) no es menos creativa, con su sentido profundo espiritual, en sus maravillosas Catedrales, embellecidas con escenas eucarísticas en sus vidrieras y murales.

En esta breve excursión, a vista de pájaro, recorramos Italia, Rusia y España, cuna de grandes genios y contemplamos **las Santas Cenas de Leonardo da Vínci,** de **Tintoreto y Juan de Juanes y el ícono de la Trinidad y la Eucaristía de Rublev.**

El Renacimiento entronizó un sistema más intelectual y humanista que religioso, más idealista que místico y más racional que afectivo, rompiendo así con la Edad Media.

Pero en el siglo XVII se da una reacción a la intelectualidad renacentista; y, a pesar de que el espíritu de la Contrarreforma se define por su espíritu ascético, se afana más por persuadir que por renovar las almas, a través de una atrayente oferta visual, que da paso al Barroco, con su interés por la eficacia a costa de la interioridad.

II.- La Eucaristía en la literatura

Ofrecemos una simple colección de piezas escogidas de la liturgia, de la teología espiritual y del devenir literario.

Las enciclopedias, los diccionarios, las guías literarias y los docu-

mentos eclesiales nos ayudarán a no perdernos por ese bosque literario-religioso y a iluminar con la fe en el misterio los rincones más recónditos de nuestro cerebro.

Partimos del pasado, peregrinando por la praxis de las primeras comunidades cristianas, hacemos un pequeño stop para gozar con los pensamientos de aquellos hombres creyentes, eruditos con su saber enciclopédico, para dar un salto a la proliferación de escritos en tiempos de controversias heréticas y cerrar nuestra humilde aportación con las grandes alabanzas a la Eucaristía en nuestro siglo de oro.

Retrocedemos en la historia de la Iglesia hasta sus albores, siguiendo la trayectoria de sus vicisitudes culturales hasta su plena configuración.

Nuestra selección de textos se abre con esa **trilogía peleocristina**, que canta al misterio eucarístico con notable perfección, con la frescura de aquellas primeras asambleas eucarísticas.

La Didajé joya literaria paleocristiana, con un matiz eucarístico, es una plegaria por la unidad.

La Apología de San Justino, escrita para defender la fe ante el emperador, mediante la exposición de la doctrina dogmática y moral, con su expresión cultural, es a la vez el testimonio más autorizado acerca de como se desarrollaba la Eucaristía en un principio.

La Tradición apostólica de San Hipólito se inspira en la tradición recibida de los Apóstoles, que él propone al Obispo de Roma. De hecho la segunda Anáfora actual es una adaptación de esta plegaria.

Con el edicto de Milán la Iglesia deja su matiz propagandístico y se enriquece con la retórica brillante de hombres ilustres por su saber y santidad.

Simultáneamente al esplendor de la cultura griega, que enlaza con la bizantina hasta el siglo XV, triunfaron los **escritores latinos** con la vehemencia apasionada de un **Tertuliano**, con la retórica de un **San Cipriano**, con el fuerte impulso de la himnología de un **San Ambrosio,**

con la recia personalidad de un **San Jerónimo** y con una de los más grandes genios que ha producido la humanidad, un **San Agustín.**

La poesía litúrgica se destacó por la brillantez de sus himnos, consiguiendo la mayor fase de esplendor desde el siglo XII.

El rito hispanomozárabe incorpora un prefacio, que es un himno cristológico que aglutina en sí los temas característicos del Jueves Santo, es un canto que intenta ayudarnos a profundizar en la Santa Cena, en aquella primera Misa, que adelanta el Sacrificio de la Cruz.

El rito bizantino con su himno Kherubicón, con su mucha riqueza expresiva, quiere decirnos que la Eucaristía es el cielo en la tierra.

La secuencia *Lauda, Sion, Salvatorem*, es poesía didáctica del amor al Santísimo, que define su afán de ahondar en el Sagrado Misterio con la piedad sensible y popular.

El Pange Lingua es el poema que condensa la fe de la Iglesia en la Eucaristía en su dimensión sacrificial, al contemplar el poeta la Eucaristía en su conexión con la Pasión, cuyo memorial litúrgico ha sido la cuna, donde nace el Sacramento permanente.

El *Verbun supernum*, bellísimo himno en seis estrofas, es una síntesis teológica profunda en torno al misterio del Altar, donde el Señor se hace Hostia que nos abre el camino al Paraíso, poniendo de manifiesto la relación entre la Eucaristía y la Cruz, y su analogía con la Encarnación.

Sacris solemniis. Seguimos repasando la himnología de la solemnidad al Corpus, reflexionando sobre ésta joya literaria, nacida del corazón enamorado de Santo Tomás de Aquino.

Tras glosar los acontecimientos del Jueves Santo, canta al Pan de los Ángeles, que se hace pan de los hombres, y celebra la caridad que sustenta la fraternidad cristiana.

Ave Verum, himno mariano y eucarístico, cuya autoría se atribuye a Inocencio IV (s. XIV) que se interpretaba en la elevación de la Hostia como saludo al Stmo. Sacramento. celebra el cuerpo, nacido de María

Virgen e inmolado en la cruz, suya sangre derramada se convierte en viático para la vida eterna.

En el siglo XVI proliferan los Motetes eucarísticos, que reflejan la piedad de la época con un especial lirismo y emotividad, expresando así el homenaje y acción de gracias por el don de la Eucaristía.

Trascribimos literalmente el poema, salido de la pluma de **Luís de Góngora** (1627), con el que traduce los sentimientos de quien ha descubierto el amor de ese buen Pastor que le lleva a ser el pasto para sus ovejas:

Oveja perdida, ven sobre mis hombros,
que hoy no sólo tu Pastor soy
sino tu pasto también.
Por descubrirte mejor
cuando balabas perdida
dejé en un árbol la vida
¡dónde me subió el amor!
si prenda quiere mayor
mis obras hoy te la den
Pasto al fin, hoy tuyo hecho
¿Cuál dará mayor asombro
o el traerte yo en el hombro
o traerte en el pecho?
Prendas son de amor estrecho
que aun los más ciegos las ven.

Dentro de nuestro siglo de oro a todos los elogios y alabanzas, que nuestros dramaturgos han hecho al Santísimo Sacramento, se une ese ejército de locos por la Eucaristía:

El cristalino cielo de nueva luz se viste,
en cortesanos ángeles gozosos
se humillan hoy al suelo, la tierra se reviste
de matices más vivos y graciosos;
los árboles hermosos, las aves placenteras,

las fuentes y los ríos y sus valles más sombríos
todos se alegran hoy de mil maneras:
cada cual en su grado le hacen fiesta
a Dios sacramentado.

(Miguel de Cervantes)

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mis puertas, cubierto de rocío,
pasas las noches de invierno oscuras.
¡Oh cuántas fueron mis entrañas duras pues no te abrí
que extraños desvarío
sí de mi ingratitud al hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras.
Cuántas veces el ángel me decía:
¡Alma, asómate ahora a la ventana,
verás cuánto amor llamar porfía!
¡Y cuántas, hermosura soberana,
-mañana le abriremos-, respondían
para lo mismo responder mañana!

(Lope de Vega)

Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche.
Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por daros vida!
¡aunque es de noche!
Aquesta viva fonte que deseo,
en este pan de vida yo la veo,
aunque es de noche.

(San Juan de la Cruz)

Vuestra soy, para Vos nací
¿que mandáis hacer de mí?
Vuestra soy, pues me criastes,
vuestra, pues me redimistes,
vuestra, pues me sufristes,
vuestra, pues me llamastes,
vuestra, pues me esperastes,
vuestra, pues no me perdí
¿Qué mandáis hacer de mí?

(Santa Teresa)

Última Cena (Juan de Juanes)

Ecce Panis Angelorum,
Factus panis viatorum,
Vere Panis filiorum,
Non mittendus canibus.

In figuris praesignatur
Cum Isaac immolatur,
Agnus Paschae deputatur,
Datur manna Patribus.

He aquí el Pan de los Ángeles,
Hecho viático nuestro;
Verdadero pan de los hijos,
No lo echemos a los perros.

Lo representaron algunas figuras:
Isaac fue sacrificado,
El cordero pascual, inmolado;
El maná nutrió a nuestros padres.

Secuencia «Lauda, Sion, Salvatorem»

Ora ante el Sagrario

Este es el Sacramento de nuestra fe. Anunciamos tu muerte. Proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor, Jesús!

1.- Ante esta profesión de fe exclamamos con San Pedro: «Tú eres el Hijo de Dios, ¿dónde vamos a ir, si tú tienes palabras de vida eterna?»; con Santo Tomás, Apóstol: «¡Señor mío y Dios mío!»; con San Anselmo: «credo ut intelligam, creo para entender»; con el salmista: «¿a quién voy a temer, si el Señor es mi luz y mi salvación?» (Sal 27); con San Pablo: «¿Quién podrá separarme del amor de Dios? Ni la persecución ni la muerte, porque el amor es más fuerte que la muerte» (Rom 8); parafraseamos el *cógito, ergo sum*; (pienso, luego existo) de Descartes, por el *credo, ergo sum*, (creo, luego tiene sentido mi vida). Gozamos de paz y de mucha alegría en nuestro interior.

- **Todos buscamos a Dios, porque la vida sin Él es un drama angustioso**. Nuestra vida no se apoya en un Dios tapaagujeros, que ni es policía ni gestor ni fármaco que adormece, si no en el Dios de la vida que nos acompaña por la peligrosa travesía del existir, que nos ama tanto, que ayer se hizo Encarnación y Redención y hoy Eucaristía.

Mi razón presiente que por lo visible se llega a lo invisible (Rm 1,20) y que por la contingencia de los seres se llega a un ser Necesario (Santo Tomás)… Y la Biblia nos ofrece ese gran monumento a la existencia de un Ser Supremo, Padre y misericordia que pasa del Dios celoso del A. T. al Dios amor del N. T., a quien tanto celebró San Juan de la Cruz en su Cántico Espiritual.

Negamos de esta manera esa constelación de ídolos que nos esclavizan como el dinero, el placer, el poder, el sincretismo religioso y

confesamos la fe en el Dios de Jesús que sale a nuestro encuentro como buen Samaritano.

Así del teocentrismo y cristocentrismo hemos pasado a un antropocentrismo con la exaltación del hombre y la expulsión de Dios, llevándonos a la muerte de Dios y con la muerte de Dios a la muerte del hombre.

Nietzche así lo escenifica: un loco con una linterna en la plaza busca a Dios. ¿Se ha perdido? ¿Se ha escondido? ¿Se ha extraviado? Te lo voy a decir: ha muerto, yo lo he matado. Los templos son sus sepulturas.

Zahrnt nos cuenta la parábola del padre pródigo: el anciano padre, ante tantos reproches de sus hijos, abandona la casa; nadie sabe donde ha ido. Al principio todos se preguntan ¿le habrán secuestrado?, ¿se habrá suicidado?, ¿se habrá perdido?... pero pronto llegan a olvidarlo. Esto está pasando con el misterio de Dios.

Ante la postura de los modernos y postmodernos que marginan a Dios y lo paganizan busquemos la identidad de Dios en Cristo, presentándolo con un nuevo lenguaje para que no se repita la parábola de Kierkeegard: *Un circo ambulante se instaló en las afueras de la ciudad; estaban ensayando en el bosque, cuando el fuego prendió en sus lienzos y maderas. Bajaron al pueblo a pedir auxilio con sus ropajes y al ver al payaso que gritaba todos reían, mientras el circo ardía por completo.*

- **¿Cómo, pues, creer en tiempo de increencia** y cómo acercar a Dios en este contexto socio-cultural, dónde la increencia se manifiesta de múltiples maneras como el agnosticismo, el ateismo práctico, la indiferencia, el escepticismo, el sincretismo etc.?

San Ignacio de Loyola, en sus Ejercicios Espirituales, nos enseña que el hombre ha sido creado para servir (antes el servicio se hacía por la renuncia, y hoy por la elección). Al desafío de una cultura laicista y de una dictadura del relativismo moral sólo podremos responder profundizando en el cómo y en los porqués; al cómo respondemos con

la cultura técnica y al por qué, con los humanismos. Cuando uno sabe porqué vive encuentra cómo vivir. Hay que saberse integrar en y con el medio para hacer al hombre persona: un hombre sin técnica no es hombre, y sin cultura no es persona.

Continuamente aflora en nuestra conciencia la obligación que tenemos de dar razón de nuestra fe y esperanza.

Renunciamos a toda concepción prefabricada de Dios y trabajamos, en las horas de nuestro encuentro con nosotros mismos, en descubrir al Dios que nos salva, bajo imperativos y parámetros marcados por Jesús*: «Ayuda a los otros, lucha por un mundo mejor. Nuestra fe se centra en ese Dios dinámico, amoroso, vivido en coordenadas de amor»*. Nos ayudará como plataforma el sentirnos Iglesia.

Así la fe será el eje y centro de nuestra vida, pero una fe personificada, compartida, comprometida, dialogante y confesante con el ejemplo y la palabra.

El converso Frossard, en su libro «*Dios existe, yo me lo encontré*», cuenta como la fe le abrió un panorama de amor hasta conseguir la reconciliación razón-fe con Teilhard y ver que los cementerios eran las ventanas de la resurrección.

Con la *Evangelii nuntiandi* me atrevo a preguntarte: ¿eres verdaderamente lo que anuncias?, ¿vives lo que crees?, ¿predicas verdaderamente lo que vives?

2.- A la proposición del celebrante nos unimos proclamando la muerte y resurrección de Cristo y la espiritualidad del maranatha.

2.1.- Una mirada retrospectiva nos recuerda que el equinoccio de primavera es el día de la victoria de la luz sobre las tinieblas, es el triunfo del bien sobre el mal. Para los hebreos la primavera era símbolo de la creación; todo germina y crece. Así los pastores y los agricultores ofrecían las primicias de sus ganados y de sus cosechas. Llegaron tiempos difíciles y tuvieron que emigrar a Egipto donde

vivían bajo la esclavitud de los Faraones; pero Dios mandó a Moisés a liberarlos y desde ese momento todos los años se reunían a celebrar el aniversario de su liberación, con la oblación del cordero pascual.

La Pascua cristiana une a la fiesta de la vida y de la libertad la fiesta de la Resurrección de Jesús, vencedor de la muerte. Nos preparamos durante la Cuaresma, viviendo nuestro Bautismo, convirtiéndonos en serio al Señor y preparando la Resurrección, fundamento de nuestra fe. El proceso natural del grano de trigo, que para dar fruto tiene que morir, lo aplicamos al proceso terrenal de Jesús que sólo muriendo dará fruto. Así podemos representar el drama de Jesús en tres actos: La pretensión de Jesús por la implantación del Reino de Dios; el conflicto o fracaso aparente con su muerte; y el desenlace o rehabilitación por su resurrección.

La actitud ética de Jesús le enfrenta con los fariseos al profanar la ley del sábado, porque la salvación nos viene de Dios y no de la ley; su actitud religiosa lo enfrenta con la alta clase sacerdotal, al afirmar que el templo material no era el lugar de encuentro con Dios; y su actitud social confunde a los poderosos al optar por los pobres y marginados.

Al anunciar la muerte de Cristo hacemos memoria de los poemas del Siervo de Yahvé y del anuncio repetitivo de la pasión, muerte y resurrección del Señor en labios de Jesús. Nos hacemos presentes en el primer Viernes Santo de la Historia y seguimos paso a paso lo que el Hijo de Dios ha sufrido por su obediencia al Padre y por su amor a los hombres. Entramos en el Getsemaní, después de haber asistido a la primera Eucaristía de la Humanidad y a la ordenación sacerdotal de los Apóstoles. Un grupo de discípulos se han quedado a la entrada del Huerto de los Olivos y, mientras Jesús sufre hasta manchar la tierra con el sudor de su sangre, ellos discuten quienes serán los ministros más importantes en el Reino de Dios…; sus tres predilectos, Pedro Santiago y Juan, mientras Jesús sigue hundido en el dolor,

están dormidos. Sus enemigos, sin embargo, no descansan, estudiando el prendimiento de Jesús, y al frente de ellos está Judas, después de su comunión sacrílega. Regatea la venta de Jesús por treinta monedas ¡Qué poco se cotiza en la bolsa del mundo el valor de la persona! Sólo aparece un ángel que consuela a Cristo y le anima a seguir luchando por la causa del Padre.

Hoy se repite la escena: el Cristo místico, la Iglesia, sufre y mientras sus enemigos no se cansan de programar estrategias para acabar contra ella, sus miembros vivimos cruzados de brazos. Le han prendido como si fuera un criminal y un ladrón y lo llevan a casa de Anás y Caifás, de Pilatos y Herodes.

El Tribunal religioso lo condena por blasfemo, porque se ha hecho Hijo de Dios. Está claro que Jesús ha afirmado que es Dios; y esto o es verdad o es falso; diríamos que es falso porque Jesús nos engaña para seguir viviendo del cuento, o porque Jesús ha perdido la cabeza y se lo ha creído. Basta meditar el itinerario de la vida de Jesús para convencerse que ninguno de estos dos términos concluye. El mismo pueblo reconoce con naturalidad su sabiduría y santidad cuando constata que jamás hombre alguno habló como este hombre y lo define diciendo que pasó por la vida haciendo el bien.

Luego Jesús es Dios, de quien nos podemos fiar y a quien debemos imitar.

El Tribunal civil reconoce su inocencia, pero lo condena por complacer al Sanedrín, a los Sumos Sacerdotes y al Pueblo envenenado por el poder corrupto, y así, aunque el Domingo de Ramos gritaba: ¡Viva Cristo Rey!, el Viernes Santo enloquecido repetía: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

Asistimos con María al primer Via-Crucis de la era cristiana. ¡Qué pesada es esa cruz fabricada por tantos y tantos pecados! ¡Cómo nos gustaría imitar al Cirineo y a la Verónica, ayudando a tantos

hermanos nuestros a llevar su cruz y a enjugar sus lágrimas! Llegamos al Calvario y aprendemos de Jesús a desprendernos de todo para ser libres, y besamos las llagas de sus pies que no se cansaron de recorrer los caminos de Palestina, buscando a tantas ovejas perdidas…, besamos las llagas de sus manos abiertas, curando tantas llagas como samaritano…, y entramos en su corazón, de donde han salido las últimas gotas de agua y sangre, para que me sienta como en mi casa. A pesar del griterío de las masas oímos el testamento que nos dicta desde la Cruz y que firma con su sangre; son siete palabras que bien puedo convertirlas en un programa de vida cristiana.

Nos unimos a María con Jesús en sus brazos, en esa primera Misa solemne, ofreciéndose con El al Padre y llenándose de esa gracia redentora que a través de los siglos va repartiendo por el mundo.

He aprendido en este Vía-Crucis que los cristianos hemos sacralizado la cruz y esto es un sinsentido, si en la cruz no hay un crucificado como Cristo. De esta forma la cosa cambia de sentido: La cruz-pecado se convierte en la cruz gracia (Fil 2,8), la cruz-egoísmo se convierte en cruz solidaridad (Col 1,20), la cruz-opresión se convierte en cruz fuente de libertad, la cruz-maldición se convierte en bendición (1Cor 22-23), la cruz-muerte se convierte en cruz resurrección y vida (1Cor 1, 18-23).

Asimismo la cruz con Cristo es una permanente denuncia: del sin sentido de la vida basada en la injusticia, mentira y opresión, de los pseudovalores de este mundo: poder, dinero, fama, de toda religión corrompida, de un pueblo hecho masa que sigue ciegamente a sus falsos lideres, de todos aquellos que se convierten en fabricantes de cruces para los demás.

Y a la vez es el anuncio constante del hombre nuevo creado a imagen y semejanza de Dios; de un Dios absolutamente bueno que no se identifica con los verdugos sino con los crucificados de todos

los tiempos. Fomentemos más la espiritualidad del seguimiento de la cruz. La cruz sola no tiene sentido, porque detrás de cada cruz se vislumbra la injusticia, la insolidaridad, el dominio de unos sobre otros. La cruz es toda una historia de dolor, de conflictos y lágrimas.

2.2.- Es muy de alabar el espíritu de las Pascuas Juveniles que desde Taizé se han extendido por todo el mundo.

Es esperanzador que muchas Cofradías se vayan incorporando a las celebraciones pascuales, no contentándose solo con las catequesis plásticas que, a través de sus desfiles procesionales, vienen haciendo.

Y es que nuestra convicción cristiana se fundamenta en el hecho de la Resurrección, verdad metahistórica que, aunque no tenga cabida en los cánones de la historia, su credibilidad se ve reforzada, desde un principio, por el testimonio fiable de unos testigos que afirman haber visto vivo al Crucificado. Su sencillez de vida y la propia psicología de la mentira confirman su veracidad; nadie miente, si de su mentira se sigue la muerte. Además este acontecimiento cambió por completo sus vidas: de cobardes e ignorantes se presentan valientes, hablando en público con autoridad y sin miedo.

¡Que hablen la Magdalena, los Apóstoles, los discípulos de Emaús y sobre todo Pedro, cuando Jesús le nombra primer Papa y cuando, con energía, responde a las gentes que escuchan el Kerigma apostólico, resumido en la muerte y resurrección del Nazareno, base de la misión apostólica, invitándoles a que se conviertan y vuelvan al Señor!

¡Qué explicación tiene que después de veinte siglos el fuego del Resucitado siga prendiendo en la conciencia del hombre!

¿No es significativo que desde un principio los cristianos bautizaran el día de la Resurrección como día del Señor o Domingo?

Hoy seguimos confesando que Jesús sigue vivo, que el asunto del reino de Dios sigue adelante, que el fuego que Jesús vino a

meter en la tierra no se ha apagado, porque es Dios el que sopla la candela y quiere que todo el mundo se abrase.

Aún tiene algo de vigencia aquel cartel, cuyo título era «Se busca. Recompensa la felicidad»: «es un Galileo de 33 años, a estilo hippy, con cicatrices en sus manos y pies; se ve acompañado de pobres y de una banda de doce incondicionales. Escandaliza pisoteando el sábado, hablando contra el templo y defendiendo a los marginados. Si lo encuentras… sigue sus huellas».

Piensa que el Crucificado es el Resucitado y que el Resucitado es el Crucificado.

2.3.- Maranatha. ¡Ven, Señor, Jesús!

El Cristianismo es la religión del Maranatha, que convierte a la Iglesia en pueblo escatológico, que anuncia la muerte del Señor hasta que venga. (1Cor 11).

La misma Didajé se expresa así: si alguno es santo, ¡que venga a mí! Y si no que se convierta, pues en el reino inaugurado por Cristo e implantado en la Parusía no se tolera el pecado.

Hagamos una breve excursión por la Biblia y veremos que ya Isaías nos invita al banquete escatológico (Is 25,6; 53,1); y lo mismo constatamos en los libros sapienciales (Sab 9,1-6; Eclo 1,16; 24,19); y con más energía lo hace Jesús en Cafarnaún en su discurso sobre el pan de vida (Jn 6).

Esta dimensión escatológica aparece con clarividencia en los relatos de la institución de la Eucaristía, en los primeras apariciones del Resucitado y en la oración de los primeros cristianos como narra el libro del Apocalipsis (22).

Las comidas del N. T., en las que Jesús participa, prefiguraban el banquete final del reino, que tanto San Mateo como San Lucas lo escenifican en sus parábolas (Mt 22; Lc 14).

Una relectura de los Evangelios nos lleva a la conclusión de que la misma vida de Jesús, en cierto modo, fue una liturgia: Cristo realizó la glorificación del Padre en la tierra, ofreciéndose en sacrificio y centró su misión en reconciliar a los hombres con Dios por su muerte y resurrección.

Los evangelios son como el relato de su pasión, precedido de una introducción detallada. Los Sinópticos, en línea litúrgica, en la primera parte, ministerio en Galilea, describen la llamada que hace el hombre, es como la liturgia catecumenal; y en su segunda parte, ministerio en Jerusalén, o liturgia de los fieles, narran su muerte y resurrección con la venida del Espíritu Santo.

El Apocalipsis nos hace presentir como era la celebración eucarística, en un principio, al mismo tiempo que se desarrollaba en el cielo ante el trono de Dios, de modo que nuestras eucaristías no son paralelas, sino idénticas a ella (Ap 4 y 5).

Los santos acogen el fuego eucarístico con los ojos del corazón y lo llaman alimento de resurrección, cielo y resquicio de cielo en la tierra, fármaco y semilla de inmortalidad.

Para San Ignacio de Antioquía es antídoto para no morir sino para vivir para siempre con Dios.

San Cirilo de Alejandría gráficamente nos dice que cuando dos trozos de cera se derriten, de los dos se forma una sola cosa; así por la Eucaristía Cristo se une a nosotros y nosotros a El, formando un solo cuerpo.

San Ambrosio bellamente canta: El es el pan de vida. El que come de Cristo ya no puede morir. Id a El y saciaros, pues El es el pan de la Vida. Id a El y bebed, pues El es la fuente. Id a El y seréis libres, pues donde está el Espíritu de Jesús, allí está la libertad. El cuerpo eucarístico es el Jesús histórico, con sus estigmas de pasión

gloriosas, que abrasa a las almas eucarísticas, transformándolas en zarzas ardientes.

Para Santo Tomás de Aquino la Eucaristía es el signo rememorativo del hecho salvífico, el signo demostrativo de nuestra salvación y el signo programático o anticipo de la futura gloria (O sacrum convivium).

Así lo vio, repetimos, San Juan en el capítulo sexto de su Evangelio, que es la base de esta reflexión: «quien coma de este pan, vivirá para siempre».

El concilio de Trento lo presenta como viático en el último tramo de nuestra travesía por el mundo.

Y León XIII en su encíclica *Mirae charitatis* lo define como prenda de felicidad y de gloria.

Como montañero a lo divino debes conocer el camino de tu ruta para llegar a la meta.

¡Que tienes que extinguirte un cáncer como a Saulo, tienes el mejor cirujano! ¡Que tienes que hacerte un transplante de corazón, cambiando tu corazón de piedra en un corazón de carne, cuentas con el mejor equipo de cardiología! ¡Que tienes que curar tu parálisis, ahí te espera el mejor traumatólogo!

Sin miedo, habla como aquel periodista secuestrado por la guerrilla; vosotros no sabéis que estoy amenazado, y muy amenazado, de resurrección.

Tu semi-sueño incumplido sobre la vida, porque la cultura de muerte sigue reinando, puede hacerse realidad con ese puñado de hombres amantes de la Eucaristía, que son capaces de convertir el universo en un volcán de amor.

Estos hombres han presentado el esbozo de una ontología pascual que se celebra en el altar cósmico.

Madre Angélica cuenta que en Boston todas las mañanas, a la misma hora, entraba en la iglesia un señor. Le preguntó: ¿Qué haces?... Antes de comenzar el trabajo entro y digo al Santísimo Sacramento: hola Jesús, soy Juan… Tuvo un accidente y Jesús le dijo: hola Juan, soy Jesús.

Con la oración de la Iglesia repetimos:

Estáte, Señor, conmigo
siempre, sin jamás partirte,
y, cuando decidas irte,
llévame, Señor, contigo,
porque el pensar que te irás,
me causa un terrible miedo,
de si yo, sin Ti me quedo,
y si Tú sin mí te vas.
Llévame en tu compañía,
donde Tú vayas, Jesús,
porque bien sé que eres Tú,
la vida del alma mía;
si tu vida no me das,
yo sé que vivir no puedo,
ni si yo sin ti me quedo,
ni si Tú sin mí te vas.

Capítulo 10º

La Eucaristía en la música.

El canto religioso ha sido ensalzado tanto por la Sagrada Escritura como por la tradición religiosa de todos los tiempos. La misma revelación inspirada se ha expresado a través de salmos e himnos.

La Iglesia en su caminar por la historia ha atesorado un rico repertorio musical: *letra de himnos antiguos, música gregoriana y polifónica, composiciones orquestales y corales modernas, música religiosa actual, etcétera.*

Los Santos Padres han valorado en gran manera la música y promovían fervientemente el canto en las asambleas cristianas. San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Clemente de Alejandría, San León, San Agustín, San Benito y una lista interminable de Santos Padres tienen textos bellísimos sobre la música en el culto cristiano.

Todo estos cantos y formas de cantar son herencia de la música greco-romana y judía, que posteriormente, en la Edad Media, desembocarían en el canto Gregoriano, que el Papa San Gregorio Magno impuso en toda la Iglesia, absorbiendo el canto Ambrosiano, Mozárabe y Galicano.

A través de los siglos se fueron dando normas y disposiciones en Concilios generales y particulares, pero sin duda, es el Concilio de Trento el que tiene una importancia decisiva sobre el uso de la música en el culto. Exige que se elimine de la música todo aspecto profano; propone como modelo ideal el Gregoriano, que había pasado por una crisis seria; y en cuanto a la música polifónica pone como modelo las obras de Palestrina, que están llenas de profunda espiritualidad y de gran fidelidad

a los textos, que casi declama. Muchos compositores de esa época van a seguir esta línea, y entre ellos destacamos a nuestros mejores polifonistas del siglo XVI: *Tomás Luis de Victoria, Cristóbal de Morales y Francisco Guerrero*. Sus obras musicales son de tal belleza y espiritualidad, que es muy difícil superarlas. Como hombres de una fe profunda expresan sus vivencias a través de la música, a pesar de los pocos medios que usaban: sólo la voz humana.

Más cercano a nuestros días está San Pío X que dio normas muy precisas sobre la función de la música en el culto. Publicó un *Motu proprio* sobre la música sacra, que durante muchos años ha servido de pauta y orientación; trató de corregir abusos y desviaciones, exigiendo que la música moderna sea digna de las celebraciones litúrgicas.

Ya en nuestro tiempo, el Concilio Vaticano II ha marcado líneas y criterios en cuanto a la música se refiere. Podemos concretarlos así:

«Que se procure que el Pueblo de Dios no sea un mero espectador, sino que tome parte activa en el canto.

Que se acepten todas la formas de música auténtica en las celebraciones y el uso de otros instrumentos, además del órgano.

Que se introduzca en la Liturgia el uso de las lenguas vivas y no sólo el latín, aunque se debe seguir reconociendo el valor y uso del Gregoriano.

Que en las celebraciones se dé prioridad a la Palabra de Dios recuperando así el Salmo responsorial y las aclamaciones de la Asamblea».

Con todo esto, han cambiado notablemente la concepción y realización de los cantos, sobre todo de la Misa: del canto polifónico, a modo de concierto, del Kyrie, Gloria, Credo, Sanctus y Agnus, se ha pasado al canto de los mismos por el pueblo.

Este nuevo estilo ha dado a las celebraciones eucarísticas otra imagen muy distinta.

Estas normas y criterios están en perfecta sintonía con la tradición patrística, que insiste en la primacía del texto sobre la melodía, siempre con calidad artística sin la menor teatralidad.

Haciendo un breve paréntesis recordamos que las primeras canciones polifónicas las recoge el *Codex Calixtinus*, que se conserva en la Catedral de Santiago (s. XI) y en la colección de Cantos del Peregrino que se hallan en el Depósito Musical de Montserrat. Asimismo no podemos silenciar el espíritu creativo de Bach y Häendel aunque la música del Barroco español discurre por derroteros decadentes, con relación a Europa.

Grandes figuras como Haydn, Mozart y Beethoven en el Clasicismo, Schubert, Mendelson, Schuman, Wagner y Berlioz en el Romanticismo van dando el paso de la sinfonía a la música programática.

Tanto en las iglesias austeras Románicas como en las grandiosas catedrales Góticas han sido espacios donde los fieles han gozado con la interpretación del Gregoriano y de piezas polifónicas. Hasta nosotros, pobres en cultura musical, hemos saboreado los himnos y secuencias eucarísticas como el *Adoro te devote*; *Lauda Sion, Salvatorem*; *Pange lingua*; *Sacris solemniis*; *O sacrum convivium*; *Ave verum*…

La historia confirma que las primeras escuelas musicales fueron lo monasterios, cuyos monjes contribuyeron a la expansión y enriquecimiento de su rico repertorio eucarístico. Solesmes, a petición de San Pío X, supo rescatar las melodías auténticas y ofrecer un cantoral con una gran categoría estética y una fuerza espiritual inigualable. Después los monjes de Silos han cautivado, con su disco de Gregoriano, a creyentes y no creyentes de todo el mundo, infundiéndoles esa sensación de paz que el hombre de hoy busca sin descanso.

¿Quién no conoce la labor que realizan los monasterios benedictinos, donde las voces humanas parecen notas de un maravilloso

órgano? ¿Quién no se ha extasiado al oír la *Misa del Papa Marcelo* de Palestrina o la *Misa de la Coronación* y *Requien* de Mozart? ¿Quién no sentía que en su interior se encendía una ráfaga de fe al escuchar a Bach? ¿Quién no ha vibrado interiormente al oír el triunfal *Aleluya* de Häendel o la *Misa Solemne* de Beethoven?

Y es que estos supergenios han querido dedicar a Jesús-Eucaristía lo mejor de su imaginación creativa.

La mayoría de los grandes músicos han compuesto alguna obra dedicada al Santísimo, especialmente motetes y misas. Famoso es el *Ave verum* de Mozart y Elgar el *O Salutaris*, de Beethoven y Perosi y un sinfin de motetes musicalizados por los más famosos compositores para honrar el misterio del Altar y para recordarnos las condiciones requeridas para recibir dignamente este alimento.

Los Maestros de Capilla, para instruir al pueblo en las verdades de la fe, se valían para su apostolado del canto, cuya letra era una verdadera tesis dogmática. Así los fieles, al mismo tiempo que gozaban con estas melodías, que en muchas ocasiones eran más cercanas a la ópera que a la Iglesia, se formaban cristianamente. De una manera magistral exponían el dogma católico afirmando una y otra vez la presencia verdadera, real y substancial de Cristo que se ofrece al Padre como sacrificio en nombre nuestro y se une íntimamente con nosotros en la Comunión.

Hoy, los cantos a la Eucaristía son también incontables, se componen de un estribillo y varias estrofas con su contenido casi místico.

Esto se puede comprobar en los distintos himnos eucarísticos que aparecen en nuestro libro dedicado a la Eucaristía y que durante muchos años hemos cantado en nuestras parroquias y que ahora deberíamos hacer

un esfuerzo por recuperarlos e interpretarlos en nuestras celebraciones eucarísticas.

Vayamos a la abadía de Montserrat para unirnos a los monjes benedictinos al rezo de las Horas para pasar unos minutos de cielo en la tierra.

Alegoría de la Eucaristía (Catedral de Jaén)

Lauda, Sion, Salvatorem,
Lauda ducem et pastorem
In hymnis et canticis.

Quantum potes, tantum aude,
Quia mayor omni laude,
Nec laudare sufficis.

Alaba, alma mía, a tu Salvador
Alaba a tu guía y pastor
Con himnos y cánticos.

Pregona su gloria cuanto puedas,
Porque Él está sobre toda alabanza,
Y jamás podrás alabarle lo bastante.

Secuencia «Lauda, Sion, Salvatorem»

Ora ante el Sagrario

Pange Lingua

Himno solemne por su contenido teológico y su lirismo original. Nos recuerda los versos de Venancio Fortunato del siglo VI, por su construcción poética y por su conexión entre Eucaristía y Pasión.

Los ritos antiguos, que prefiguraban la Eucaristía como el árbol de la vida, el cordero pascual, el maná, la comida de Elías, ceden ante la nueva realidad.

El hombre avanza por sendas que le aportan felicidad y dolor, dudas y fe, esperanza y desilusiones, y en medio de este itinerario la Eucaristía se convierte en vitamina necesaria para seguir caminando hacia una nueva humanidad, aunque parezca imposible.

El gozo de estar junto a El nos llena de luz y de paz, de fuerza y de brío, sintiéndonos recibidos en audiencia por el más grande la tierra, y a su vez aliviados de nuestras heridas.

1.- Pange lingua gloriosi corporis Mysterium Sanguinisque pretiosi, quem in mundi Pretium Fructus ventris generosi Rex effudit gentium.	Canta lengua al misterio del cuerpo glorioso y de la sangre que el Rey de las naciones, fruto de un vientre generoso, derramó como rescate del mundo.

¿Cómo cantar a la Eucaristía sin temblar? Como Moisés ante la zarza caemos postrados ante el misterio de los misterios en una actitud de silencio para oír en nuestro interior a una Teresita que nos dice: «ama y haz amar el amor», a un San Francisco de Asís que nos repite:

«mi Dios y mi todo», y al mismo Jesús que nos manda: «amaos unos a otros como yo os he amado».

Con el «*Lauda, Sion, Salvatorem*», (Alaba, Sión, a tu Salvador), afirmamos que la Eucaristía es la fiesta de la alabanza y acción de gracias, pero que al adorar a Cristo, nuestro Salvador, no podemos olvidar a los que sufren y quisiéramos unirnos a ese coro de alabanzas que Juan XXIII, en su encíclica Pacem in terris, dirige a los hombres de buena voluntad como línea para hacer posible la convivencia humana.

Por eso, con el rito litúrgico, antes de la comunión, pedimos al Señor que nos conceda la paz, pero que no tenga en cuenta nuestros pecados, sino la fe de la Iglesia.

2.- Nobis datus, nobis natus
ex intacta Virgine
et in mundo conversatus,
sparso verbi semine,
sui moras incolatus
miro clausit ordine.

A todos nos fue dado,
de la Virgen purísima María
por todos engendrado;
y mientras acá vivía
su celestial doctrina esparcía.

¡Cristo! Tú eres el pan vivo bajado del cielo para la vida del mundo. Tú eres el alimento de los pobres.

¡María! Tú nos has preparado ese pan que es Cristo. Lo diste a luz en Belén, casa del Pan, y lo ofreciste en la cruz por nosotros.

Inspirado en Santo Tomás, después entró en la Liturgia el Ave verum, himno eucarístico y mariano que se entonaba como saludo al Santísimo Sacramento en las celebraciones eucarísticas.

3.- In supremae nocte Cenae
recumbens cum fratribus
observata lege plene
cibis in legálibus /

La noche de la Última Cena,
sentado a la mesa con los
hermanos, con sus propias
manos se dio a sí mismo como
comida a los doce.

El sugerente himno presenta la Última Cena, en la que Jesús nos dio la Eucaristía, prefigurada en el Cordero, actualizada en la nueva Pascua y convertida en profecía del hombre nuevo.

Cualquier Eucaristía nos invita a meditar el itinerario salvífico de Cristo a lo largo de la historia; historia escrita desde los orígenes, de modo simultáneo, por Dios y por los hombres, a través de los acontecimientos humanos.

El Calvario será el momento decisivo. Cristo se pone a la cabeza del pueblo para guiarlo a la meta definitiva.

La Eucaristía, sacramento de su muerte y resurrección, constituye el corazón de este itinerario paradigmático y escatológico.

Con sus manos sagradas nos dio a comer su cuerpo, pero antes, con el gesto del lavatorio, quiso enseñarnos que la participación en la Eucaristía nos exige servicio al hermano, a la vez que genera fuerza de amor fraterno.

4.- Verbum caro, panem
verum
Verbo carnem efficit:
fitque sanguis Christi merum
et, si sensus déficit
ad firmandum cor sincerum
sola fides sufficit.

Con su palabra el Verbo,
hecho carne,
convierte el pan en su cuerpo
y el vino en su propia sangre;
aunque fallen los sentidos,
es suficiente la fe.

La Eucaristía, manantial de amor, enraizado con el mandamiento del amor y con lo que caracteriza la misión de Jesús: *Yo estoy con vosotros como el que sirve* (Lc 22,27).

Cada Jueves Santo se nos recuerda el «hoy de la Eucaristía» con las palabras *«haced esto en memoria mía»*.

El Verbo encarnado, con las palabras de la consagración, está presente, según la expresión feliz del Concilio de Trento, *Vere, realiter y substantialiter*, bajo las especies sacramentales.

Nos sentimos anonadados ante sublime misterio y cuantos interrogantes surgen encuentran respuesta en la palabra del Maestro: que si los sentidos desfallecen, la fe es suficiente para un corazón sincero.

5.- Tantum ergo Sacramentum	Veneremos, pues, postrados
veneremur cernui:	tan augusto sacramento,
et antiqum documentum	y a la antigua ceremonia
novo cedat ritui;	sustituya el rito nuevo,
praestet fides supplementum	supla la fe inconmovible
sensuum defectui.	el defecto de los sentidos

El discurso de Cafarnaún es la culminación de todas las profecías veterotestamentales y anuncio de su cumplimiento en la Ultima Cena.

Adoremos el Sacramento que el Padre nos dio. La antigua fiesta cede el puesto al nuevo rito. La fe suple la incapacidad de los sentidos. Así abre paso la antigua ley al sacrificio eucarístico: la institución se remonta al rito pascual de la primera Alianza, que nos describe el libro del Éxodo (12).

Santo Tomás orienta nuestra mirada hacía el nuevo cordero, cuya carne es entregada y cuya sangre es derramada, estableciendo de esta manera la nueva Alianza.

Fascinados por este misterio nos reafirmamos que la fe suple a los defectos de los sentidos.

6.- Genitori Genitoque	¡Gloria al Omnipotente
laus et iubilatio,	y al gran Engendrador
salus, honor, virtus quoque	y engendrado,
sit et benedictio:	y al inefablemente de
procedente ab utroque	entrambos inspirado igual
compar sit laudatio.	loor, igual honor sea dado.

Al contemplar este océano de amor que mana del corazón de Dios proclamamos con el Doctor Angélico: Al Padre y al Hijo alabanza y júbilo, salud, poder y bendición, y al que procede de los dos que se dé igual gloria y honor.

En este tiempo de oración he escuchado en mi interior la pregunta: ¿Qué es la Eucaristía?, o mejor ¿quién es la Eucaristía?

Me he acercado a Cafarnaún y he entrado también en el Cenáculo y he oído la respuesta: Soy un misterio de fe y de amor infinito… soy Jesús bajo las apariencias de pan. Soy la luz y la vida del mundo como habéis cantado en el 48º Congreso Eucarístico Internacional en Guadalupe (México).

Ante tantas sombras de guerras, de conflictos, de ataques a la familia y a la vida, con la dictadura del relativismo moral, de un laicismo a ultranzas, con la pérdida del sentido del pecado y olvido de Dios y un fundamentalismo religioso… aún no se ha apagado la luz del anhelo de la paz, de la defensa de los derechos humanos, de la sensibilidad por la justicia social y el despertar de una juventud, centinela del mañana.

Piensa que la Eucaristía es el canal por el que nuestra fe se reactiva, es la fuente de aguas no corrompidas que sacia nuestra sed de verdad, de amor y de felicidad, que a todos nos interpela y no nos permite comer ese pan del cielo sin compartir el de la tierra ni nos permite llamarnos hermanos al ver a tantos hundidos en la miseria.

No te canses de luchar contra corriente, porque el Señor es tu fuerza y salvación.

TEMA IV.- PASTORAL EUCARÍSTICA

Capítulo 11º
Corpus Christi

Urbano IV encargó a San Buenaventura y a Santo Tomás de Aquino la **composición** del oficio del Corpus, y cuando el Pontífice comenzó a leer en alta voz los himnos escritos por Santo Tomás, San Buenaventura fue rompiendo los suyos en pedacitos; y no fue para menos, ante la belleza literaria y contenido teológico del trabajo de Santo Tomás.

1.- Piedad eucarística a través de los tiempos.

Desde el inicio del Cristianismo la Eucaristía ha sido siempre centro y culmen de la vida cristiana, como memorial de la muerte y resurrección de Cristo, como sacrificio de la nueva alianza, como signo de unidad y como pan de vida y cáliz de salvación.

Ya en los siglos IV y V se establecieron normas para guardar las especies sacramentales y la lamparilla del Sagrario, y se fomentaron los gestos de adoración al Santísimo, porque «Sanctus sanctis, lo santo para los santos», introduciéndose la elevación de la Hostia en el momento de la consagración, rito cisterciense que se extiende por Occidente en 1210.

En los últimos ocho siglos se ha notado un *crescendo* en la devoción a Cristo, presente en el pan consagrado; la devoción eucarística entró de lleno en el pueblo cristiano: «predicadores, cofradías, órdenes religiosas y rectores de comunidades cristianas impulsaron con fuerza el desarrollo devocional eucarístico.

Han influido también las enseñanzas del Concilio de Trento sobre este misterio y la devoción de las «**Cuarenta Horas**», propagada en Milán por San Carlos Borromeo, que el Papa Urbano VIII extendió a toda la Iglesia.

Es significativo que, cuando los conflictos y errores sobre la Eucaristía como Cátaros, Protestantes y Jansenista quieren imponerse, el pueblo cristiano reacciona enérgicamente, afirmando su fe y manifestándola públicamente.

¡Que cuántos hoy intentan atacar a esta verdad con sus representaciones blasfemas y sacrílegas abran sus ojos y sus oídos para convencerse de que la Eucaristía no es invención de los hombres, sino de Dios... y que la fe no puede reducirse al ámbito de lo privado, como lo demuestran tantas manifestaciones públicas de religiosidad y tantas obras sociales, que han nacido de un grupo de cristianos, enamorados de la Eucaristía.

2.- Prehistoria de la Fiesta del Corpus

El Arca de la Alianza

El libro del Éxodo describe con todo detalle como Moisés construye el arca por mandato de Dios. Y en los libros de Samuel se nos narra como los filisteos temblaban ante la presencia del arca, y como David con su pueblo la trasladaba entre clamores, danzas y cantos.

Visitas a los Monumentos el Jueves Santo

Analizando nuestro pasado vemos que las raíces de la festividad del Corpus, que mueve a millones de creyentes, ya estaban en aquellas visitas a los Monumentos del Jueves Santo; la madre con su mantilla y el padre con su traje de fiesta, rodeados de sus hijos, recorrían los monumentos de la ciudad como homenaje de adoración y reparación.

Reacción valiente ante las herejías contra la Eucaristía. Es muy de alabar a benedictinos, franciscanos, dominicos y jesuitas, quienes reaccionan valientemente ante las desviaciones y herejías contra la Eucaristía, tanto en el siglo XI como en el XVI y XVIII.

Influjo del milagro de Santa Clara y del milagro de Bolsena en la implantación de la fiesta del Corpus.

Aleccionadora es también el ejemplo de **Santa Clara** que con la Custodia en sus manos sale al encuentro de los sarracenos asalariados.

Cuentan las crónicas que el 1250, en Asís, Federico II, enemigo acérrimo de la Iglesia, llama a los sarracenos para apoderarse del país de Spoleto, de los Estados Pontificios. Determinan asaltar el convento de San Damián y cuando están a punto de trepar las murallas, Santa Clara, consciente del peligro, se hizo trasladar de la enfermería a la puerta del convento, llevando la Custodia con el Santísimo; derramó abundantes lágrimas e imploró la protección del Altísimo. Al instante los enemigos, sobrecogidos de terror, huyen a la desbandada, y Asís quedó liberado, gracias a la intervención de la Santa.

Y no fue menos la influencia que el **Milagro de Bolsena** ejerció en la implantación de la fiesta del Corpus.

El hecho acaeció hacia 1264, en una región que fue testigo de las vicisitudes del papado, y va vinculada al nombre de dos de los más poderosos exponentes del pensamiento teológico: Tomás de Aquino y Buenaventura.

Un sacerdote de Praga, atormentado por dudas acerca de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, mientras dividía la Hostia santa en la celebración de la Misa, vio el corporal lleno de sangre, que brotaba de las sagradas especies.

En la esperanza de ocultar a los presentes lo sucedido y con el deseo de pedir ayuda y explicación a la competente autoridad resolvió suspender la celebración y, recogidas las sagradas especies en paños sagrados, corrió a la sacristía, sin reparar que, en el trayecto, algunas gotas de la preciosísima Sangre habían caído sobre el mármol del pavimento.

San Buenaventura, Doctor Seráfico, fue encargado por el Papa Urbano IV de presidir la comisión de teólogos, instituida para examinar la verdad de los hechos. Realizado su cometido confirmó la verdad del milagro, y el Papa ordenó al Obispo de Bolsena, que le llevase a Orbieto, (donde tenía su residencia), el sagrado corporal, el purificador y los linos manchados de sangre. El Papa salió al encuentro de las sagradas

reliquias, y, en el puente de Rivochiero, tomó entre sus manos el sagrado depósito y lo llevó procesionalmente a Orbieto.

3.- Historia de la Festividad del Corpus.

Análisis de su liturgia festiva

Una de las fiestas más señaladas del orbe católico ha sido durante siglos el Corpus Christi, en cuya procesión y ceremonial participa la ciudad entera.

En un análisis de su liturgia nos ponemos en contacto con los antecedentes de la fe del pueblo, alcanzando su esplendor en los momentos de crisis con su explosión de religiosidad, sus notas de fervor y festejos añadidos, como representaciones teatrales y presentación de personajes que protagonizan la fiesta.

Lo primero que captamos es que es la fiesta de la ciudad, fiesta dedicada a Dios en la exaltación de Jesús-Eucaristía. De ahí que el suelo del recorrido esté cubierto de tomillo, juncia, romero y alfombras de flores; las calles se engalanan con ricos tapices en ventanas y balcones, y al paso del Santísimo todo es alegría con el sonido de las campanas y cantos a todo pulmón.

En un arrebato de imaginación, urbes y aldeas esperan este día y en él participa todo el pueblo con entusiasmo y fervor. El pecho de los pueblos es como un trigal naciente y su alma como un bosque con rica flora y fauna. Las calles se han convertido en la residencia de Dios.¡Dios está aquí!

Toledo, desde el siglo XV, se ha distinguido por su famosa Custodia de Arfe; y Sevilla en el trascurso de la Procesión nos cautiva con la vistosidad de sus altares en todo el recorrido, fruto de la vitalidad de las Cofradías de Pasión y Gloria, y de las entidades públicas y privadas y la coreografía de sus seises.

Bien podemos afirmar que la ciudad vive y vibra desde el siglo XV, con las palabras de la bula papal; «cante la fe, dance la esperanza y salte de gozo la ciudad».

Santa Juliana de Mont Cornillón.

Este profundo sentimiento cristocéntrico, tan característico de esta fase de la Edad Media, orientó el corazón de los fieles a Cristo Glorioso, oculto en la Eucaristía.

A partir del año 1208 el Señor se aparece a **Santa Juliana, abadesa agustina de Mont Cornillón, en Lieja**. A esta religiosa, enamorada del Cristo Eucarístico, el Señor le inspira la creación de una fiesta en honor del Santísimo Sacramento para fortalecer la fe de los fieles, expiar los pecados y contrarrestar las agresiones sacrílegas contra el Santísimo.

Tuvo una visión en la que veía a la Iglesia como una luna llena con una mancha, que significaba la ausencia de esta solemnidad. Comunicó su visión a **Monseñor Roberto, Obispo de Lieja**, quien constituyó la fiesta para su diócesis en 1246, y **Urbano IV**, movido por la confesión de Santa Juliana y el milagro de Bolsena hace que la fiesta se extienda a toda la Iglesia, por la **Bula Transiturus** de 8 de septiembre de **1264**; bula que es la carta magna del culto eucarístico.

En resumen, Santa Juliana de Mont Cornillón promovió la festividad del Corpus, instituida en 1264 por el Papa Urbano IV; y vencidos todos los obstáculos se celebró la primera procesión en 1447, cuando Nicolás V recorrió las calles de Roma, acompañado por la santa Hostia.

Muy pronto se contagió el orbe cristiano de este fervor y se extiende la fiesta a todos los países, y así hoy por nuestras grandes avenidas y por los rincones más remotos de la tierra desfila la Custodia con el Santísimo, diciéndonos *«No tengáis miedo, abrid vuestras puertas, porque yo busco sólo vuestra felicidad»*.

4-Mensaje de esta Fiesta: ***En síntesis, su finalidad es proclamar y aumentar la fe de la Iglesia.***

En el Concilio de Trento se condenaban a quienes afirmasen que acabada la Misa no debería rendirse culto a Cristo en el Sagrario, ni

exponerlo públicamente ni llevarlo solemnemente en procesión, según costumbre laudable de la Iglesia.

Y en la Bula Transiturus se definen los fines específicos de la festividad del Corpus, de cuyas enseñanzas después se hacen eco Trento y Pío XII en la Mediator Dei. De ellas destacamos:

«**La alabanza** como ejercicio de nuestra convicción religiosa.

La reparación frente a tantos ultrajes laicistas.

El servicio y el testimonio que nos inducen a descubrir a través de las especies sacramentales a tantos pobres que viven en la miseria, en quienes Cristo vive encarnado

El gusto por las cosas de Dios en nuestro caminar escatológico con la comunidad que marcha hacia el Padre.

La unidad fraterna y eclesial. Al tomar Dios posesión del espacio que le corresponde llenando con su presencia este maravilloso templo cósmico, el Corpus, por un lado, es la súplica de los habitantes de la aldea planetaria por la unión fraterna y solidaria de los hombres de buena voluntad, y por otro lado, es la expresión de la unidad de la Iglesia, que reúne a todos los estamentos sociales, expresándolo en distintos estilos, fruto de la inculturación de la fe».

Terminamos nuestro trabajo, presentando el ejemplo de un cristiano irlandés, que al encontrarlo muerto en la calle, unos dicen que es borracho, otros que es un drogadicto.., hasta que pasan por allí una legión de mendigos que lo reconocen y aclaran su identidad como hombre que por vocación quiso ser el pobre más pobre de todos y gastar su vida al servicio de los desgraciados. Todo lo que ganaba lo repartía entre los mendigos. Murió como un santo. Su fuerza le venía de la Eucaristía y su compromiso en pro de los pobres partía de la Eucaristía.

Este sí que es la gran custodia procesional que pasea a Cristo entre los pobres. Su vida fue un Corpus viviente.

Procesión de Santa Clara (Valdés Leal)

Corpus Christi, y el alma adoradora
Del pueblo, en tu presencia se arrodilla
Lo mismo que hace el campo ante la aurora.

Y es la custodia grial que eterno brilla
Bajo el palio de azul del firmamento
Que ante su resplandor se maravilla.

Y canta la creación al Sacramento
Que en el viril relumbra acrisolado
Por el crisol del Nuevo testamento.

¡Venid, que en la custodia lo tenemos!
¡Que ahora pasará por cualquier calle!
¡Que ya está aquí el Señor! ¡Que ya lo vemos!

¡Que, alegre de emoción, el pecho estalle
Entre el olor de la juncia y el espliego!
¡Cantemos al Señor! ¡Que nadie calle!

Y que se colme de Amor de los Amores
Entero el corazón, y su latido
Resplandezca lo mismo que las flores.

Miguel Calvo Morillo

Ora ante el Sagrario

El núcleo religioso vital festivo del Corpus lo constituye la procesión; todo es belleza, arte monumental, orfebrería, fe, religiosidad, pero también tiene especial importancia la representación. En un principio las actuaciones se hacían dentro del Templo, como parte de la acción litúrgica, pero a partir del XVIII pasaron a la plaza pública. La escenificación era muy compleja por su lujo y fastuosidad inusitados. El pueblo asistía con pasión y con sentido teológico y estético. Era un pueblo teólogo.

1.- Los Autos Sacramentales.

Las palabras de la última Cena, «Tomad y comed, tomad y bebed, porque esto es mi cuerpo y mi sangre» *fundamentan la presencia real, verdadera y substancial del cuerpo y la sangre de Cristo bajo las especies de pan y vino; el término clave transubstanciación guía la reflexión teológica como lo expuso Santo Tomás en el Oficio del Corpus con el* Pange lingua*, himno eucarístico sublime; en él se han inspirado los dramaturgos de Auto-sacramentales.*

Los grandes protagonista del Auto-Sacramental son Dios, los hombres y los diablos, con sus aliados y antagonistas, con sus coros y anticoros.

Los personajes, que son ideas o elementos abstractos, actúan como seres animados, ideas que se encarnan, relacionándose con tipos modélicos de verdad, verosimilitud y ficción.

La alegoría es lo que caracteriza el Auto, pero en el centro está el misterio fascinante de la Eucaristía. La tradición cristiana cuestionaba los símbolos mitológicos para cantar y ensalzar el misterio del Altar. Así se expresan nuestros dramaturgos:

¡Y qué son autos! Comedias a honor y gloria del pan. Que tan devota celebra ésta coronada villa. Porque su alabanza sea confusión de la herejía y gloria de la fe nuestra, Todas de historias divinas.

Lope de Vega

Sermones puestos en verso, en idea representable, cuestiones de sacra teología que no alcanzan mis razones a explicar y comprender y al regocijo dispone con aplauso de este día.

Calderón

En definitiva podemos concluir y definir el Auto sacramental como la pieza teatral con música que usa las alegorías como forma de aludir a la Eucaristía, defendiendo los dogmas, que consideran el pan y el vino como verdadero cuerpo y sangre de Cristo, tal como lo enseña el Nuevo Testamento.

2.- Nuestros literatos cantan a la Eucaristía

Tirso de Molina humaniza de tal manera a sus personajes que convierte los auto- sacramentales en hagiografías.

◄ **El Colmenero Divino**

Aprovecha un argumento de Lope de Vega «El Pastor Lobo» y la canción «Pastorcillo nuevo». En líneas generales la obra es alegoría del Buen Pastor: el Buen Pastor (Jesucristo) apacienta el rebaño (Pueblo de Dios) y busca a la oveja pérdida (perdón) celebrando y alegrándose por la vuelta al redil (celebración eucarística). En este caso la figura del Pastor se cambia por el buen Colmenero, la oveja por abeja y el lobo por el oso. La abeja se deja tentar por el oso, pero al final logrará superar la caída y volverá a la colmena, obteniendo el perdón.

Predomina más la ternura y belleza estilística que la teología, junto a las formas líricas de la poesía popular. Hay influencias bíblicas, siguiendo escrupulosamente el hilo de la narración histórica.

Calderón de la Barca

Su imagen biográfica se presenta como el sabio que se retira del mundo. La religión es algo dominante en su vida, aunque no merezca los honores de la apoteosis cristiana. Él mismo se define:

Ni gloria que al mundo asombre, ni más aplausos, ni honor; sólo en el mundo, Señor, quiero vivir con mi nombre. A vos me entrego de

hoy más, que sois mi dicha, mi fe; del mundo, Señor, huiré para no volver jamás. Jamás porque su crueldad me sumió en dolor profundo; no medité que en el mundo sin vos no hay fe ni verdad.

◄ El gran teatro del mundo

Obra maestra, no sólo por sus valores filosóficos y teológicos, sino por su perfecta estructura teatral. Dentro de su sencillez y facilidad de comprensión contiene una teología y una altísima claridad literaria y poética. Imagina al mundo, donde cada uno tiene que representar su papel y donde cada uno recibe premio o castigo, según su trabajo.

En un juego escénico maravilloso Calderón desarrolla en cinco cuadros lo que los hombres han de hacer: «un diálogo con Dios, con el mundo, con reparto de papeles y representación de la comedia de la vida, presidida por Dios, desde la esfera celeste, que finaliza con el mundo, símbolo de la muerte, que despeja de sus atavíos a todos los actores, para terminar premiando a cada uno, según su actuación, mientras que se abre el globo celeste desde donde Dios convida a la cena eucarística a los que han representado bien su papel».

A la escena de las Postrimerías se une la adoración del Santísimo, con el canto repetido del *Tantum ergo*. Para completar este juego teatral simbólico aparece el apuntador, la conciencia, a lo largo de la obra, dejando oír su voz y dejando a salvo el libre albedrío.

Yo bien quisiera enmendar los yerros que viendo estoy; pero por eso les di albedrío superior a las pasiones humanas para no quitarles la acción de merecer con sus obras.

◄ La cena del Rey Baltasar

Los arcanos de la vida y de la muerte se traen a escena. Su protagonista: la Muerte.

El Pensamiento comunica a Daniel el matrimonio del rey con la

Idolatría; cosa rara, pues Daniel conocía el matrimonio del rey con la Vanidad. La coronación de la Idolatría es interrumpida por la llegada del Profeta que increpa al Rey. Baltasar, sin hacer caso, da un gran festín, usando y profanando los vasos sagrados, símbolo de la comunión sacrílega. Suena el estruendo de un terrible trueno y una mano escribe la frase fatídica, que interpreta Daniel para que quede de manifiesto el sacrilegio cometido.

Ese vaso del altar la vida contiene, es cierto, cuando a la vida se sirve de bebida y de alimento, mas la muerte encierra, como la vida, que es argumento de la muerte y de la vida y está un licor compuesto de néctar y cicuta.

Cerremos nuestra oración de mano de los artistas que han entrado en la intimidad del hombre en su debate entre humanismo y racionalismo, descubriendo los límites del hombre en su conflicto dialéctico, entre su yo y los demás, entre su conciencia y Dios.

No inventaban nada, sólo observaban y reflexionaban para fundir cultura y vida a través de sus personajes, llenos de humanidad, comprendiendo al ser humano en su peregrinación , iluminado por su conciencia y por el redescubrimiento de Dios en el espejo de la vida, y esbozando así una cosmografía teológica y literaria, en la que ve que como peregrino no va sólo, sino que se le ha unido el Gran Peregrino del Amor por la Encarnación y la Eucaristía, penetrando en los misterios divinos y haciéndose partícipe de la trascendencia

Oigamos a Tirso de Molina en el Colmenero divino:

> *Venid, mortales, venid, venid, venid, venid, que el pan de este trigo pan de ángeles es.*

Y a su vez Calderón completa el pensamiento:

> *Mortales, venid, el trigo que en Nazaret concibió una virgen para parirle en Belén. Mortales, venid, y veréis que el pan de este trigo Pan de ángeles es.*

Capítulo 12º

Congresos internacionales

San Pascual Bailón, Patrono de los Congresos Eucarísticos.

Una vida de *Pascua de Pentecostés* a *Pascua de Pentecostés* (1540-1592). De ahí su nombre.

Aprendió de sus padres a ser el más pobre de los pobres. Jamás dejó de atender a los necesitados aún a costa de su comida o de la de sus hermanos de religión, porque para él despedir a un pobre sin nada era despedir a Cristo con hambre. Desde los siete años a los veinticuatro fue pastor de ovejas, hasta que ingresó en los franciscanos en 1564.

No tuvo la oportunidad de ir a la escuela, pero su estímulo por el saber le hace autodidacta en el sector teológico y humanístico, siendo admirado y consultado por sus compañeros. Compuso obras teológicas y poéticas en alabanza al misterio de Dios y de la Eucaristía.

Pan divino verdadero/ sácame, Señor, de mí,
recíbeme, Dios, en ti/ que en ti vivo y en ti muero

Insistía que sin oración no podemos vivir para Dios, y así en sus destellos de intimidad contemplativa, estando en el monte con su rebaño caía de rodillas siempre que sonaban las campanas, anunciando la elevación de la Hostia en la Santa Misa... y cuando se sentía solo en la capilla ardía el fuego de su corazón hasta entrar en éxtasis, cantando, rezando en alta voz y danzando ante el Santísimo Sacramento.

Durante toda su vida sufrió incomprensión de sus hermanos en religión y lapidación e insulto de los hugonotes al ir en tiempos conflictivos a entregar unos documentos al Ministro General de la Orden Franciscana.

Soñaba con el martirio, de forma que en la bula de su canonización se lee: «falta el martirio a la cita, pero no el mártir». Gozaba consagrándose a las tareas más humildes; todos acudían a él a recibir sus consejos y enseñanzas.

Villarreal en vida y en muerte le tuvo como un santo. Dios quiso revelarse de un modo extraordinario aquel día que al elevarse la Hostia Santa, arrodillado levanta sus ojos al cielo y ve una estrella refulgente, en cuyo centro, radiante de luz y claridad aparece la Hostia Consagrada en una custodia, sostenida por dos querubines.

En la semana previa a Pentecostés apenas puede respirar. El pueblo entero desfila por su pobre lecho para recibir su última bendición. Muere el 17 de mayo de 1592, fiesta de Pentecostés, a la misma hora en que el repique de campanas anuncia la elevación de la Hostia Santa en la misa de la ciudad.

Fue beatificado por Pablo V en 1618, canonizado por Alejandro VIII en 1690 y nombrado patrono de los Congresos Eucarísticos por León XIII en 1897.

Ante el gran taumaturgo y consejero, loco por la eucaristía, San Pascual Bailón, nos preguntamos: ¿Qué es un Congreso Eucarístico?

1.- Origen y desarrollo.

Los Congresos Eucarísticos tuvieron su origen en Francia, en la segunda mitad del siglo XIX. Fue la señorita Emilia Tamisier quien, siguiendo la inspiración de San Pedro Julian Eymard, llamado el apóstol de la Eucaristía, dirigida por el padre Chevrier y animada por el Cardenal Marmillod, tomó la iniciativa de organizar, con la ayuda de otros laicos, sacerdotes, obispos y con la bendición del Papa León XIII el primer Congreso Eucarístico Internacional en Lille.

Su lema fue «La Eucaristía salva al mundo». En efecto, se creía encontrar la renovación de la fe en Cristo, presente en la Eucaristía, el remedio a la ignorancia e indiferencia religiosa.

Frente al laicismo que pretendía eliminar la influencia de la religión en la vida pública, los promotores buscaron movilizar a los católicos en torno a la afirmación solemne del dogma de la presencia real del Señor Jesús en la Eucaristía.

Los primeros congresos eucarísticos fueron inspirados por la fe viva en la presencia real de la persona de Jesús Resucitado en el Sacramento del Altar. Por consiguiente el culto eucarístico se expresaba especialmente en la adoración solemne y en grandes procesiones que manifestaban el triunfo de la Eucaristía. A la luz de los decretos de San Pío X sobre la comunión frecuente y sobre la comunión de los niños, ya en la preparación y celebración de los Congresos se promovían estos fines.

Informado el Papa León XIII de los resultados del primer congreso celebrado en Lille del 28 al 30 de junio de 1881, escribió a sus organizadores: *«Queridos hijos, llevad adelante vuestra obra y continuad buscando nuevos miembros. Propagad la institución a la que os dedicáis y esforzaos por encender en todos el fuego celeste que Cristo ha traído a la tierra y que quiere encender sobre todos, por medio de la Eucaristía»*.

Los 25 primeros Congresos (1881-1914) centran su atención en obras eucarísticas como la Adoración Nocturna, la Adoración Perpetua, las cuarenta horas...

Después de un intervalo de 8 años, a causa de la primera guerra mundial, en 1922 en Roma se celebra y se decide que su celebración sea cada dos años, a fin de promover congresos nacionales y diocesanos.

Con Pío XI los Congresos potencian su carácter internacional fijando como sede por turno a todos los continentes, adquiriendo así su dimensión misionera evangelizadora.

Siete años después de la segunda guerra mundial se organiza en Barcelona el XXXV Congreso Eucarístico Internacional.

Desde el 37º Congreso celebrado en Munich en 1960 los Congresos

Eucarísticos Internacionales se llamaron *Statio Orbis*, con la celebración de la Eucaristía como centro y vértice culminante de todas las actividades.

Después del Concilio Vaticano II, por medio de la constitución sobre Liturgia, la instrucción sobre el Misterio Eucarístico y el Ritual Romano sobre el culto eucarístico fuera de la misa, se perfilan los criterios para este acontecimiento, abierto a los retos del mundo actual y al diálogo ecuménico e intrarreligioso.

Con el Congreso de Lourdes (1891), centenario de los Congresos Eucarísticos, se acentúa el compromiso con el mundo y forman parte del congreso los simposios que se organizan a nivel internacional.

Con el Vaticano II presentan una nueva fisonomía como *Statio Orbis*, uniéndose así las iglesias particulares con el Papa o su Delegado para profundizar en el misterio eucarístico y en el compromiso que de él emana.

Congreso Eucarístico Internacional es una fiesta de toda la Iglesia en torno a Cristo, presente en la Eucaristía. La raíz del Congreso es el agradecimiento al Señor por haber dejado a los hombres el tesoro más valioso: la Eucaristía. Por eso toda la Iglesia se reúne para reflexionar acerca del misterio eucarístico, para celebrarlo, adorarlo y renovar su compromiso evangélico. Son como una estación o stop de oración y compromiso como homenaje de pública veneración y signo auténtico de fe, de caridad y unidad. Es un alto en el camino con el fin de que el mundo conozca mejor el misterio de la Eucaristía.

2.- Tres etapas en la celebración de los Congresos Eucarísticos Internacionales.

◄ **Un ayer. Preparación.**

El Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos Internacionales se propone hacer conocer, amar y servir cada vez más a Nuestro Señor Jesucristo en su Misterio Eucarístico, centro de la vida

de la Iglesia y de su misión para la salvación del mundo, promoviendo la celebración periódica de Congresos Eucarísticos Internacionales y la creación de comités nacionales para incrementar la piedad eucarística y programar las actividades a realizar bajo la aprobación del Papa.

◄Un hoy, celebración.

Un congreso suele durar una semana, culminando con la Statio Orbis, pues la celebración eucarística presidida por el Papa o por su legado como expresión visible de la comunión de la Iglesia Universal.

Las sesiones catequéticas y las reuniones espirituales y académicas sobre el tema propuesto van dirigidas al conocimiento más profundo del misterio y sus implicaciones en la vida personal, familiar y social.

Durante esa semana todas las iglesias particulares se unen espiritualmente expresando así la unidad del cuerpo de Cristo.

◄Un mañana. Después del Congreso.

Las delegaciones diocesanas y comités nacionales deben ser los animadores permanentes del culto eucarístico en el sentido amplio de la palabra: «celebración, adoración y vida» y mantener viva la llama de forma que los Congresos Eucarísticos no queden sólo en un hermoso recuerdo, sino que tengan continuidad pastoral con su renovado impulso misionero.

3.- Recapitulación.

Terminamos haciendo un recorrido telegráfico por los 48 Congresos Eucarísticos Internacionales para revisar en nuestra oración si han cumplido sus objetivos:

«El objetivo es dar a conocer, amar y servir a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, por medio de reuniones sociales, y trabajar para la

expansión del reino de Cristo en el mundo, a través de la oración, adoración y manifestación pública de la fe y por el estudio del misterio del Altar y su compromiso social».

-Los primeros 24 Congresos tuvieron un tema general. Fueron congresos de las Obras Eucarísticas, bajo los pontificados de León XIII y Pío X.

-En los nueve congresos bajo el pontífice Pío XI, se insiste en la instauración del Reino de Dios y la realeza de Cristo por medio de la Eucaristía y se hacen presentes los temas de la paz, de la misión, de la caridad y del testimonio de la Iglesia sufriente.

-Con Pío XII y Juan XXIII se insiste en los temas de la paz y de la vida.

-Con Pablo VI y Juan Pablo II se profundiza como responder a los retos actuales: *vida, familia, justicia, paz, libertad, evangelización desde Jesucristo Eucaristía, único salvador del mundo y luz y vida para el nuevo milenio*.

Triunfo de la Eucaristía (Murillo)

Estoy ante tu puerta, si me abres entraré
y comeremos juntos», en el Libro decía.
Montó su tienda hermosa al lado de la mía
y esperó a que le abriera la puerta que cerré.

Tú me quisiste siempre, yo en quererte tardé.
Tu presencia real, Jesús, nos envolvía.
Junto con mis hermanos te vi en la Eucaristía
y en tus brazos de Padre, rendida, descansé...

Con vestidura blanca, la inmensa muchedumbre,
lavada con tu sangre de inocente cordero
misericordia obtiene por mil generaciones.

Congregados en ti, en todas las naciones,
afirmamos que estás, mi Señor verdadero,
tocando el corazón del Mundo con tu lumbre.

Carmen Mari.

Ora ante el Sagrario

Nos reunimos a los participantes en los tres Congresos Eucarísticos celebrados en España, porque queremos darte nuestra humanidad, nuestro tiempo, nuestro cansancio y nuestro corazón roto, conscientes de que tú nos darás tu divinidad y tu eternidad con el aliento de un corazón nuevo.

1.- Himno del Congreso Eucarístico Internacional nº 22. Madrid. 1911.

Cantemos al amor de los amores, cantemos al Señor.
Dios está aquí, venid adoradores,
adoremos a Cristo Redentor.
Gloria a Cristo Jesús; cielos y tierras, bendecid al Señor;
honor y gloria a ti, Rey de la gloria,
amor por siempre a ti, Dios del Amor (bis).

Cantemos al Dios del Amor que está aquí. Unidos al pueblo elegido recitamos el salmo 135:

«Dad gracias al Señor, porque es eterno su amor».

Dios tiene tanto amor que comunicarnos, tanta alegría que compartir, tanta esperanza que anunciarnos que siempre ha buscado a portadores de sus sentimientos: son su boca, son su micrófono. Pero Dios no habla otro lenguaje más que el del amor, y el amor no es lenguaje de máquinas sofisticadas; del amor sólo se habla con el corazón. La Biblia nos recuerda que Dios rompió su silencio y desde sus primeras manifestaciones se presentó como un Dios misericordioso, clemente y celoso que hace misericordia por mil generaciones... y al llegar la plenitud de los tiempos San Mateo lo ve como perdón (Mt 18,21-35), San Marcos como el Hijo de Dios, cuyo oficio es perdonar (Mc 2,5),

San Lucas como Padre del hijo pródigo (Lc 15), y San Juan, perdido en ese océano inmenso de amor exclama: *tanto amó Dios al mundo que nos dio a su hijo unigénito* (Jn 3,16)... y al transmitirnos los latidos de su corazón afirma; Dios es amor (Jn 1,4-8).

Todo esto y más queremos decir al cantar al Amor de los amores y al sentir la cercanía de Dios en la Eucaristía; ¡Dios está aquí!

¡Amor! ¡amor! Es palabra, hecha realidad, que no ha dejado de estar a nuestro lado desde los albores del mundo, aunque durante esa larguísima noche, de millones de años, los hombres la han prostituido, creando unos dioses mitológicos, a quienes había que temer. Pero vino Jesús para acabar con esas viejas historias, con todos esos ídolos con sus máscaras aterradoras. No temáis; ¡Dios es amor!

2.- Himno del Congreso Eucarístico Internacional Nº 35 Barcelona. 1952.

De rodillas, Señor, ante el Sagrario,
que guarda cuanto queda de amor y de verdad.
Venimos con las flores de un deseo
para que nos las cambies en frutos de verdad.
Cristo en todas las almas y en el mundo la paz.
Cristo en todas las almas y en el mundo la paz.
Tiradas a tus plantas las armas de la guerra,
rojas flores tronchadas por un ansia de amor
hagamos de los mares y la tierra como un inmenso altar
como un inmenso altar.
Como estás, mi Señor, en la Custodia,
igual que la palmera que alegra el arenal,
queremos que en el centro de la vida
reine sobre las cosas tu ardiente caridad.

Entramos en la autopista de la vida, en esta operación retorno, después de tantos holocaustos y campos de exterminio, de tantas guerras injustas y terrorismo, de tanta violencia doméstica y tanto relativismo moral..., contemplamos sus tres carriles: *para las naciones desarrolladas, para los países en vías de desarrollo y para los pueblos del tercer mundo*.

¡El grito de igualdad, libertad y fraternidad suena a frase sin contenido! Pero lo que más hiere a nuestro corazón es ver a millones de seres humanos aparcados en el arcén, víctimas de la insolidaridad humana y de las estructuras de pecado.

¡Qué actualidad siguen teniendo las escenas de la obra literaria de Tolstoi «Guerra y paz».

Aún seguimos oyendo la voz del profeta Jeremías: *Paz, paz, cuando no hay paz* (Jer 6,14).

Con razón Eisenhower denunciaba el crimen absurdo provocado por el desequilibrio entre lo que se dedica a la vida y a la muerte: millones de dólares para armamentos y una miseria para la promoción del mundo subdesarrollado. Cada cañón que se fabrica, cada barco de guerra que se bota, cada cohete que se dispara significa un robo a los que están hambrientos y desnudos.

¡Cuánto dinero, cuánto sudor humano y cuánta investigación científica dedicada más a la política de muerte que a la vida! ¡Ojalá supiéramos traducir al momento presente la súplica del profeta Isaías: *forjarán de sus espadas arados y de sus lanzas podaderas* (Is 2, 4)

Visitamos Asís y con San Francisco cantamos:

Hazme instrumento de tu paz, / donde haya odio lleve yo tu amor,/ donde haya injuria tu perdón, Señor, / donde haya duda, la fe en ti/...

Maestro, ayúdame a nunca buscar / querer ser consolado, sino consolar / comprendido, sino comprender, / ser amado, sino yo amar!

Volvemos a Asís y, en el encuentro de los representantes de las grandes religiones del mundo con Juan Pablo II nos comprometemos:

> «*Para construir la paz es necesario amar al prójimo, respetando la regla de oro: haz a los demás lo que quisieras que te hicieran a ti. Por eso condenamos cualquier recurso a la violencia y a la guerra y nos comprometemos en trabajar por erradicar las causas del terrorismo y en educar en el respeto y estima recíproca para hacer posible una convivencia pacífica, fomentando el diálogo sincero entre los pueblos, como premisa de la auténtica paz, defendiendo la carta magna de los derechos humanos, perdonándonos mutuamente nuestros errores y prejuicios.*
>
> *Reconocemos que la paz sin justicia no es auténtica paz. Nos hacemos solidarios de la causa de los débiles y seremos la voz de los que no tienen voz. No nos cansaremos nunca de proclamar que la paz y la justicia son inseparables y que la garantía de la paz no es la fuerza. ¡Nunca más violencia. Nunca más guerras. Nunca más terrorismo!* (24 de enero 2002)

A esto estamos llamados todos los hombres de buena voluntad, como afirmaban los obispos en 1986: *Seamos constructores de paz, apostando no por el principio: Si vis pacem, para bellum (Si quieres la paz, prepara la guerra), sino por el axioma: Si quieres la paz, trabaja por la paz.*

Observa que el saludo del resucitado, presentando el trofeo de su triunfo, sus llagas gloriosas, siempre es el mismo: La paz con vosotros, y la misma liturgia, antes de la comunión, nos ofrece la paz, rogando al Señor que no tenga en cuenta nuestro pecado, sino la fe de su Iglesia.

Nos unimos a las voces juveniles para cantar:

Paz, Señor, en el cielo y la tierra,/ paz, Señor, en las olas del mar,/ paz, Señor, en las flores que mueve/ sin saberlo la brisa al pasar./ Tú que

has hecho las cosas tan bellas/ y les has dado una vida fugaz/ pon, Señor, tu mirada sobre ellas/ y devuelve a los hombres la paz./Paz, paz, paz y amor, paz, paz, paz, Señor.

3.- Himno del congreso Eucarístico Internacional nº 45 Sevilla. 1993.

Proclamemos el Reino de la vida, aclamemos el triunfo del Señor, celebremos ya, todos reunidos, el banquete de paz y del Amor. ¡Cristo, luz de los pueblos, aleluya! ¡Cristo, luz de los pueblos, Pascua y Liberación!

Por todos los caminos de la tierra llegamos hasta ti

Cargados de pesares y esperanzas te buscamos a ti.

Tu mesa es nuestro mundo; el pan multiplicaste,

tu vino nos alegra el corazón.

Haremos de esta tierra ya tu casa, la nueva humanidad.

Unidos los hermanos brindaremos con tu vino y tu pan.

Revestidos de gozo, cantaremos la vida que nos ganaste en tu resurrección.

◄**Eucaristía y Evangelización.**

Invitado San Pablo a esta convivencia nos hemos atrevido a hacerle esta breve entrevista.

□¿Cómo se explica que de perseguidor de cristianos te conviertas en apóstol de los gentiles?

Muy sencillo, los caminos de Dios son un misterio. Iba yo camino de Damasco para llevar a prisión a los seguidores del Nazareno, cuando

de repente una luz potente me dejó ciego y oí una voz que me decía: Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues? En ese instante comprendí que Cristo y la Iglesia son una misma cosa, por eso no pude menos que decir: ¿qué quieres que haga?

Guiado por la gracia, Ananías me impuso las manos, convirtiéndome en un apóstol más. (Hch 9)

□ Entonces, ¿Te atreverías a presentarnos tu hoja de servicios?

Ya me vi obligado a hacerlo en Corinto ante la labor destructiva de algunos pseudocristianos: Presumís de que sois hebreos, descendientes de Abrahan y ministros de Cristo. ¡También yo lo soy!... y si confieso la verdad, yo soy más que vosotros.

Más trabajos, más fatigas, más cárceles, más peligros en los ríos, en el mar, en la ciudad...; muchas veces fui apedreado y azotado. Sufrí insomnios, hambre, sed y frío...Me vi tan perseguido que en una ocasión me hice descolgar en una espuerta por un muro porque intentaban matarme.

Y todo esto lo sufrí por el amor que le tengo a Jesús, mi Señor, y a los hombres, mis hermanos (2Cor 11).

□ Después de este curriculum vitae me siento impotente para seguir entrevistándote, pero, por favor, ¿de dónde procedía tu fuerza?

Sólo te puedo decir que si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?¿Quién nos va a separar del amor de Cristo? Ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni la espada, ni la vida, ni la muerte podrán separarme del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús.

Disculpa, Pablo, que use tu testimonio en esta entrevista-ficción, para iluminar el himno del Congreso de Sevilla.

◄ **La Iglesia de Jesús ante los grandes retos actuales.**

A la queja de Jeremías ante Yahvé responde Ezequiel que Dios nos pedirá cuenta de nuestras negligencias, ante tantos bufones y cantamañanas (Jer 1,5-6; Ez 33,70)

¿Tiene Dios sitio en nuestro mundo?

Solemos caer en la tentación de que los tiempos pasados son mejores que los presentes. El Eclesiastés condena la postura escéptica con estas palabras: no preguntéis por qué los tiempos pasados son mejores que los de ahora, eso no lo pregunta el sabio (Ecl 7,10).

La modernidad, negando a Dios como valor absoluto, ha creado sus propios valores -ciencia, técnica, revolución- sustituyendo así la verdad por el pensamiento débil y fragmentado.

El hombre audiovisual de la TV, del móvil y de Internet va perdiendo la facultad de pensar y su memoria histórica.

□ Podríamos resumir los desafíos con los que se enfrenta la evangelización en estos enunciados:

La verdad frente al pensamiento débil.

El anuncio de Jesucristo frente a los nuevos ídolos.

La persona y la familia frente a las técnicas reproductivas y a la desintegración familiar.

La defensa de la propia identidad frente al relativismo reinante

La comunicación frente a la revolución informática.

La ecología de un Francisco de Asís frente a la desertización del continente.

Una respuesta a estos retos, desde la fe, se basa en la esperanza y en el amor.

La alternativa a la crisis cultural puede darse en el diálogo entre fe y cultura.

El fracaso de los mitos de la modernidad, que obliga a la razón a renunciar a su vocación de buscar la verdad, se vuelve contra la misma razón, que se contenta con verdades a medias y lleva a los más horrendos genocidios.

¡Qué difícil es reconciliar la fe con una cultura que renuncia a la verdad!

Con la postmodernidad han regresado los dioses triunfalmente, pero no el Dios de Jesús. En este magma o supermercado religioso, donde cada uno se fabrica su propio dios, sólo hay una salida: «*el diálogo interreligioso en la búsqueda de nuevos caminos*».

Con las actuales técnicas reproductivas ya el hombre no es engendrado, sino fabricado y manipulado. Parece cumplirse la novela «*El mundo feliz*», de Huxley, dejando el hombre de ser sujeto para convertirse en objeto de laboratorio.

Con tantos matrimonios rotos y tantas leyes desintegradoras, de la familia, que hace del hombre prófugo y vagabundo es muy difícil vivir el Evangelio.

El olvido de nuestras raíces religiosas, en estas sociedades multiculturales y pluralistas, sólo a través del diálogo intercultural sin renunciar a la propia identidad ni a la memoria colectiva nos podemos liberar de la tiranía de la sinrazón.

El avance de los MCS, con su hipertrofia de medios y su atrofia de fines, nos dan más información pero no nos hacen mejores.

Las muchas incoherencias de la nueva conciencia ecológica y el fenómeno de la desertización preocupa a todos, pero nadie está dispuesto a renunciar a nada.

¡Ojalá hiciéramos nuestro el paradigma de San Francisco en su cántico a la creación!

Entremos en el laboratorio de la fe experimentando la fuerza de la fe, que hace posible para Dios lo que es imposible para los hombres. Nos falta confianza como a los apóstoles cuando la barca se hundía, olvidando que Jesús está en medio de nosotros.

□ Simplificando lo expuesto podemos afirmar que el desafío de fondo está en como insertar a Dios en nuestra sociedad, pues ni con la intolerancia ni con las posturas laicistas, que condenan a los que piensan de otra forma y que levantan hornos crematorios hay poco luz.

¿Dónde puede estar Dios en una sociedad que legisla contra el Derecho Natural y que no se inmuta ante tanto crimen e injusticia?

En general los hombres nos sentimos enfermos, sumergidos en una piscina, cuyas aguas están muy corrompidas por la dictadura del relativismo moral, el laicismo permisivo y la cultura de la increencia.

En un lenguaje familiar quisiera resumir este apartado, manifestando lo que observo:

Observo una profunda crisis de la persona y de la familia, deformación de la conciencia cristiana a través de tanta basura televisiva y actuaciones gubernamentales, población envejecida, con excesiva apatía, escepticismo y desilusión, presencia de inmigrantes con dificultades de integración, transformación de la geografía humana durante los fines de semana y periodo de vacaciones, con la multiplicación de hogares-dormitorio y carencia de atención religiosa, apostasía silenciosa de la juventud provocada por las corrientes hedonistas y nihilistas, poco interés por la formación religiosa y poca creatividad de foros y espacios de encuentro, descenso alarmante de la práctica dominical, pobreza de agentes de pastoral y apostolado asociativo a pesar de reconocerse su necesidad porque las personas pasan

pero las instituciones permanecen, debido a nuestro contexto cultural y a la alergia que sentimos a todo compromiso estable.

Pero, a pesar de este impetuoso viento de secularización, que amenaza con secar la raíz de nuestra fe, son muchos los signos de esperanza que deben animarnos a seguir trabajando por la causa del Reino. La vela de la esperanza aún no se ha apagado y con ella podemos encender las velas de la fe, del amor y del compromiso evangelizador.

Líneas de actuación evangelizadora.

El objetivo de nuestra acción pastoral es impulsar una nueva evangelización, fortaleciendo la vida cristiana con la consolidación de la comunión eclesial e integración de los laicos en todos los sectores pastorales, en solidaridad con los pobres y el mundo misionero, recuperando la vivencia del domingo.

Para poder conseguir este objetivo hay que erradicar las tinieblas del pecado y para ello necesitamos de Cristo, luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, como ya lo enseñaron Isaías, San Juan y San Lucas.

□Isaías profetizó que el pueblo, que caminaba en tinieblas, vio una luz grande; habitaban tierras de sombras y una luz brilló que sembró el gozo y la alegría, porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado y su nombre es Príncipe de la Paz. (Is 9,1-6)

□San Juan, en el prólogo de su evangelio, constató que vino a los suyos y los suyos no lo recibieron, aunque él era la luz de los hombres. En la fiesta de los Tabernáculos se presentó diciendo que Él es la luz.¡Ojalá que nos dejáramos deslumbrar por este foco tan potente, para que en todos viésemos a Cristo! (Jn 1 y 8,12).

□Y San Lucas, en la presentación de Jesús en el templo a los 40 días del nacimiento, oye a Simeón vaticinar que ese niño es la luz de todos los pueblos (Lc 2,32).

Pongámonos a soñar despiertos con Jesús y veremos que con las piedras de los muros viejos podemos construir puentes que faciliten el paso de un cristianismo conformista a una pastoral misionera, de una espiritualidad desencarnada a una vivencia militante, de una religión light y a la carta a una religión evangélica.

Reconozcamos que los esquemas preconcebidos son casi ineficaces para dar respuesta a las nuevas situaciones. No podemos quedarnos estáticos sin salir a la calle y llegar a los hogares con asambleas domiciliarias y tertulias de amistad, en un clima de escucha e interés por la persona.

No digamos que no tenemos tiempo. La mejor inversión de nuestro tiempo es dedicar algo de tiempo a los demás.

Gran obra de arte es dedicar horas y horas a la familia, a los enfermos, a los inmigrantes, a los marginados, a los amigos, a nuestra relación con Dios... ¡Nunca es tiempo perdido!

Es preocupante que después de la confirmación, muchos jóvenes rompan con la práctica dominical y que muchos matrimonios se instalen en el país lejano de la indiferencia. Por el bien de todos, de vuestros hijos y de nosotros, volved pronto, os esperamos y os necesitamos.

Piensa que todas las patologías religiosas tienen una matriz común: La desvinculación. Y para curar esta enfermedad tenemos que implicarnos todos con ilusión y esperanza.

Escuchemos el grito alarmante del apóstol: ¡ay de mí si no evangelizare!

Fijemos, pues, unos criterios pastorales y un programa de actividades, utilizando un lenguaje inteligible y un itinerario a seguir.

Hay que estar y saber estar en y con la comunidad, en una actitud de servicio y vida eucarística, convencidos de que la pedagogía de Dios no es la del milagro, sino la de la mediación.

Si Andrés, después de haber conocido a Jesús, no hubiese invitado a su hermano Simón a que pasara unas horas con el Maestro, tal vez no hubiese llegado a ser el primer Papa.

Los primeros auxilios en la vida normal son el boca a boca, y en la vida apostólica del tú a tú.

Aplica a tu vida cristiana la lección del profesor de ética que quiso enseñar como hay que planificar nuestra vida, ordenándola por prioridades..., y medita el caso del joven que busca a Dios y llora ante el Papa porque sólo le ofrecen palabras que no entiende (Libro de la parroquia año 2003 «*Dios a la vista*» págs. 16 y 19).

Si quieres ser coherente con tu fe, intégrate en alguna actividad cristiana para bien de todos.

◄ Son múltiples las iniciativas que podemos desarrollar en las distintas áreas apostólicas:

–Animadores de la vida comunitaria en el Consejo Pastoral. –Ministros de la Eucaristía, lectores y coro en el sector litúrgico. –Catequistas con un seguimiento evangelizador en torno a los sacramentos con los que crece nuestra vida cristiana. –Monitores del equipo joven consagrado a la atención a los adolescentes. –Visitadores y responsables de la caridad y de la pastoral de la salud. –Militancia en movimientos seglares y plataformas de divulgación con nuestra presencia en el pulpito de los MCS, en el uso apostólico de los móviles y del correo electrónico de internet.

No olvidemos que los niños son la mejor llave para entrar en las familias, cantera de futuras vocaciones y de colaboradores comprometidos. Ante la alergia acentuada a todo compromiso estable comencemos siempre por tareas muy sencillas y concretas.

◄ Concluyamos afirmando que en el centro de toda evangelización está la Eucaristía, celebrada, adorada y vivida.

Se inicia y se cierra santiguándonos: nos signamos en la frente, queriendo inscribir a Dios en nuestros sueños; grabar a Dios en nuestras ideas y pensamientos... Pasamos al pecho, deseando que nuestro corazón sea como el jardín donde crece el amor, la ternura y la felicidad, y cerramos la señal de la cruz de hombro a hombro como ventana abierta a todo el mundo y como bandada de palomas en pleno vuelo que nos trae la paz, bajo la brisa del Espíritu.

Suena con fuerza el amén como un sí de entrega total para expresar que estamos de acuerdo con el evangelio y con las exigencias de cada Eucaristía.

Nuestro sí es un creo en ti. Señor, me fío de tu Palabra, porque Tú no me engañas como lo hacen la publicidad, los discursos políticos, las ofertas prefabricadas por las mafias y por los charlatanes farsantes... Y ese creo en ti encierra un creo en el hombre hecho a tu imagen y semejanza, a quien has dado entrada en tu familia trinitaria.

Por eso nos repites: Id al mundo entero, a las grandes urbes y pequeñas aldeas y anunciad que yo, bajo las especias sacramentales, estoy con vosotros Resucitado.

Capítulo 13º

El Domingo, Día del Señor

Sin domingo no hay cristianismo.

Comenzamos nuestro trabajo con el salmista: «*Éste es el día que actuó el Señor*» (Sal 118,24).

Y es que el Domingo, por tradición apostólica, tiene su origen en el mismo día de la Resurrección. Celebramos el misterio pascual en el día que llamamos con razón «*Día del Señor*». Por eso, el Domingo es la fiesta primordial cristiana (S.C. 106). La Iglesia procura que los cristianos no asistamos a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que participemos consciente, piadosa y activamente fortaleciéndonos en la escucha de la Palabra de Dios y ofreciéndonos al ofrecer la Hostia santa (S.C. 47-48).

Como día de la alegría, de descanso y de la solidaridad debemos compartir nuestro tiempo y nuestros bienes con los demás; así convertimos el Domingo en el mejor foro de la caridad, de la justicia y de la paz que pone en marcha el mandato misionero. Intentamos estudiar el Domingo a nivel sociológico, eclesial y pastoral.

1.- Contexto socio-cultural

Condicionamientos sociales que modifican nuestros hábitos:

Nuevas manifestaciones de la cultura del ocio con los fines de semana en playa o chalets, inflación de actividades lúdicas y deportivas, horarios laborales y pluriempleo, laicismo y secularización, donde Dios es algo superfluo y obstáculo para el desarrollo (EN 55), da lugar al descenso de la práctica religiosa y pobreza de nuestras celebraciones.

Incoherencia o esquizofrenia religiosa: Afirmar que uno es católico, pero no practicante, defender los derechos del hombre y olvidar los derechos de Dios, pedir los sacramentos para los hijos y vivir muy lejos de la vivencia religiosa, creando así un drama en los hijos. No obstante han sido muchos los cristianos de ayer y de hoy que han aceptado la muerte antes que dejar la Eucaristía.

Ni cristianismo sin Domingo, ni Domingo sin Misa.

2.- Importancia del Domingo

Grandioso es el legado teológico que la Iglesia nos ha entregado sobre el origen del Domingo como día del Señor y día de la Iglesia.

Testimonios religiosos y profanos hacen referencia a esta tradición que hemos recibido del Señor. Contemplemos con fervor las asambleas programadas en Corinto, en Jerusalén y en Patmos para que recuperemos el contenido del Domingo, como día del Señor y de la comunidad creyente (1Cor 16; 11; Hch 2; 4; 20; Ap 1, 6-7); y analicemos con ilusión el informe que Plinio el Joven presenta al Emperador Trajano sobre las reuniones que celebran los cristianos y dan pie al crecimiento de sus comunidades.

El origen del Domingo hay que relacionarlo con el acontecimiento de la resurrección y con las distintas apariciones que tienen lugar en el primer día de la semana, en Domingo. Así durante los siglos I y II se configura el Domingo con las causas y motivos que lo crearon. Y pronto el Martirologio contará con mártires del Domingo en Abitinia.

En síntesis, el Domingo es una de las primeras instituciones cristianas: su nacimiento está en el hecho de la resurrección y apariciones de Jesús, y su desarrollo en la era apostólica, que consagraba el primer día de la semana a revivir la resurrección, mediante la reunión eucarística.

Así se ve claro que fue el Señor quien instituyó el Domingo, y no la Iglesia. Siempre se ha considerado la Eucaristía del Domingo como el corazón de la Iglesia, como cristianismo condensado y con Cristo compendiado en una acción sagrada.

Las coordenadas del Domingo hacen referencia al día de la Resurrección en la dimensión comunitaria de la fe y en la celebración eucarística.

Rastreando por toda la riqueza temática, que nos ofrece la literatura cristiana, se deduce la importancia del día del Señor como fiesta primordial religiosa.

Como Dies Dómini se hace eco de la obra creadora y liberadora de Dios, en cuyo vértice está Cristo como primicia de la nueva creación. El Yahvé y Adonai, «Yo soy quien soy» del A.T., en labios de San Pablo y Santo Tomás apóstol se convierte en «Señor», símbolo del señorío de Cristo sobre todo lo creado.

Diríamos que en esta confesión de fe, «*Jesús es el Señor*», hay un resumen de toda la teología del Domingo.

Bellísima es la descripción que San Justino hace del Domingo, como día del Sol, en línea con la semana planetaria greco-romana, recordándonos el cántico de Zacarías: «Nos ha visitado el Sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y sombras de muerte.

Y no menos bella es la imagen del día octavo, prefigurante en las ocho personas que se salvaron con Noé, y en el rito de la circuncisión, al octavo día del nacimiento, con su proyección de futuro escatológico, ya que con Cristo se inaugura la nueva creación.

Como día de la Iglesia marca el ritmo de nuestra experiencia cristiana.

Es el día de la manifestación de nuestra unidad y catolicidad; es el día de la Palabra que escuchamos y la hacemos vida como los discípulos

de Emaús; es el día de la Eucaristía, en la que participamos consciente y activamente, presentando al Padre, no nuestros méritos, sino al mismo Jesús, con quien nos ofrecemos (S.C. 48).

El pan disperso por los montes, del que nos habla la Didajé, en el siglo II, menú de pan fraterno que al reunirse se hace uno, como la Iglesia, compuesta por hombres de distintas culturas y razas forma un solo cuerpo.

La promesa de Cristo *yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo* se hace realidad.

La imagen de la Iglesia, descrita por San Lucas en los Hechos de los Apóstoles, toma fuerza en las reuniones domésticas y en el camino de Emaús, convirtiéndose estas escenas en paradigma para toda celebración dominical.

Con razón la Didajé nos increpa: corred con diligencia a vuestras asambleas. ¿Qué disculpa tendrán ante Dios aquellos que no se reúnen en el día del Señor para escuchar la Palabra y nutrirse con el alimento divino?

3.- Pastoral del Domingo

No se trata de saber, sino de saborear, de redescubrir la Eucaristía, sentándonos a la mesa de la Palabra y a la mesa del Pan compartido, haciendo un alto en el camino para recuperar fuerzas y respirar aires limpios, y sintiéndonos acompañados en nuestro duro avanzar, sin perder el ritmo sinfónico de la celebración.

La Eucaristía ha de ser la mejor fotografía de nuestra auto-estima, porque el pan que se comparte pierde su identidad para formar parte de quien lo come…; es el mejor relato de la fiesta de la alegría como en Caná…; es el mejor colofón de una vida abierta a todos, con sorpresa de un gran banquete que en su presentación nos entrega su testamento, «amaos, este es vuestro distintivo».

Hagamos un balance del curso, fijando la atención en el reto alarmante de asistencia y en las pistas a seguir en el próximo curso.

Procuremos que nuestras celebraciones no estén ajenas a la problemática del hombre (G.S.1)

Hagamos unas catequesis sistemáticas sobre el Domingo, reflexionando sobre el origen, su importancia, su celebración preparada y su contenido social como enfermos, familia, campañas, etc. De que nos va a servir este pan y vino si antes no abrimos los ojos al dolor del mundo.

Ayudemos a vivir el Domingo, transmitiendo contenidos y motivaciones, sugiriendo actitudes y valores.

El mandato «Tomad y comed» sirve de autopista para circular por las vías de la humanización. Los pueblos tienen hambre y sed de justicia, de solidaridad, de amor y de verdad…, y la Iglesia tiene que hacer frente a estos desafíos. Pan para todos en un mundo super-consumista; y fraternidad, al menos, entre los que comemos el mismo pan.

¿Cómo recuperar el sentido cristiano del Domingo?

Intentando que la Iglesia ***de*** misión sea también Iglesia ***en*** misión, o en otras palabras, sintiéndonos evangelizados y evangelizadores al mismo tiempo.

Epílogo.

¡Que nuestras eucaristías dominicales den cabida a todos nuestros problemas y a todas las personas con un corazón tan grande como el mundo, tan poblado como la tierra y tan abierto como el universo!

El profeta Isaías nos dice de parte de Dios: dejad de presentarme ofrendas que no sirven para nada; ¿qué esperáis que haga yo con todos esos sacrificios? Lo único que yo quiero es un corazón misericordioso.

Si en la obertura de un libro te encuentras con el prefacio…., si el día se inicia con el sol levante…, si el timbre te invita a que te abran la puerta…, si las ventanas dejan pasar el aire... ¡Que todo esto sea la Eucaristía Dominical de cara a la semana que comienza!

Antes de terminar esta danza de la felicidad saquemos del almacén de nuestros recuerdos, no viejas historias para dormir, sino esa multitud de marginados para interesarnos por ellos, ya que no podemos comulgar con Jesús, si antes no comulgamos con los hermanos.

San Juan categóricamente afirma que, quien dice que ama a Dios y desprecia a su hermano, es un mentiroso.

Y ya antes Cristo quiso identificar su rostro con el rostro de los hombres… *tuve hambre y me diste de comer. Lo que hiciste con esos hermanos conmigo lo hiciste*.

Fundación de la Orden de los Trinitarios (Juan Carreño)

Te quedas en el mundo,
Cuando creíamos ya que te marchabas.
Desde lo más profundo
Vimos que no olvidaba
Y por amor en Pan te transformabas.

El domingo triunfaste,
Con tu Resurrección nos has salvado
Y al fin nos convocaste
A volver a tu lado
Y celebrar el día a ti dedicado.
Acudo a tu reclamo,
A la fiesta feliz de tu llamada.
Acudo porque te amo,
Porque me siento amada
Por ti que me iluminas la jornada.

Carmen Mari

Ora ante el Sagrario

Mesa redonda sobre el Domingo, día del Señor.

Moderador.- Hoy intentamos descubrir la importancia del Domingo, día del Señor, oyendo los testimonios de creyentes y paganos, que, a instancia del Emperador, informan sobre las reuniones eucarísticas de los cristianos.

Plinio.- Soy historiador y gobernador de una provincia romana en Palestina. El Emperador Trajano sobre el año 120 me pide informes sobre esas reuniones cristianas; y yo, en pocas líneas, he contestado lo que yo y mis auxiliares hemos observado: que todos los Domingos se reúnen, a primeras horas, adorando a su Dios con cantos, oraciones y comiendo el pan; veíamos que el número de los seguidores crecía y que sus vidas eran ejemplares.

Moderador.- ¡No nos extraña! Pues esta tradición arranca del Señor: no es la Iglesia la que ha instituido el Domingo, sino el mismo Jesús. No recuerdas que el Resucitado solía aparecerse a los Apóstoles de domingo a domingo. Así pueden hablar Tomás y los Discípulos de Emaús, las piadosas mujeres y Pedro… Asimismo la primera historia de la Iglesia, escrita por San Lucas, nos describe cómo los primeros cristianos participaban en la fracción del pan.

San Justino.- Soy filósofo del siglo II, convertido al cristianismo. También quise informar a las autoridades en estos términos: el día, que se llama del sol, se celebra una reunión de todos los que viven en las ciudades y en los campos, y allí se leen los escritos de los profetas y de los apóstoles. Luego el presidente hace una exhortación e invitación a seguir esos pasos ejemplares; seguidamente eleva nuestras preces a Dios y presenta el pan y el vino, recita una plegaria de alabanza y acción de gracias y todo el pueblo responde: amén. Después viene la distribución

y participación que se hace a los presentes del alimento consagrado y su envío a los ausentes. Cada uno da de lo que tiene para ayudar a los pobres.

Moderador.- Son divinas estas enseñanzas. Ya San Juan en Patmos testimonia la costumbre de llamar al primer día de la semana día del Señor, con su pleno mensaje *Cristo es el Señor*. Así se cierra la primera creación con la santificación del descanso sabático, para admirar toda la grandeza de la creación…, y del sábado se pasa al Domingo, día en que Cristo resucitó, acontecimiento base de nuestra fe.

Mártires del Domingo.- Vivimos en Abitinia (África) sobre el año 304. El Emperador Diocleciano ha decidido acabar con el Cristianismo, hasta el punto de acuñar una moneda con esta inscripción *nómine christianorum deleto* (el nombre de los cristianos borrado de la historia). Estábamos convencidos de que no hay Cristianismo sin Domingo y de que el corazón del Domingo es la Eucaristía. Fuimos sorprendidos en una celebración, y nos llevaron al Procónsul y a los tribunales. Ante la admiración del juez, por nuestra alegría y nuestra paz, nos interroga: ¿Es que no conocíais el edicto del Emperador? Sin miedo, yo, Célica, tomé la palabra y dije: *somos cristianos y por eso nos reunimos*; Saturnino, lleno del Espíritu responde: *hemos celebrado tranquilamente el día del Señor, porque el día del Señor no puede omitirse*; y mientras atormentaban al sacerdote, saltó Emérito, lector: *nosotros no podemos vivir sin celebrar el misterio del Señor*.

Moderador.- Observaréis que estos ejemplos son de ayer y hoy. Con espíritu diabólico hoy se intenta más hacer apóstatas que mártires, porque la sangre de los mártires es semilla de cristianos.

El Concilio Vaticano II habla así: *la Iglesia por una tradición apostólica, que tiene su origen en el mismo día de la Resurrección, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón día del Señor o Domingo*.

Y es que la Misa es el compendio del evangelio de Jesús, la renovación del pacto o alianza de amor y perdón, síntesis de vida cristiana, itinerario permanente de pedagogía eclesial, alma de nuestro existir cristiano, peregrinación de la Iglesia hasta el Domingo sin ocaso.

Que antes de irnos, un catequista nos explique el drama que se crea en la educación, cuando se da ese divorcio entre la preocupación de los padres por la formación religiosa de sus hijos y su ruptura con la práctica religiosa.

Catequista.- Es de alabar vuestro interés por el deporte, el inglés, el contacto con la naturaleza; ¡todo eso es bueno! Pero no está reñido con vuestra asistencia a Misa. De verdad que sin Misa de domingo no debería haber primera comunión. La mejor preparación para la gran fiesta de la comunión es vuestra presencia en misa con vuestros hijos.

Dejad a un lado los complejos y gastos superfluos ¡Que San Pablo se ve obligado a decirnos como en Corinto: esto no es lo que quiere el Señor! ¿Qué hacer ante esta realidad? Lo que hacía Jesús: rezar e invitar a buscar la felicidad.

Moderador.- Hay que terminar, pero antes oye al Papa en su carta *El día del Señor*: el Domingo es el día para vivir la fe y compartir las alegrías en familia; el domingo es la gran escuela de caridad, justicia, paz, solidaridad.

Que no haya en nuestra vida un Domingo sin Misa ni una Misa sin espíritu festivo.

Catequista.- Permitidme cerrar nuestra reflexión con esas notas emocionantes y expresivas de una liturgia etíope, donde la asamblea vibraba en su diálogo en el momento de la consagración:

- Habiendo resuelto entregarse a la muerte por la vida del mundo

. Creemos que es verdad. Amén.

- Tomó pan en sus manos santas, puras, bienhechoras y vivificantes

. Creemos que es verdad. Amén.

- Levantó los ojos al cielo hacia Ti, su Padre y Señor del Universo. Dio Gracias.

. Amén.

- Bendijo.

. Amén.

- Lo santificó.

. Amén, amén, amén. Creemos, glorificamos, confesamos.

- Lo partió y lo dio a sus amados apóstoles, diciéndoles: Esto es mi cuerpo, que será quebrantado y entregado por muchos en remisión de los pecados. Haced esto en memoria mía.

. Creemos que es verdad. Amén.

Capítulo 14º

La Misa paso a paso

Celebración de la eucaristía.

Piensa que a través de lo visible como palabras, objetos, gestos y signos se llega a las realidades misteriosas e invisibles de la Misa. Intentamos sacar de nuestras experiencias religiosas lo fundamental de nuestra fe. Iniciemos, pues, nuestro trabajo con las palabras de Cristo en la Última Cena: «*ardientemente he deseado celebrar esta Pascua con vosotros antes de ir al Padre*».

1.- Ritos iniciales.

La comunidad recibe al Sacerdote de pie y el sacerdote se acerca al altar, revestido con los ornamentos sagrados (traje de fiesta en el mundo romano que adopta la liturgia en el siglo VIII).

Cuando ya llega al Presbiterio, besa el altar, y… **¿por qué lo besa?**: porque representa a Cristo y a él vendrá Jesús dentro de unos minutos; es un signo de amistad con Jesús.

Y ¿por qué hacemos la Señal de la Cruz? Porque la Misa es la actualización del sacrificio de Cristo en la Cruz, que se realiza bajo la mirada de la Santísima Trinidad.

Se nos invita a reconciliarnos con Dios en el acto penitencial y **¿sabes por qué golpeas tu pecho en el lado izquierdo?** Porque ahí está el corazón; y así como para llamar a una puerta la golpeas, tú das golpes a tu corazón diciéndote: «*cambia de vida y busca tener a Dios convirtiéndote*». Como los ciegos del Evangelio exclaman: «*¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí*! (Mt 20, 30).

Recitamos el gloria, himno de glorificación a la Trinidad, que arranca del siglo I, como leemos en la Didajé.

Termina este rito con una oración breve, llamada colecta, porque recoge las intenciones de los que participan en la Eucaristía: Tú ofreces al Padre la vida, pasión y muerte del Señor y a su vez le pides a cambio que Te conceda lo que le pides. Y todo cuenta con la firma, garantía y sello de la Trinidad.

2.- Liturgia de la Palabra

Sentados en la mesa de la Palabra, la lectura meditativa se convierte en diálogo que reclama una respuesta. Dios habla y el pueblo escucha, responde y acepta.

Esta primera parte de la Misa se remonta al culto de la Sinagoga, donde se leían la Ley y los Profetas... y nos trae a la memoria el cuadro de dos de sus discípulos en su camino hacia Emaús (Lc 24,27).

A los dichos populares: «*una cosa es predicar y otra dar trigo…; obras son amores y no buenas razones...; la palabra debe mover el corazón y no los asientos*»...

◄ Respondemos:

- **con Jesús**: que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

- **con María**: hágase en mí según tu Palabra;

- **con Pedro**: ¿dónde iremos, si tú tienes palabras de vida eterna?;

- **con el Vaticano II:** que los tesoros de la Biblia enriquezcan nuestras celebraciones.

Y ante el peligro del Ritualismo, que vacía de contenido y sentido el rito, hay que oír la voz de los Profetas que como proyectil, desde fuera, rompen la muralla que nos impide relacionarnos con Dios (Is 1,13 ss), exponiendo la vida a la muerte, como en el caso de Jeremías, o al destierro como Amós (Jer 26; Amós 7).

¡Que la palabra no pierda su fuerza, dejándonos domesticar, sin interpelaciones!; ¡que nos hable Dios y viviremos!; ¡que nos hable Cristo y viviremos cristianamente!; ¡que nos hablen más de Dios y menos sobre Dios!; ¡que evitemos misas cabezonas, con muchas palabras, y poca oración, con mucha cabeza y poco cuerpo!

Sin miedo hay que proclamar la Palabra de Dios y hemos de recibirla como rocío y lluvia que como semen divino fertiliza nuestras vidas... y como semilla cae en tierra y produce el ciento por uno (Mt 13).

Dejémonos interpelar por la homilía de Jesús en Nazaret: «*el Espíritu me ha ungido para curar a los enfermos, evangelizar a los pobres y conceder un año de amnistía a todos*». El hoy de Jesús se cumple en cada Eucaristía.

El Vaticano II nos recuerda que la liturgia de la Palabra consiste en hacer unas lecturas bíblicas, que después son comentadas, para terminar con el Credo y las preces de los fieles. En un comienzo se leían pasajes bíblicos, pero ya en el siglo VIII se ordenaban las lecturas según el misterio que se celebraba. Hoy la primera lectura está tomada del A.T. a la que se responde con ese poema o salmo responsorial; la segunda ofrece secuencias del N.T. y en la tercera se proclama el Evangelio, que escuchamos de pie, expresando así que estamos dispuestos a hacerlo guía en nuestro peregrinar por la tierra.

Se ofrecen tres ciclos para poder leer lo fundamental de la Biblia cada tres años: en el **ciclo A** escuchamos a San Mateo, en el **ciclo B** a San Marcos y en el **ciclo C** a San Lucas; San Juan deja oír su voz todos los años, especialmente en Cuaresma y Pascua.

Comprendamos que éste es el momento, no de hablar de Dios, sino de escucharle. El mismo Cristo por su palabra se hace presente entre nosotros; y esta Palabra la hacemos nuestra por nuestra adhesión a ella, por la profesión de nuestra fe y por nuestra súplica por la Iglesia universal y el mundo.

Al afirmar que es Palabra de Dios respondemos que queremos alabar a Dios, poniendo en práctica esa palabra de vida.

Con el Concilio, en la Constitución sobre la Biblia, decimos que la Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues, sobre todo en la sagrada liturgia nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo (D.V. 21).

3.- Liturgia eucarística

3. 1.- Ofertorio, Presentación de Ofrendas

Eucaristía y acción de gracias significan lo mismo: bendecir, dar la enhorabuena, felicitar y dar las gracias por un favor recibido.

El agradecimiento-bendición suele expresarse con unas palabras que van acompañadas por algún don como en el caso de Naamán ante Eliseo (2Rg 5,15).

La bendición de Dios es un bien-hacer; el hombre responde a los beneficios alabando al Señor… así Melquisedec bendice al Dios Altísimo de Abrahám (Gn 14,19).

Bien lo canta el salmo 134 en ese movimiento altanero de la bendición del hombre a Dios y de Dios al hombre. La Eucaristía, la acción de gracias, no sólo es verbal, sino que se materializa en la oferta de unos dones: pan y vino.

Bendito seas, Señor, Dios del universo, por éste pan y éste vino, frutos de la tierra, de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos. Ellos serán para nosotros pan de vida y bebida de salvación.

Con este gesto bendecimos la tierra fértil que acoge el grano de trigo y desarrolla la vid...; bendecimos el trabajo de todos los elementos y los hombres que han colaborado en su proceso: «*el sol, la lluvia, la luz que activa la función clorofílica, el movimiento de sístole y diástole en el corazón de nuestro sistema planetario, la semilla tomada de la cosecha*

anterior...»; y detrás de todo esto descubrimos al Señor, que fabrica el pan para sus hijos (Sal 65, 10-12). Nosotros lo ofrecemos y lo presentamos como fruto de nuestro trabajo: desde la sementera, desde el molino y el horno hasta el altar.

¡Cuántos trabajadores: campesinos, mecánicos, transportistas, horneros, repartidores etc! ¡Cuánta fatiga física, cuánto esfuerzo mental y cuánto servicio sencillo en ese trocito de pan que se consagra!

Y el vino, con su doble efecto de alegría y embriaguez, inaugura varias etapas de la historia de nuestra salvación. En su confección, en el silencio de su fermentación, entran en juego millones de microorganismos con su polifonía del buen gustar.

Pan y vino, elementos básicos: el pan es la prosa de cada día, el vino es la poesía, la música y la danza frente al ruido rutinario (Eclo 31,27). El vino es amistad y amor, que sabe a compartir como canta el autor del Cantar de los Cantares (Cc 1,2-4;2-4;4-10;7-10;8- 2)... y porque significa amor y tiene color de sangre representa sacrificio.

Ponemos la mesa e invitamos nada menos que al mismo Dios (Jn 6), pero el Señor invierte los papeles, transformando esa ofrenda en su cuerpo y sangre como leemos en el discurso del pan de vida, haciéndonos así consanguíneos de Cristo y ebrios del Espíritu.

¿Qué ofrecemos pues, con el pan y el vino? La suma de todos los avances naturales y sobrenaturales, lo grande y lo pequeño como alegrías, dolores, trabajo, diversión, etc.

La mezcla de la gota de agua con el vino representa a la humanidad que al fusionarse con Cristo se hace Cristo.

Por eso cuando el sacerdote nos invita a la oración comunitaria nos dice, «*Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro sea agradable a Dios Padre*».

◄ Mío: el sacrificio de Cristo, con su valor infinito.

◄ Vuestro: el sacrificio del hombre, con todas sus limitaciones, pero

al unirse al de Cristo adquiere esa dimensión sin límites. Ves como una Eucaristía está por encima de todas las promesas, a veces heroicas, que hacemos a los santos dentro de nuestra religiosidad popular.

◄ Y ¿por qué el sacerdote lava sus manos? No por razones higiénicas, sino por la exigencia de pureza interior que pide la celebración eucarística; y a su vez para poner en practica el mandato de Jesús en el lavatorio del primer Jueves Santo, indicándonos que el servicio es la savia que debe correr por toda Eucaristía.

Desde los primeros tiempos de la era cristiana hasta nuestros días hemos representado la Eucaristía con espigas de trigo y racimos de uvas.

Mientras se presentan las ofrendas se hace la colecta que se destina a obras de la Iglesia Universal, Diocesana o Parroquial, a caridad y misiones.

Con San Ignacio de Antioquia terminamos: ¡*dejadme! yo quiero ser grano de trigo en los dientes de los leones*.

3. 2.- Plegaria Eucarística

*** Anáfora**

Es la parte central de la Eucarística. Su origen está en el mundo judío y su trasfondo en la Cena del Señor con sus discípulos.

En España tenemos 13 plegarias eucarísticas diferentes, pero con unos elementos comunes, Es una oración contemplativa de alabanzas y acción de gracias, en la que podemos distinguir cuatro pasos: Bendición a Dios. Narración de lo que Dios hizo. Intercesiones. Doxología final.

*** Prefacio–Santo**

La acción de gracias se inicia con el Prefacio, expresando los motivos de nuestro agradecimiento, y, aunque la Iglesia estuviera vacía, ahí está toda la creación, desde los hombres de la tierra y del cielo hasta los ángeles.

Concluye con el Santo, tomado de Isaías en su primera parte, quien nos invita a participar en la liturgia celeste, glorificando a las tres

personas divinas; y la segunda parte se inspira en Mateo, Ezequiel y en los salmos (Is 6; Mt 21,9; Ez 2,12; Sal 18)

Como el Domingo de Ramos salimos al encuentro del Señor, cantando con fervor: ¡Hosanna, Bendito el que viene en el nombre del Señor!

*** Invocación, memorial, consagración, sacrificio.**

Epíclesis significa invocación o súplica al Padre para que envíe su Espíritu para transformar los dones y a los presentes en el cuerpo de su Hijo; así la invocación es doble: antes de la consagración sobre los dones (epíclesis-consagración) y después de la consagración sobre la asamblea (epíclesis-comunión). Éste es el verdadero Ofertorio de la misa, donde Cristo se ofrece y nos ofrece.

*** ¿Quién es el agente que realiza esta transformación?**

El sacerdote, que hace las veces de Cristo, extiende sus manos sobre la patena y el cáliz como descargando los pecados de la humanidad sobre esta víctima y al morir con El mueren nuestros pecados.

Por la fuerza de la palabra, por el poder del Espíritu y la acción de Cristo se hacen presentes bajo las especies de pan y vino el cuerpo y la sangre del Señor, actualizándose así el mismo sacrificio de la cruz.

Convéncete que no hay nada más carismático que la Eucaristía y que la plegaría eucarística abre las puertas y ventanas al Espíritu, que nos consagra en la unidad; y si consagrar viene de grex, (grey, rebaño, unidad), carece de sentido la celebración, si la unidad está rota.

La sangre de Cristo circula por el cuerpo, que es la Iglesia; así lleva a cada miembro, a cada célula el oxígeno y la savia eucarística.

*** Amnánesis significa Memorial**

Solemos decir: «*me viene a la memoria, lo tengo en la punta de la lengua*». ¿Qué ordenador conserva nuestro archivo de recuerdos? Nuestra

conciencia mantiene viva nuestra identidad en forma de crónicas, de fiestas y compromisos.

En Israel su memoria es la historia de un pueblo bajo la intervención divina, que se convierte en Ley (Sal. 78,3-7). Así el A.T. brota de la urgencia de contar su historia; recordarla es un deber grato y desmemorizarla es un delito; establecen fiestas para volver a su matriz y escudriñar sus raíces.

La Eucaristía como memorial de la muerte y resurrección de Cristo es un largo caminar entre el Cristo que vino y que vendrá. En su tono festivo se arraiga en el pasado y nos abre el futuro.

Y frente a la amnesia actual sobre el precepto dominical piensa que el carnet de identidad cristiana se centra en el domingo. No debe haber ningún domingo sin Eucaristía. ¡Y si somos de Cristo, seamos cada vez más como El! (1Ptr, 21).

* **Consagración**

Al fijar la atención en la Consagración-Transformación analizamos el término transformación: la preposición **Trans** significa cambio, mutación (trans-figuración trans-subtanciación), dejamos los esquemas fixistas y evolucionistas y nos fijamos en la transformación que Dios ha operado al irrumpir en lo humano hasta hacer realidad que el Crucificado sea el Resucitado y que la Eucaristía sea como el segundo Adviento o venida corpórea en Cristo glorificado que anuncia el Adviento definitivo…, es el encuentro de Cristo con la creación por el pan y el vino, y el encuentro de Cristo con los hombres en la comunidad cristiana, como garantía y anticipo de nuestra transformación.

Confirma este hecho el variado repertorio que define este misterio; cambio, mutación, transformación, santificación, transustanciación.

Asimismo la Eucaristía se presenta como sacrificio de holocausto y de comunión en cuanto es entrega total de Cristo al Padre y a los hombres.

Al no agradarle al Padre los sacrificios de victimas humanas, ni de animales ni de cosas Jesús entró en el mundo diciendo: «*Heme aquí para hacer tu voluntad*»… Y es que la obediencia suple con creces todo holocausto y sacrificio de comunión.

El sacerdote ha prestado su voz y sus manos a Jesucristo que como Dios, si un día dijo: «*hágase la luz*»… y la luz se hizo, ahora dice: «*éste es mi cuerpo*» y ese trozo de pan se convierte en su cuerpo. Al alzar la Hostia puedes decir con Santo Tomás: *¡Señor mío y Díos mío!* y al alzar el cáliz puedes repetir: *Sangre de Cristo, embriágame*.

Ya se ha realizado el milagro: acaba de llegar Jesucristo otra vez a la tierra. Con los ángeles de Belén, con los pastores y reyes magos póstrate y dale la bienvenida

* **Doxología final**

Tras la invocación al Espíritu Santo para que todos formemos un solo cuerpo, vivimos la comunión de los santos, acordándonos de todos los que peregrinamos por la tierra y de los que ya han ido al encuentro del Padre, bajo la mirada de la Stma. Virgen y de los Santos, que ya gozan del Señor.

Y el sacerdote cierra la plegaria eucarística elevando el cáliz y la patena, diciendo: «*Por Cristo, con El y en El hay que dar gloria al Padre en unión con el Espíritu*». Y es que Cristo es la única voz autorizada en el cielo que puede hacerse eco de nuestras alabanzas, acción de gracias y peticiones.

Nuestro Amén en un Sí a Dios y un sí a la oración que ha hecho el sacerdote en alta voz, en nombre de todos.

3.3.- Rito de la Comunión

Comencemos con la relectura de unos relatos bíblicos para pensar en el antes y después de cada comunión como acción comunitaria y testimonial, como compromiso solidario.

La viuda de Sarepta, fiándose de la palabra del profeta Elías, comparte su último pan, y Dios le asiste, asegurándole el alimento cotidiano en año de sequía y muerte (1 Rg 17, 10-16).

En el encuentro de Moisés con su suegro Jetró parece que estamos asistiendo a una proto-eucaristía, pues después de escuchar las hazañas obradas por Dios por la mediación de Moisés, la familia responde con una bendición al Señor por sus beneficios y ofrece sacrificios de comunión (Ex. 18, 8,12).

Un episodio cargado de fantasías y teología es el Maná con todas sus alusiones bíblicas como comida diaria en nuestro peregrinar por la vida (Ex 16,16m; Sab 16,20; Jn 6, 31-49)

También la tradición secular ha sabido aplicar la sabiduría personificada de los libros sagrados a Cristo que nos invita al banquete eucarístico (Sab 9,1-c; Eclo 24,18.21). El mismo Jesús insiste «*Tomad y comed, tomad y bebed… esto es mi cuerpo… ésta es mi sangre*»…

Y en la promesa en Cafarnaún repite que el que quiere ser amigo suyo tiene que comer su carne y beber su sangre (Jn 6, 53-54).

Volvamos a hacer un stop ante situaciones alarmantes: Con la plegaría eucarística Dios bendice la mesa; el manjar que Dios ha preparado para este banquete es lo más grande y exquisito que puede ofrecernos, a su Hijo: ¡Qué pena que Dios nos ofrezca este manjar y que nosotros pasemos olímpicamente! A un animal se le presenta su comida y salta de gozo para alcanzarla. Nosotros pasamos de largo.

Hoy se comulga mucho y se confiesa poco. Algunos olvidan que a la comunión hay que acercarse en gracia de Dios; a los muertos no se le dan alimentos.

Isaías poéticamente describe el marco de una comunidad que vive de cara a Dios (Is 11,1-9).

Iniciamos la preparación inmediata recitando el Padre Nuestro, síntesis y programa de vida cristiana. Jesús quiso resumir todos los dichos

y hechos de su vida en ésta oración, compendio de todo su Evangelio, que nos compromete a luchar por los valores del Reino, «*justicia, verdad, amor*», y nos invita a cumplir su voluntad que es el bien de todos, compartiendo solidariamente con los demás el pan material y espiritual, e imitando a Dios, cuyo oficio es perdonar.

Sigue con el gesto de la paz, don de Dios y saludo del Resucitado, rogando al Señor que no mire nuestros pecados, sino la fe de toda la Iglesia.

Inmediatamente viene la inmixtión: el sacerdote divide la hostia en tres partes, una para comulgar los que participan, otra para los enfermos y la tercera la introduce en el cáliz para recordarnos que la Eucaristía de hoy es como la de ayer para llegar así hasta la del Calvario; enseñándonos de esta manera que cada Eucaristía es la actualización de la misa solemne que el Señor celebró en la Cruz.

El celebrante nos muestra la Hostia consagrada, diciendo con S. Juan Bautista –que éste es Cordero de Dios que quita el pecado del mundo– y con San Juan Evangelista– que son dichosos los invitados a la boda del Señor (Ap 19,7).

A lo que respondemos con el Centurión: «*Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa….*»

Es verdad, repito, que no somos dignos de recibir a Jesús-comunión, pero apoyándonos en el criterio evangélico Dios nos invita a comer su carne para tener parte con El.

Se puede comulgar con la boca y con la mano, que es como el trono en forma de cruz donde se posa el Rey de los Reyes.

¡Qué maravilloso banquete! En vía natural el alimento se hace sangre nuestra, y, sin embargo, en la comunión no es Cristo quien se convierte en nosotros sino nosotros en Cristo. En esos instantes bien podemos afirmar con San Pablo: *no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*.

Si la hemorroisa, con sólo tocar el manto de Cristo, quedó sana,

¿por qué nosotros comulgando con tanta frecuencia no nos curamos de todas nuestras dolencias e imperfecciones?

4.- Rito de conclusión.

Hemos llegado al final: las compuertas se abren para dar salida a ese caudal de gracia; se abren en forma de cruz con sonido unitario, y es que santificación es igual a cristificación y cristificación igual a crucifixión.

La bendición bíblica encierra más poderes y compromisos que dones. En la aurora de la creación se traduce en un creced y dominad la tierra, y en la era cristiana pone el énfasis en esa aclamación que el pueblo hace de Jesús: «pasó haciendo el bien».

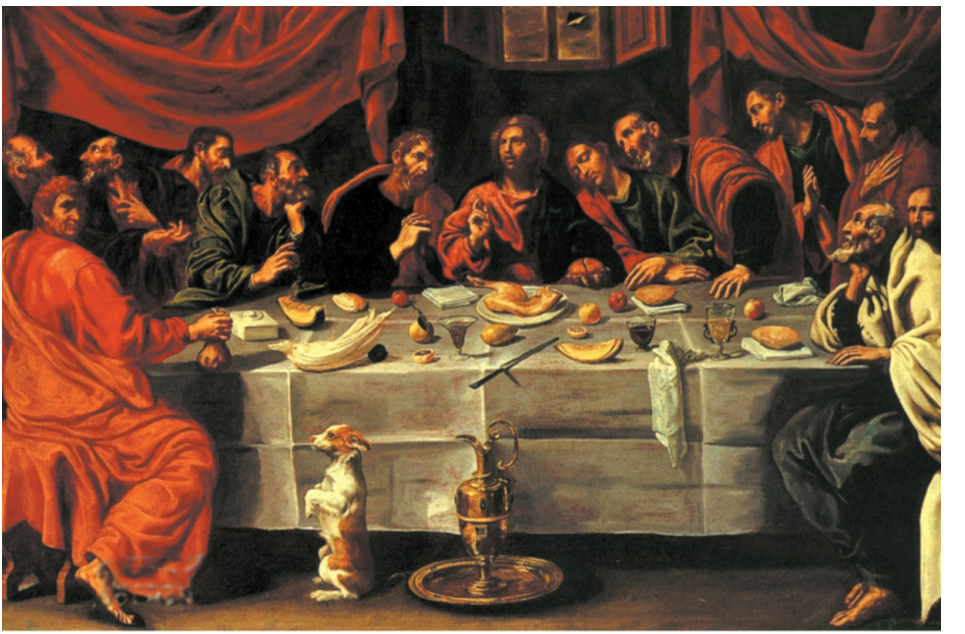
Hoy, después de esta Eucaristía, si bendecir viene de «*decir bien, hacer bien*», nosotros debemos pasar por la vida, haciendo bien lo que tenemos que hacer, y haciendo bien a todo el mundo.

Bendigamos a nuestro mundo, con los brazos extendidos como Moisés, para vencer a nuestros enemigos, y vivamos ahora la Eucaristía, cuya celebración ha terminado, siguiendo el ritmo del salmo eucarístico 138 y poniendo no en nuestros labios, sino en nuestra vida el canto del Magníficat y el espíritu de las Bienaventuranzas.

Como Jacob hereda de Isaac la bendición divina, así nosotros heredamos la bendición del Padre por Jesucristo, para poder escuchar su Voz: «*Venid, benditos de mi Padre*».

Vive, pues, tu Misa en tu casa y en tu trabajo, para que esta eucaristía celebrada sea una eucaristía vivida en la calle.

Cerremos este rito, citando textualmente la fórmula de bendición que Dios regaló a su pueblo: *Habló Yahvéh a Moisés y le dijo: Habla a Aarón y a sus hijos y diles: Así habéis de bendecir a los hijos de Israel, les diréis: Yahvéh te bendiga y te guarde, ilumine su rostro sobre ti y te sea propicio; Yahveh te muestre su rostro y te conceda la Paz. Que invoques así mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo les bendeciré*. (Num 6,22-27).



Santa Cena (Luis Tristán)

A ti, oh Dios, te alabamos,
a ti, Señor, te reconocemos eterno Padre,

A ti, los ángeles todos te honran.
Los querubines y serafines te cantan sin cesar:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo.

Los cielos y la tierra están llenos de la majestad de tu gloria.
A ti te ensalza el glorioso coro de los Apóstoles,
la multitud admirable de los Profetas,
el blanco ejército de los mártires.

A ti la Iglesia santa, extendida por toda la tierra, te proclama:
Padre de inmensa majestad,
Hijo único y verdadero; digno de adoración,
Espíritu Santo, Paráclito.

Tú eres el Rey de la gloria, Cristo.
Tú eres el Hijo único del Padre.

Tú, para liberar al hombre,
aceptaste la condición humana
sin desdeñar el seno de la Virgen.

Tú, rotas las cadenas de la muerte,
abriste a los creyentes el Reino del Cielo.

Te rogamos, pues, que vengas en ayuda de tus siervos,
a quienes redimiste con tu preciosa sangre.

Ora ante el Sagrario

Cuatro entrevistas sobre la Eucaristía.

1ª Entrevista. Importancia y significado de la Eucaristía.

Periodista: Permitidme que os presente al pescador y primer Papa, Pedro, a quien han seguido 275 Papas, Vicarios de Cristo en la Tierra, y Cabezas Visibles de la Iglesia.

A la vez he pedido su asistencia a un Cronista con el fin de que me ayude a situar la Misa en su contexto histórico y a descubrir sus raíces.

Como un testigo cualificado de las experiencias eucarísticas de la primitiva Comunidad Cristiana y a pesar de sus cobardías y negaciones, nos atrevemos a hacerle esas preguntas, que están en la conciencia de todos los presentes: ¿Qué es la Misa y para qué sirve?

Cronista: Para entender la Misa hay que situarse en su contexto histórico, hay que ir a sus raíces.

Este es el drama de nuestro mundo: «*que Dios lo hizo tan bonito que conforme iban apareciendo las criaturas va repitiendo el mismo piropo: y vio Dios que eran buenas*».

Pero el mundo dijo no a Dios, y así se entabla esa dura batalla entre el bien y el mal… El mundo dijo No a Dios, pero Jesús vence con el Sí al padre, entregándose libre y generosamente en la Cruz con su muerte y resurrección.

Los secuaces de Satán creyeron que crucificándolo ya habían vencido, pero ¡no! con su resurrección vence a la muerte. Ahí tienes ese puzzle con todas sus piezas para que lo compongas en cada Eucaristía.

Situados en este contexto, en esa primera Misa solemne del Calvario, ves que la Misa es la pieza fundamental para ganar la batalla a la muerte.

Ahí nos unimos a Cristo escuchándolo, comiéndolo, sacrificándonos con Él, dejándonos poseer por el Espíritu y anticipando la victoria final.

Periodista: ¡Bien!, entonces esos tres momentos –Jueves Santo, Viernes Santo y Domingo de Resurrección– son como un mismo hecho, que se actualiza en cada Eucaristía.

Pedro, ayúdanos a descubrir el significado y la importancia que tiene la Misa como centro y fuente de nuestra vida cristiana.

Pedro: ¡Bueno! Lo intentaré. Me ha preguntado ¿qué es la Misa para mí? Piensa que como Papa soy el siervo de los siervos; luego la Misa para mi es un servicio: servicio a Dios, a quien alabamos y damos gracias, y servicio a los hombres, por quien pedimos y nos comprometemos en la lucha por la justicia y por la implantación de la cultura del amor.

Recuerdo con emoción el gesto de Jesús en el primer Jueves Santo al lavarnos los pies; yo me resistía, pero comprendí al hacerlo Jesús y mandarnos que lo hiciéramos también nosotros, que el servicio es la savia que corre por toda Eucaristía.

Me viene a la memoria ese momento en que Antoine de Saint Exupery se ve sólo en el desierto del Sahara, porque su avión se ha averiado. La voz dulce de un niño le despierta, pidiéndole que le pinte un cordero. Lo intentó varias veces, y ante la negativa del niño «*eso no es un cordero*» termina dibujándole una cajita; y en su asombro, oye al niño: «*esto sí que es un cordero, que está dentro de esa caja*».

Así, en la Eucaristía, ese Cordero vivo que da su vida por nosotros permanece hasta hoy en ese estuche que desde el principio compusieron las primeras Comunidades Cristianas, que son los signos y gestos litúrgicos, que guardan la gran perla que es Cristo.

Periodista: Así que en la Misa bajo los signos de pan y vino, está el Jesús que vivió con nosotros treinta y tres años y que murió en la cruz y

que resucitó al tercer día. Sigamos, pues, nuestra entrevista, Pedro, ¿y para qué sirve la Misa?

Pedro: Observa que la Misa se inicia y se termina con la Señal de la Cruz y el beso del Altar. Así cada Misa es la actualización del Sacrificio del Calvario y el cauce por donde se nos comunica el Amor de Dios.

Cronista: Perdona, Pedro, que te interrumpa. Creo que el viaje rápido que he hecho por el mundo de las culturas da un poco de luz.

He visitado el Panteón romano y he observado ese enjambre de dioses, cuya ira era aplacada por los humanos con ritos sacrificiales; he leído la mitología griega, invención de los hombres... y no llego a entender la actitud déspota de los dioses, aplastando a los hombres, y de cuya condena quieren librarse a base de ritos mitológicos…; he recorrido también los pasos del pueblo hebreo con las ofrendas y sacrificios de objetos y animales, sobre todo del cordero, que inmolaba en las fiestas de la Pascua, recordando su liberación de la esclavitud de Egipto.

Ese ayer de romanos y griegos se reduce a puros ritos mitológicos; no así la celebración de la Pascua Judía, con su base histórica, figura de la verdadera Pascua de Cristo que pasa por la muerte y resurrección, librándonos del pecado. Ves que descubierto el qué de la Misa, perla en el estuche de los signos litúrgicos, esto puede ayudarte a entender que la Misa sirve de algo.

Periodista: Agradezco tu aclaración, pero quisiera que Pedro ilustrase su intervención con una reflexión tomada de nuestra vida cristiana.

Pedro: Creo que es profundo lo que voy a deciros, pero estoy seguro de que me entenderéis. Voy a pensar en alta voz.

Pienso que con el pecado se rompió nuestra amistad con Dios. Caímos y Dios pudo dejarnos tirados en la cuneta, pero es tan bueno que tendió su mano para levantarnos. Pero surge esta dificultad; la ofensa

no se mide sólo por lo que se hace, sino también por la dignidad de la persona ofendida; no es lo mismo herir al rey que a un hombre normal; y como la dignidad de Dios es infinita, necesitábamos una moneda infinita para saldar nuestra deuda. Para resolver este problema el cielo decreta la encarnación del Hijo de Dios. Ya tenemos el hombre que va a pagar y la moneda adecuada para levantar la hipoteca.

Podía hacerlo sin sufrir, pero viendo que estábamos condenados al dolor, quiso semejarse en todo a nosotros, menos en el pecado.

Así, libre y generosamente da su vida, porque nos ama. A Dios Padre no le agradan las ofrendas de productos agrícolas ni de animales, sino sólo el sacrificio de su Hijo, cuyo amor se hace sangre en el Calvario y creciendo los grados de su amor, su rojo vivo se hace blanquecina-hostia, para conformar nuestra vida a su imagen.

Ves como en la Misa el Espíritu va moldeando nuestro existir según el modelo que es Cristo y nos convierte en manantial de gracia.

Entra en un taller de herrería y contempla como el herrero transforma el hierro dando golpes sobre el yunque que antes ha puesto en la fragua, que brilla con su color rojo y que se transforma en blanquecino según suben las calorías.

Un día Elías, huyendo de la reina que quiere matarlo, cansado, se duerme bajo una retama y oye una voz que le dice: «toma y come, que el camino que tienes que recorrer es largo…».

En tu vida cotidiana, observarás como los automovilistas paran en las gasolineras para repostar combustible y seguir su viaje... Para nosotros, el Altar es la gasolinera donde nos llenamos de gracia y de amor de Dios para seguir nuestro camino hacia la felicidad.

Periodista: Disculpad que os hayamos robado estos minutos. ¡Que el cronista cierre nuestra entrevista!

Cronista: Después de oír a Pedro y con él a todos los Papas nos

damos cuenta que la Misa se inicia con Jesús y no terminará hasta que la humanidad retorne al Padre.

Por eso, con los discípulos de Emaús, decimos: «quédate con nosotros, Señor, en cada Eucaristía Dominical».

2ª Entrevista:

Los primeros Cronistas de la Eucaristía nos ofrecen los textos de la Institución.

Periodista: Comencemos presentando a los invitados. Recuerda que el Cristianismo nace en Palestina, pero ante la persecución llega a Antioquia, que se convierte en cuna del Cristianismo, centro misional de donde parten Pedro para Roma y Pablo para Oriente.

Marcos acompaña a Pedro como lo hacen los periodistas con el Papa en sus correrías apostólicas. Toma nota de todas sus catequesis; de forma que al Evangelio de San Marcos le podemos llamar el Evangelio Petrino.

Mateo es aquel publicano que, dejando la mesa de los impuestos, sigue a Jesús como Apóstol.

Pablo, de perseguidor de cristianos se convierte en el Apóstol de los gentiles. ¡Qué hoja tan completa de servicios presenta en sus cartas!. Va a ser el primero que, por escrito, nos describa cómo se hacía la Eucaristía en las primeras Comunidades.

Al lado de Pablo aparece Lucas, médico de profesión, quien, convertido al Cristianismo, es un gran misionero con Pablo.

Las Comunidades cristianas se autodefinen por la fracción del pan, que es como llamaban a la Eucaristía; y, aunque se evidencian dos líneas Mateo-Marcos y Pablo-Lucas, ambas apuntan a una tradición común, a Jerusalén, al Cenáculo donde Jesús celebró la primera Eucaristía, el día del Jueves Santo.

Con los términos «esto es mi cuerpo» afirma: este soy yo; con las palabras: «esta es mi sangre que será derramada para el perdón de los pecados» nos descubre la dimensión sacrificial de la Misa...; con «tomad y comed, tomad y bebed» nos invita al banquete de la Comunión…; y con «haced esto en memoria mía», hace alusión al pacto o alianza de Dios con los hombres actualizando este misterio hasta el fin de los tiempos.

Oigamos a nuestros invitados. Marcos y Mateo nos llevan a Jerusalén y Roma, y Pablo y Lucas a Antioquia y Corinto.

Marcos:

¡Cómo me emocionaba al participar en aquellas Eucaristías, presididas por S. Pedro en Jerusalén, en Antioquia y en Roma! En torno al Pastor se reunía todo el pueblo creyente y ¡qué profundo escalofrío sentíamos al oír las palabras de la consagración ¡Ahí toda la Iglesia naciente hacia la Eucaristía y cada Eucaristía hacía más Iglesia, pues el número de Cristianos crecía (Mc 14, 22-25).

Mateo:

Yo, Mateo, después de Pentecostés presidía muchas Eucaristías dominicales como el resto de los Apóstoles. Para mi y para los miembros de mis comunidades cada Misa era una llamada a la conversión y a trabajar por el Reino de Dios (Mc 26, 26-29).

Periodista:

Vibro de alegría al oír contar vuestras vivencias, pero tenemos poco tiempo. Por eso doy la palabra a Pablo y Lucas para que nos enseñen a vivir la Misa.

Pablo:

Yo, Pablo, que no merezco ser apóstol de Cristo, ha querido Dios que fuera el primero, sobre el año 55, en Corinto, que os transmitiera por escrito esta tradición recibida del Señor, sobre la Eucaristía. (1Cor 11, 23-25).

¡Corinto! Ciudad cosmopolita, muy pagana y con una Iglesia dividida. En un principio los ágapes que precedían a la celebración fomentaban la fraternidad, pero poco a poco se viciaron tan escandalosamente que se convierten en jueces de sus vidas. De ahí que San Pablo recuerde la tradición que ha recibido del Señor Jesús, autor de la Eucaristía. Esto explica que después de veinte siglos siga adelante, asistiendo millones de cristianos y la realizamos en más de trescientos idiomas.

Lucas:

Yo, Lucas, fui educado en la escuela de Pablo, con quien compartí muchos días de mi vida.

Cada Eucaristía me hacía pensar que lo importante para ser feliz es servir a los demás, con una opción preferencial por los pobres.

¡Qué viva conservo la estampa de los discípulos de Emaús, quienes conocieron al Resucitado al partir el pan!

En la primera historia de los Cristianos, los Hechos de los Apóstoles, os he dejado un esquema modélico de las reuniones eucarísticas y os describo varias celebraciones para vuestro bien (Lc 22,15-20; Hch 2,42).

Periodista:

Terminamos agradeciendo a los autores sagrados que hayan puesto en nuestras manos el estuche con el tesoro de la Misa.

Y a los pérfidos seguidores de la Masonería con sus campañas blasfemas y diabólicas contra la Eucaristía decimos con San Pablo que nada podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo; ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni las calumnias, ni la espada, porque si Dios está con nosotros, ¿qué nos falta?; pero si nos falta Dios, ¿qué tenemos?

3ª Entrevista.

Un encuentro con San Juan en Cafarnaún y con un converso, gracias a la Eucaristía.

Periodista:

Hoy escuchamos a S. Juan y a Scott en un diálogo sincero y sencillo para profundizar en la presencia de Jesús en la Hostia consagrada.

Juan como testigo directo en la Sinagoga de Cafarnaún nos recuerda las enseñanzas de Jesús, y Scott, profesor en un centro presbiteriano en América, nos contará cómo el estudio de la promesa eucarística en el Evangelio de Juan le creó una crisis religiosa escalofriante que les llevó a él y a su mujer a la conversión.

Juan:

Os invito a que me acompañéis por tierras de Cafarnaúm. Observad cómo Jesús levantó su mirada al cielo, bendijo aquellos seis panes y los repartió entre cinco mil personas sin contar a mujeres y niños. Es lo mismo que Jesús repitió en el Milagro de la Institución de la Eucaristía… y si pones atención en la Misa, verás que el Sacerdote, en nombre de Cristo, en el momento de la Consagración también eleva su mirada al cielo, bendice el pan y el vino que se convierte en Cristo y lo distribuye después en la Comunión.

Dos días después, el sábado, entramos en la Sinagoga de Cafarnaúm y participamos como hombres religiosos en el culto. Toma la palabra Jesús y oímos que nos dice: «os aseguro; si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. Este es el pan que baja del cielo, no como el que comieron vuestro padres y murieron; el que come este pan, vivirá eternamente… Después de esto muchos de sus discípulos se apartaron y no volvieron con Él. Por esto Jesús nos preguntó a los doce: «¿También vosotros queréis marcharos?»; y Pedro en nombre de todos respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna».

Scott:

Amigo Juan, tus palabras me han inquietado y me han cuestionado seriamente sobre mi vida religiosa. Sabes que nosotros no somos católicos y sólo admitimos la Eucaristía como símbolo; las palabras de Jesús que tú nos recuerdas en el capítulo Sexto de tu Evangelio como un discurso sobre el pan de la Vida me han obligado a estudiar días y días y a meditar horas y horas.

Después de tanto estudio y oración, vine a darme cuenta de que Jesús no podía hablar simbólicamente , cuando nos invitó a comer su carne y a beber su sangre; los judíos que le escucharon no se hubieran ofendido ni escandalizado por un mero símbolo. Además, si ellos hubieran malinterpretado a Jesús, tomando sus palabras de forma literal, mientras Él habla sólo en sentido metafórico, le hubiera sido fácil aclarar ese punto. De hecho, ya que muchos de sus discípulos dejaron de seguirle por causa de esta enseñanza, Jesús hubiera estado moralmente obligado a explicar que sólo hablaba simbólicamente.

También recuerdo que un día cometí una fatal metedura de pata: decidí que había llegado la hora de ir a una Misa Católica; me impresionó la sincera devoción de los asistentes. Escuchaban con atención las lecturas; me venían ganas de interrumpirles para decir: «mira esa frase es de Isaías, ese salmo es el salmo tal»... y al oír las palabras de la Consagración y contemplar la elevación de la Hostia, interiormente con Santo Tomás exclamé: «¡Señor mío y Dios mío!» ¡Todo me parecía fantástico! No había que esperar más, Dios me llamaba a entrar en la Iglesia Católica, gracias a la Eucaristía.

Periodista:

Me ha fascinado tu entereza y preparación. Me viene a la imaginación ese cuadro de la Última Cena que hay en un convento alemán, donde Cristo con la Hostia en sus manos, arropado por Lucero y Calvino, con firmeza dice: Esto es mi cuerpo, este soy yo, esto es

verdad… y a ti te imagino de rodillas repitiendo con el ciego Bartimeo: ¡Señor, que yo vea!

¡Qué triste se quedó Jesús al ver que el Joven rico, que tenía madera de santo, le volvió las espaldas por sus riquezas materiales! ¡Qué triste sigue sintiéndose hoy cuando tantos jóvenes claudican por snobismo, autosuficiencia, comodidad, por el qué dirán!

Con que facilidad olvidamos que las cosas importantes entran por el corazón, y que Jesús es el amigo que nunca falla y de quien nos podemos fiar.

Juan:

Ves hasta donde llega nuestra insensatez: el anuncio de la Eucaristía divide a sus discípulos, igual que el primer anuncio de la pasión los escandaliza. Eucaristía y cruz, piedras de choque para muchos.

Los tres sinópticos -Mateo, Marcos y Lucas- y Pablo ayer nos contaban el relato de la institución de la Eucaristía, y hoy yo, Juan, haciéndome eco del discurso de Jesús en Cafarnaúm, hemos cogido la antorcha olímpica para recorrer los grandes templos y capillas del mundo y encender esas lamparillas, signo de la presencia real de Jesús.

Periodista:

¡Qué pena tener que terminar! Ahora nos acercamos a este nuevo pozo de Jacob como la Samaritana, convertido en el venero de gracia para llenarnos de Dios… y también nos acercamos como la hemorroisa a esta clínica que cura todas las enfermedades. Cerramos nuestro diálogo con Juan, que cuando ya apenas podía moverse y hablar, repetía siempre lo mismo: «Hijitos míos, que nos queramos mucho».

4ª Entrevista.

Entrevista a varios miembros de nuestra comunidad parroquial sobre su experiencia Eucarística.

Periodista:

Nos vamos a contentar con un simple sondeo, siguiendo el itinerario de cualquier celebración. Oigamos a cualquiera de los Monitores de Arco-Iris, preguntándole porqué a los jóvenes se les convierte la Eucaristía en un *rollo inaguantable*, del que desconectan tan fácilmente.

Monitor:

Los jóvenes, en nuestros altibajos en la vida cristiana, es verdad que nos preguntamos: ¿Por qué hay que ir a Misa los Domingos? ¿Por qué nos aburrimos con tanta frecuencia? ¿Por qué tantos amigos nuestros han roto con la práctica religiosa?

Reconocemos, sin embargo, que si la Misa sigue en pie, después de veinte siglos, no puede ser invención de los hombres, cuando se celebra en más de trescientos idiomas y participan millones y millones de creyentes.

Periodista:

¡Bien! Ves que tus preguntas, más que preguntas son afirmaciones. Es necesario que vosotros los jóvenes, con vuestra presencia y participación en la Misa, dejéis de ser unos simples «quejicas» y deis a la Eucaristía el tono de fiesta que se merece con vuestra alegría.

Veamos qué opinan algunos de nuestros lectores, que tan generosamente prestan su voz y sentimientos en la proclamación de la Palabra y en las Moniciones, venciendo todo respeto humano y sin afán de protagonismo.

Lector:

Yo tengo una vivencia distinta. He observado que, al prestarme a leer, ha crecido mi deseo de conocer la Biblia: me he convencido de que la fe entra por el oído y hay que anunciarla a tiempo y a destiempo, he leído y releído el texto Bíblico para familiarizarme con él, y proclamarlo con la dignidad que pide este servicio; y así, poco a poco, me voy

imponiendo en la técnica de la escucha, consciente de que soy un pobre instrumento en las manos de Dios.

He imaginado a veces que soy ese peregrino extraño que acompaña a los discípulos de Emaús, ayudándoles a abrir los ojos de su fe y a descubrir el misterio de la fracción del pan.

Otro lector:

Perdonad y permitidme que os interrumpa. Conozco algo de la Biblia y conforme estabais hablando me venía a la memoria la figura de Moisés, firmando el pacto de Dios con su pueblo.

He observado que la estructura de la Misa está en línea con esa Alianza: primero, proclamamos la Palabra de Dios a la que respondemos con el Salmo y el Aleluya, y nuestro sí evangélico; a continuación, viene el Sacrificio, para terminar alimentándonos con la carne sacrificada y resucitada de Cristo.

Yo creo que no falla el esquema de la Misa -esquema propio de cualquier reunión festiva- donde comenzamos con el saludo y a continuación pasamos a hablar de lo que tenemos en común, para terminar compartiendo los manjares preparados.

Los que fallamos siempre somos nosotros.

Periodista:

¡Bueno! Aquí hay un Sacerdote. No nos gusta que esté tan callado. ¡Bien! ¿Qué nos dices de todo lo que estás oyendo?

Sacerdote:

¡Que a veces los sacerdotes hablamos demasiado! Apenas conectamos con los problemas de la comunidad, que deberíamos iluminar en nuestras homilías para mover los corazones. Olvidamos la homilía programática de Jesús en Nazaret, que se recoge en el Evangelio de San Lucas. En general, hacemos unas Misas muy «cabezonas» –por llamarlas de algún modo– con muchas palabras y muy poco cuerpo, con poco corazón y oración.

Periodista:

Creo que has dado en la clave. Nos olvidamos que estamos celebrando la vida con ese ramillete de penas y alegrías, de éxitos y fracasos… Cuando nos invitan a una fiesta –por ejemplo a un cumpleaños– siempre solemos llevar algún detalle. Pero, desgraciadamente, en nuestras eucaristías nos presentamos con las manos vacías.

Sacerdote:

Dicho con otras palabras… creo que estamos afirmando que al lado de una Misa, todos los sacrificios, hasta los más heroicos de nuestros devotos, valen poco. Entra de lleno en el corazón de la Misa y te convencerás de verdad. Reconoce que en la Misa no presentas al Señor tus méritos, que son muy pobres, sino al mismo Hijo de Dios, que ora por nosotros y se ofrece por nuestros pecados.

Periodista:

Supongo que ya comprendes el alcance de los temas que a continuación vamos a tratar, y que son la *Anáfora* o plegaria de acción de gracias o alabanza y la *Epíclesis* o súplica para que el Espíritu Santo, por medio del sacerdote que actúa en nombre de Cristo, convierta el pan en el cuerpo de Cristo.

Parece que el cielo de la Trinidad ha abierto un hueco y el Espíritu Santo dice al Sacerdote: «Pronuncia bien esas palabras creativas para que Dios se haga presente en el Altar».

Y para terminar, por la *Amnánesis* o Memorial de la Muerte y resurrección se actualiza la Misa solemne de Cristo en el Calvario.

Sacerdote:

Gracias a Dios estos términos ya no nos suenan a los cristianos *a chino*. Comprendemos su alcance y así como un ramillete de recuerdos de fe y amor, vivimos en profundidad la Comunión de los Santos, recordando a cuantos aún peregrinamos por este mundo, y a nuestros seres queridos que ya volaron a la Casa del Padre, en unión con María y

con todos los que gozan de Dios, avalando nuestra súplica por la voz de Jesucristo, única voz autorizada en los umbrales de la eternidad.

Perdonadme que haya sido «tan rollo»… Y es que yo no entiendo mi vida sin Misa y me gustaría que todas las personas que yo quiero tuvieran esta vivencia para convencerse.

Periodista:

Bien… ya que contamos también con varios Ministros de la Eucaristía, pidamos a uno de ellos que cierre nuestra entrevista hablándonos acerca de cómo debemos comulgar…

Ministro de la Eucaristía:

Como preparación para comulgar bien, rezamos el Padre Nuestro y nos damos el ósculo de la Paz. Al comulgar hacemos una profesión de fe con el «Amén, (creo que Jesús está en la Hostia consagrada que recibo)».

Periodista:

¡Sí, es cierto! El Padre Nuestro es como un resumen de todo el Evangelio… sus tres primeras peticiones, van dirigidas a Dios, y las otras cuatro restantes al hombre… Es el mejor programa de vida, ya que Jesús quiso resumir todo lo que hizo y dijo en esta oración. Nos exige ser hermanos y luchar por un mundo mejor.

Con el rito de la Paz, se nos insiste en que si tenemos algo contra el hermano, dejemos la ofrenda y vayamos antes a reconciliarnos.

Ministro de la Eucaristía:

…En un principio solían comulgar todos los presentes, pero en siglos sucesivos fueron enfriándose y así, en el siglo VI, la Iglesia prescribe la Comunión por Navidad, Resurrección y Pentecostés; y en el siglo XIII, en el Concilio de Letrán, se impone la Comunión por Pascua florida… hasta que viene San Pío X, quien ante las corrientes Jansenistas grita: ¡Cristianos, id a Jesús! ¡Comulgad con frecuencia!

Capítulo 15º

La Eucaristía y la transformación del mundo

Un prisionero por el año 1950, en un campo de concentración ruso, así relata su experiencia:

En el barracón donde yo estaba éramos todos católicos. Por eso los guardianes se ensañaban particularmente con nosotros, pero no podían privarnos del enorme consuelo de la misa. Había con nosotros un sacerdote, y todos los domingos, con infinitas precauciones, cuando ya se había dado el toque de queda y en el campo de concentración no se oían más que las voces de alerta de los centinelas y los aullidos de los perros policía, se levantaba pronto, se ponía en el centro del barracón y, sobre unas tablas, celebraba el Santo Sacrificio.

Nosotros lo seguíamos todo desde nuestras literas, sin rechistar, con un silencio profundo e impresionante. Allí no había nada: ni altar, ni manteles, ni ornamentos, ni misal, ni velas, ni, por supuesto, cantos o melodías de órgano. Sencillamente, el sacerdote, con su uniforme astroso de prisionero, un mendrugo de pan y unas gotas de vino en un vaso. Era un rato terrible de tensión, pero también de hondísimo fervor religioso. Casi todos llorábamos silenciosamente. De aquella misa nocturna sacábamos energía para resistir vejaciones, hambre y trabajos forzados y nos manteníamos firmes en la lucha por la justicia y la libertad. Cuando ahora asisto a misa, añoro la emoción de aquellas noches Eucarísticas.

◄ 1.- La Eucaristía, experiencia de amor y justicia.

Ante el hecho de que para muchos la Eucaristía es una evasión o tranquilizante y ante la realidad del cisma entre Sacramento del Altar y

Sacramento del Hombre, procede profundizar en la Eucaristía como experiencia de amor y justicia, basándonos en sus distintos nombres: «Cena del Señor, Fracción del Pan, Acción de Gracias y Memorial de Cristo Crucificado y resucitado».

• La Eucaristía como «Cena del Señor» es el compendio de la vida y mensaje de Jesús. Con razón San Pablo se enfrenta con los cristianos de Corinto, quienes el signo de la Comunión fraterna lo han convertido en antisigno (1Cor 11-20).

Cada celebración es una programación de la fraternidad y una exigencia concreta de justicia, ya que vivimos en una sociedad competitiva, dominada por el lucro y el tener, de la que nosotros somos constructores y víctimas al mismo tiempo. Así, pues, cada Eucaristía nos compromete en una especie de revolución de fraternidad y solidaridad.

• El nombre de «Fracción del pan», como la definían las primeras comunidades, es una llamada a luchar contra toda división entre los que tienen y los que no tienen. Todo pan partido es pan compartido, símbolo de unidad.

• La Eucaristía como «Acción de gracias» tiene sentido si reavivamos sus contenidos de fraternidad, justicia y amor. Es una burla entonar el Prefacio y pronunciar la Plegaria, si seguimos pisoteando la dignidad del hombre.

• Y como «Memorial de Cristo Crucificado y Resucitado» reafirma nuestra actitud de obediencia filial al Padre y de solidaridad con los pobres..., es vivir bajo el signo de la Cruz, poniéndonos al lado de los crucificados y no de los verdugos, en la esperanza de la resurrección, que nos lanza a luchar por la vida, allí donde reina la muerte, el hambre y la esclavitud.

◄ Siguiendo de cerca la Liturgia de la Misa, nos damos cuenta que realmente es fuente de justicia y de amor.

• El Rito penitencial nos pone en contacto con nuestra vida real de injusticia, insolidaridad y desamor.

• Al escuchar la Palabra de Dios nos cuestionamos sobre nuestra identidad cristiana y nos convencemos que es importante prestar atención a la Palabra de Dios, cuando se proclama, pero que también tiene su importancia prestar atención a lo que dice el mundo.

• La Oración de los fieles nos permite, por un lado, evocar conflictos, injusticias, marginaciones, miserias, que deshumanizan, y por otro, adoptar posturas abiertas y solidarias con lo crucificados de hoy.

• La Presentación de dones y colecta nos replantea la comunicación Cristiana de bienes.

• La Plegaria Eucarística nos pide desenmascarar las estructuras de pecado y trabajar por la instauración del Reino de Dios, es decir, construir un mundo solidario, donde reine el amor, la verdad y la justicia.

• La Comunión queda vacía de contenido, si no es exigencia concreta de amor y justicia. Sólo con una aptitud fraterna podemos acercarnos a comulgar y si nos damos antes la mano es porque estamos dispuestos a echar una mano a todo el que nos pueda necesitar.

Para algunos ser cristiano es sinónimo de ir a misa, cuando lo específico está en el seguimiento de Jesús, que nos descubre los valores del Reino; aunque la fe hay que celebrarla..., dejar la misa es romper con la comunidad y corre el riesgo de perder la fe.

2.- Eucaristía y libertad.

◄ La Iglesia en el año 1997 celebró el 46º Congreso Eucarístico Internacional en Woclaw (Polonia), tras la experiencia dolorosa de opresión y negación de la libertad..., como chispa que salta y prende en el corazón de la humanidad.

Ayer la libertad se sentía pisoteada por la tiranía de los sistemas

totalitarios, con sus genocidios y campos de exterminio; hoy, la libertad enferma, por la cultura actual, corre el riesgo de su falsificación por el liberalismo desenfrenado, por el síndrome del sentimiento del absurdo, del vacío existencial, de la agresividad brutal y por los sustitutivos de la verdadera libertad, como consumismo, hedonismo, sectarismo, falsa interpretación de los derechos humanos, al atentar contra la ley natural, con la consiguiente pérdida de la dignidad humana y la pretensión subjetivista de definir y decidir la verdad, la justicia y el moralismo.

En esta situación preguntamos con el salmista: «cuando los cimientos se desmoronan, ¿qué debe hacer un hombre justo?» (Sal 11, 3).

Hoy se intenta descalificar todo pasado o interpretarlo desde la propia ideología, olvidando los cuatro saberes fundamentales que nos humanizan y nos liberan de esclavitudes: «la ciencia, que investiga lo que la realidad es y lo que puede dar de sí por la técnica; la filosofía, que pregunta por su sentido y su lugar en el cosmos; la ética, por la que el hombre sondea las metas de la perfección con sus deberes y responsabilidades; y la religión, que nos abre a una realidad sagrada, que da sentido a nuestra vida, alimenta nuestra esperanza y nos ofrece la salvación».

No se ataca la ciencia, pero se quiere imponer silencio en el campo de la filosofía, ética y religión, que crean un vacío de valores, de los que emerge la libertad.

Las preguntas cruciales del hombre verdadero hoy siguen siendo las cuatro de Kant: ¿qué puedo saber? A ella responde la ciencia y la metafísica. ¿Qué debo hacer? A ella responde la moral. ¿Qué me está permitido esperar? A ella responde la religión. ¿Qué es el hombre? A ella responde la antropología.

Una sociedad que cierra las posibilidades públicas de hacer esas preguntas y hallar en libertad las correspondientes respuestas está devolviéndonos a fases preilustradas y dictatoriales.

Ciencia, filosofía, ética y religión son los cuatro pilares de la casa humana: si alguno de ellos se quiebra la casa amenaza con derrumbarse.

Percatémonos de esta realidad y reaccionemos con coraje a este imperativo sagrado.

Roto el vínculo entre verdad y libertad se derrumba la escala de valores y se da una catástrofe antropológica. Síntomas o muestrario de este hecho es el desprecio de la vida humana y la violación de los derechos fundamentales de la persona, que lleva a una crisis de la libertad en los individuos, en la familia y en la sociedad.

Juan Pablo II decía : *Solamente la libertad que se somete a la verdad conduce a la persona a su verdadero bien. El bien de las personas consiste en estar en la verdad y en realizar la verdad* (Veritatis splendor).

◄ Ante este panorama es actual el mensaje de Pablo: *Cristo es nuestro libertador: para ser libres nos liberó* (Gal 5,1).

• La Eucaristía, sacramento del Amor, es el pan de la libertad y el viático del valor y del martirio.

Ante esta realidad nos preguntamos: ¿Qué podemos y qué debemos hacer como Cristianos?

• Para el mundo judío el Año Jubilar era una institución que había calado en el pueblo como respuesta a las exigencias de la justicia. Asimismo, la celebración de la Pascua era el aniversario del día de su liberación.

Para el nuevo Pueblo de Dios, Iglesia, Cristo, nuestra Pascua, representa el drama de su vida, cumpliendo la voluntad del Padre en servicio de los hombres.

Así San Juan lo narra: «*...que sabiendo que había llegado la hora para pasar de este mundo al Padre..., habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*» (Jn 13,1) Y no hay amor más grande que el que da la vida por la persona amada (Jn 15,13).

Situando la Pascua Cristiana en línea con el contenido de la Pascua Hebrea: «liberación», en cada Eucaristía damos un paso más hacia la conquista de la libertad...

El «hacer esto en memoria mía», gesto redentor, nos posibilita salir del callejón de nuestras esclavitudes y sentir la libertad de los Hijos de Dios.

San Ireneo, tan fascinado por la libertad que Cristo nos trajo, hasta el punto de afirmar «que los primeros discípulos fueron predicadores de la verdad y apóstoles de la libertad», presenta la Eucaristía bajo el aspecto de libertad.

Las primeras Comunidades Cristianas, aún en medio de su persecución, testimonian que, a pesar de verse privadas de libertades externas, gozaban de una libertad interior tan intensa que iban recreando una sociedad renovada por el amor y la justicia.

◄Como reclamo de actuación sirva la súplica que Juan Pablo II hizo en uno de sus viajes a África: *en nombre de la justicia, el sucesor de Pedro ruega a sus hermanos y hermanas en humanidad a no menospreciar a los hambrientos, a no negarles el derecho a su dignidad: ¿cómo juzgará la historia a una generación que tiene todos los medios para alimentar a todo el planeta y que se autoexcusa para no hacerlo en una ceguera fratricida?; ¿qué paz pueden esperar los pueblos que no ponen en práctica el deber de solidaridad?; ¿qué desierto sería el mundo si la miseria no encontrase el amor que da la vida?*

La solidaridad es trabajar por el bien común, por el bien de todos, porque todos somos de verdad responsables de todos.

¿Quién no desearía, de hecho, que el mundo fuera fraternal? La fraternidad, para que no sea una palabra vacía, tiene que generar compromisos. La justicia, la paz, la solidaridad, la fraternidad y la responsabilidad son exigencias que tienen que ver con la Eucaristía.

Frente al panorama actual que engendra tantas esclavitudes ¡que la Eucaristía sea el sol que con sus rayos ilumine toda la geografía humana!

◄ Para ello, lo primero que Cristo nos pide a los creyentes es que seamos fieles a su palabra: «si permanecéis fieles a mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos, conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 31-32).

Al mismo tiempo, el mundo, cansado de tanta palabrería, de tantas promesas y de tantas teorías nos exige obras y testimonios como lo atestigua el Crisóstomo: «vivid la Caridad que nace de la Eucaristía, con obras de Misericordia, para que la tierra se convierta en cielo».

Miremos a María, modelo de la restauración de la auténtica libertad desde la Anunciación hasta el Calvario, cantándole con fervor: «Quiero decir que sí, como tú, María».

Es verdad que sin el horizonte del cielo no se puede transformar la tierra, pero no pensemos como los hombres, pensemos como Dios, que lo que es imposible para los hombres es posible para Él. La ceguera, como a David, nos lleva al pecado, pero la confianza, como a Pedro, nos lleva a la santidad. Para San Justino, el alimento Eucarístico obra nuestra transformación.

Con esta bella oración ortodoxa rusa cerramos el trabajo:

Querido Padre del cielo, multiplica y haz madurar el pan de tal forma que alcance para todos; para el hambriento y el huérfano, para el que desea y pide y para aquel que lo toma y te alaba y para el que se marcha desagradecido. Danos el Pan. Danos la Paz. Da Pan y Paz a todos los hombres. También la Palabra es Pan. Danos imaginación para que se nos ocurra una palabra que sea pan para otro. Que se nos ocurra una palabra cuando hay discusión, angustia o sospecha.

Conviértenos en pan para los hambrientos del mundo: para los que padecen hambre en la lejanía y para los que necesitan de nuestro pan en la proximidad.

Ora ante el Sagrario

Concurso del «Millón infinito».

Un día, al director de un programa de televisión se le ocurrió organizar un superconcurso de preguntas. El premio a la totalidad de las respuestas sería de un millón infinito, es decir, un millón al que se podrían añadir a su derecha todos los ceros que el universo pudiera contener. Las respuestas del concursante afectarían a toda la humanidad. Por tanto, la audiencia estaba asegurada.

El presentador del programa resultó ser el mismo Dios. La audiencia estaba formada por todos los hombres y mujeres que existieron, existen y existirán. Se había disparado un interés inaudito, porque se trataba de conocer las claves de la felicidad.

Algunos de los aspirantes no pudieron participar, porque sus preguntas, poco acertadas, carecían de lógica como el afirmar que no es la verdad lo que nos hace libres, sino que la libertad nos llevará a la verdad.

Comenzaron a desfilar por el plató de la historia un sinnúmero de plebeyos y nobles, de pobres y ricos, de ignorantes y sabios, de agricultores y artesanos, de salvajes y «civilizados», de profetas y reyes, de químicos y físicos, de débiles y fuertes, de filósofos y teólogos de todas las religiones… Pudimos ver a Platón y a Aristóteles, a Ramsés II y a César Augusto, a Buda y a Mahoma, a Kant y a Heidegger, a Marx y Adam Smith, y así a todos los personajes que pretendieron mejorar la historia.

Algunos de los concursantes se aproximaban a la respuesta adecuada, pero ninguno acertaba con la totalidad.

Hasta que un día, hace ya dos mil años, se presentó un concursante

judío, nacido en Belén. Su figura impresionó a todos. La serenidad, el equilibrio, la verdad y el bien revestían su persona, mejor dicho, la configuraban. Él mismo era la respuesta a todas las preguntas. Su apariencia era tan humana, tan humana… que sólo podía ser Dios.

Todos los telespectadores, miles de millones, contemplábamos con admiración y perplejidad al Concursante que, con autoridad, claridad y sencillez, iba contestando a todas y cada una de las preguntas.

Entre las muchas preguntas que le hicieron, hemos seleccionado las siguientes:

- ¿Cómo se ha preparado usted para participar en el concurso?

Compartiendo mi vida con todos los hombres y mujeres de la humanidad. Me despojé de mi mismo y tomé la condición de siervo, haciéndome semejante a todos. Además, me humillé, obedeciendo hasta la muerte, y una muerte de cruz (Fil 2, 7-8).

-A las preguntas que se hace todo hombre: ¿quién soy yo?, ¿para qué estoy yo en el mundo?, ¿tiene sentido mi vida?, ¿hay vida después de esta vida?... ¿Qué respuesta se te ocurre?

El hombre es un microcosmos, creado a imagen y semejanza de Dios y elevado a la categoría de Hijo de Dios; con la misión de establecer aquí y ahora el Reino de Dios; con la convicción de que la vida, don de Dios, tiene un sentido trascendente y que tras su peregrinación por la tierra llegará a ver a Dios cara a cara, gozando de la felicidad por toda la eternidad. La última palabra no la tiene la muerte, sino la vida.

-Entonces... ¿cómo hay que tratar a los marginados, a los enfermos, a los débiles, a los que no sirven para nada, a la mujer y a los enemigos?

Con los marginados hay que compartir su dolor. A los enfermos y a los más débiles hay que ayudarles a recobrar su salud y hay que convencerse que de ellos es el reino de los cielos y en ellos se ha

encarnado Dios. De la gente que no sirve para nada, jamás hay que pensar en eliminarlos, porque Dios ha escogido lo necio del mundo para confundir a los sabios y lo débil para humillar a los fuertes, y la mujer tiene los mismos derechos y deberes que el hombre; a una mujer, María de Nazaret, le di la gracia más grande que puede darse a un ser humano: la hice mi propia madre. A otras las hice confidentes predilectas. A nuestros enemigos hay que amarlos: hay que rezar por ellos y ayudarles para que cambien de conducta.

-Si la verdad nos hace libres, ...¿qué pasos debemos dar para conseguir esa meta y qué opciones fundamentales debemos tomar para realizar dicho proyecto?

Debemos analizar el veredicto que se lanza contra la sociedad en la que vivimos: que es una sociedad injusta, basada en estructuras de pecado, que esclaviza, como la idolatría del dinero, del placer y del poder, savia que corre por el tronco cultural... La sociedad no se decide en el campo de lo político y económico, sino en lo cultural. Así la fe que no se hace cultura es una fe no aceptada, ni pensada ni vivida.

La sociedad injusta es fruto de unos comportamientos utilitaristas y de una filosofía consumista, con la consecuente ausencia de la conciencia social y de voces comprometidas, con sus nuevas bolsas de pobreza y con el rechazo del parámetro del verdadero desarrollo o rechazo del reconocimiento de la dignidad de la persona, del bien común y de la solidaridad. Después debemos intentar responder al reto de sustituir el imperio de la razón, al servicio de muchas sinrazones, por el imperio del amor, porque la razón crea opiniones que dividen, mientras que el amor une por el servicio. Del «pienso luego existo» de Descartes, debemos pasar al «amo, luego existo», de Pascal. En un conflicto laboral, cuando el pueblo de Dios se veía oprimido en Egipto, surgió la idea de un Dios libertador, que quiere el desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres.

La clave está en la solidaridad, que se convierte en caridad social, en civilización del amor y de opción preferencial por los pobres, interpelación para todo hombre de buena voluntad. El amor para Dios es lo suyo, como oblación sin fronteras hasta educarnos en saber dejar a Dios por Dios. ¿No es un reto permanente la radiografía que nos ofrece la sociedad actual: pobreza, paro, hambre, mendicidad, drogadicción, delincuencia ciudadana, minusvalías, grupos étnicos marginales, vida ascendente...?

Error grave es concebir la libertad sin contar con la verdad y con los derechos de los demás. De esta manera se llega al desprecio de Dios y del prójimo, con la violación de todos los derechos humanos y divinos.

-Por lo que veo, por todas sus respuestas, usted cree y conoce a Dios, ¿verdad?

Es más difícil dejar de creer en Dios que construir una ciudad en el aire. ¡Claro, que cuando echamos de nuestras vidas al Dios verdadero, cada uno se crea su propio Dios, su ídolo, que termina esclavizándolo! Si Dios no existe, todo está permitido. A Dios nadie lo ha visto. El Hijo Único es quien nos lo ha dado a conocer. Yo conozco a mi Padre, Dios, y Él me conoce.

-¿Tiene algo más que decir?

Que os améis los unos a los otros como Yo os he amado (Jn 13-14) por eso, si en algo tenéis que ser esclavos, que sea en el amor, ya que lo único que nos libera es el amor.

… Y así fueron haciéndole muchas preguntas al Concursante, a las que contestaba como jamás lo hizo, ni lo hará ningún otro.

Fue tan interesante lo que dijo que una editorial publicó las respuestas en un libro titulado Nuevo Testamento, al que precedía un largo prólogo que llevaba el título de Antiguo Testamento. Se han hecho miles y miles de ediciones.

Cuando terminó el programa televisivo, el Concursante (Jesús) se llevó una salva eterna de aplausos de toda la humanidad. Y el Presentador (Dios-Padre) le dio el premio del millón infinito, es decir, la Resurrección.

-¿Buscas, tú, caminos de libertad y justicia? Vive las opciones de Jesús:

Jesús opta por no alardear de su rango de Dios, ni de su poder de hacer milagros ni de su sabiduría y santidad.

Jesús opta con preferencia por los humildes y sencillos, por los niños y los ancianos, por los ciegos y los leprosos, por los pobres y por los pecadores.

Jesús opta siempre por el amor, por la alegría y la esperanza, por la igualdad y la libertad, por la relación con su Padre y la liberación de los oprimidos.

Jesús opta desde su propia libertad interior, buscando siempre la voluntad del Padre y el servicio a los hombres.

Jesús, Palabra del Padre, opta no tanto por la palabra, sino por la vida.

Jesús opta y queda comprometido en la instauración del Reino de Dios con sus luces y sombras, cuyo trono es la Cruz y su triunfo la Resurrección.

Jesús ha optado, no se vuelve atrás, por ti y por mí, por los que sufren y por los que están en paro, por todos los hombres de la humanidad.

Epílogo

Capítulo 16º

María, mujer de Eucaristía

Pablo VI en la Marialis Cultus describe con cuatro verbos la actitud de María frente al misterio eucarístico: *María es la virgen audiens, orans, patiens, offerens*.

De igual manera la comunidad cristiana debe ser la familia unida, que celebra y vive la Eucaristía, que escucha y ora, que ofrece y se compromete.

Es un hecho innegable que María congrega a la Iglesia en torno al altar como lo confirman Lourdes y Fátima, Guadalupe y el Pilar con todos los grandes santuarios.

¡Cuántos han encontrado su conversión en esas Eucaristías, presididas por María, en esos centros de espiritualidad!

El Magníficat, que cantó María en Ain-Karin, sigue resonando en estos pedazos de cielo en la tierra.

1.- En la escuela de María, mujer eucarística. (E.E)

Al contemplar a María como Madre y Modelo de Iglesia nos lleva a meditar su relación con el Santísimo Sacramento. Como el binomio Iglesia-Eucaristía son inseparables, lo mismo se puede decir del binomio María-Eucaristía. Por eso, la presencia de María en las celebraciones eucarísticas ha sido siempre unánime, tanto en Oriente como en Occidente.

No es difícil hacer una relectura del Evangelio de María desde una perspectiva eucarística, siguiendo su vida paso a paso, para profundizar en su espiritualidad.

¿No es el Magníficat, en síntesis, un canto de alabanza y acción de gracias por todo lo que Dios ha hecho con sus hijos, proyectado a un mañana sin ocaso?

¿No es Belén el altar desde donde María bendice con Jesús a pastores y Reyes, como lo hace el sacerdote en nuestras solemnes bendiciones con el Santísimo?

El mandato de Jesús *haced esto en memoria mía* está en línea con la invitación de María en Caná *haced lo que os dice Jesús*.

Fiados de la Palabra del Señor que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de cambiar el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre.

La Eucaristía nos remite a la Pasión y Resurrección, y al mismo tiempo a la Encarnación, ofreciendo María su seno virginal como primer sagrario del Verbo y como bellísima Custodia procesional.

¿No ves una analogía perfecta entre el Fiat, pronunciado por María como respuesta al Ángel en el misterio de la Anunciación, y el Amén, que decimos antes de comulgar?

¿Cómo imaginar los sentimientos de María, al escuchar de la boca de Pedro y de Juan, de Santiago y de los otros Apóstoles las palabras de la Ultima Cena: *esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros…* el mismo cuerpo, concebido en su seno por obra y gracia del Espíritu Santo?

¿No es el Calvario el lugar donde se cumple la profecía del anciano Simeón en el día de la Presentación de Jesús en el templo sobre el drama de la muerte del Salvador, en el que se prefiguraba el *Stabat Mater* al pie de la Cruz, ofreciendo a su Hijo por nosotros?

Con qué emoción oímos a Cristo en su primera Misa, dejándonos como herencia a su Madre: *Mujer ahí tienes a tu Hijo. Hijo, ahí tienes a tu Madre*, y es que la Eucaristía nos lleva a María, y María nos lleva a la Eucaristía.

2.- Relación María-Iglesia-Eucaristía

En este breve itinerario destacamos ante todo la dimensión mariano-eucarística de la vivencia eclesial desde sus orígenes a nuestros días, con su implicación teológico-pastorales.

Revalorizada la religiosidad popular, la sapiencia del pueblo, con su capacidad de síntesis, contempla, en su iconografía, lo divino y humano creativo, a Cristo y a María bajo la acción del Espíritu, la comunión y la institución, las personas trinitarias en sus operaciones ad intra y ad extra.

Este reciente resurgir ofrece una notabilísima contribución a la compresión y valoración de la presencia viva de la comunidad que celebra la Eucaristía, con su centro fontal en Cristo y con sus conexiones entre María, la Iglesia y la Eucaristía.

La vivencia eclesial se caracteriza en su praxis por su dimensión eucarística y mariana.

En Lourdes, por ejemplo, se advierte la presencia sobrecogedora materna de la Virgen y se observa, con idéntica evidencia, que el centro de la oración particular y comunitaria es la Eucaristía. María parece tener un ministerio carismático de guía de los fieles hacia la Eucaristía.

Son muy significativos los datos con los que San Lucas abre la primera historia del cristianismo: Aparece María con los Apóstoles en el Cenáculo, en el día de Pentecostés, preparándose para recibir al Espíritu e iniciar su acción misionera. No menos expresivas son las escenas marianas que San Juan ha incorporado en su evangelio: *Bodas de Caná y Calvario*.

De Caná, con toda la fuerza de su signo, pasa a la Pasión, donde María aparece como portadora de su maternidad. Si hasta ese momento es sólo Madre del Hijo, ahora también es Madre de la Iglesia; si antes su maternidad era física, ahora también es espiritual; si antes fue Jesús, el que nació de María, ahora es la Virgen la que recibe un nuevo nacimiento de su Hijo; si antes fue Jerusalén, madre de los dispersos, reunidos por Dios en su Templo, ahora es María, Madre de los pecadores, lavados por la sangre de su Hijo, la que crea la nueva Jerusalén, la Iglesia, animada por el Cristo Eucaristía. Y así al ser Madre de la Cabeza, lo es también madre de los miembros de su cuerpo..., es madre del Cristo místico y del Cristo eucarístico, y así la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia. Iglesia que no es sólo esencialmente eucarística, sino que también existencialmente eucarística.

En una mirada relámpago observamos que son múltiples las alusiones sobre la relación María-Iglesia-Eucaristía.

Del siglo II tomamos el contenido del célebre epitafio del obispo Averió, que presenta como alimento un pez que distribuye una casta virgen, símbolos de la Eucaristía y de María.

En el siglo IV San Efrén canta poéticamente a los lazos existentes entre María y la Iglesia, que celebra la Eucaristía.

San Buenaventura nos recordará que como el cuerpo físico de Cristo nos ha sido dado por manos de María, así de estas mismas manos debe ser recibido el cuerpo eucarístico.

Desde el siglo XI, en la iconografía religiosa, María aparece a la derecha de Cristo en la cruz con una copa para recoger la sangre redentora.

Muy digna de estudio es la obra del artista Miguel de Santiago (s. XVIII) en sus iglesias barrocas del Ecuador con el título «La Inmaculada Eucarística», que sostiene una custodia bajo la mirada de

las tres personas divinas, queriendo transmitirnos que la limpieza de María es la exigencia del sacramento de la Eucaristía.

En resumen, si la función materna de María fue engendrar y darnos a Cristo para que nos redima y ser depositaria del tesoro de la gracia e intercesora ante el Padre, la Iglesia tiene idéntica finalidad: darnos a Cristo, distribuir la gracia, orar por todos y actualizar el sacrificio redentor.

Si la Iglesia es el paraíso, María es el manantial de donde brota el río de gracias.

Te veo, pues Señora, tan presente en la mente y en los labios de tu Hijo, al hablarnos del reino de Dios, que al contarnos la parábola de la levadura y de la dracma perdida, no puede menos que afirmar que Jesús nos describe como amasabas el pan de cada día o buscabas la moneda que habías perdido en tu pobre casa de Nazaret.

Hoy te sentimos tan cerca y vemos como amasas el pan para la Última Cena y para las sucesivas misas postpascuales.

Mi mente se resiste a no verte en el Cenáculo.

¡Cómo se estremecería tu corazón al oír que ese cuerpo roto y esa sangre derramada sería para la salvación de todos! ¡Con qué fervor tomarías ese trozo de pan amasado y cocido por ti! ¡Con qué emoción oirías que ese pan es su cuerpo, el mismo que se encarnó en tu seno!

Cada vez que preparabas ese pan para aquellos primeros eucaristías domésticas, te veías en Belén, mimando aquella cuna de paja, pero que hoy se torna en cuna, hecha de harina limpia para convertirse muy pronto en el cuerpo y en la sangre de tu Hijo, por la transubtanciación.

¡Cómo me habría gustado estar a tu lado!

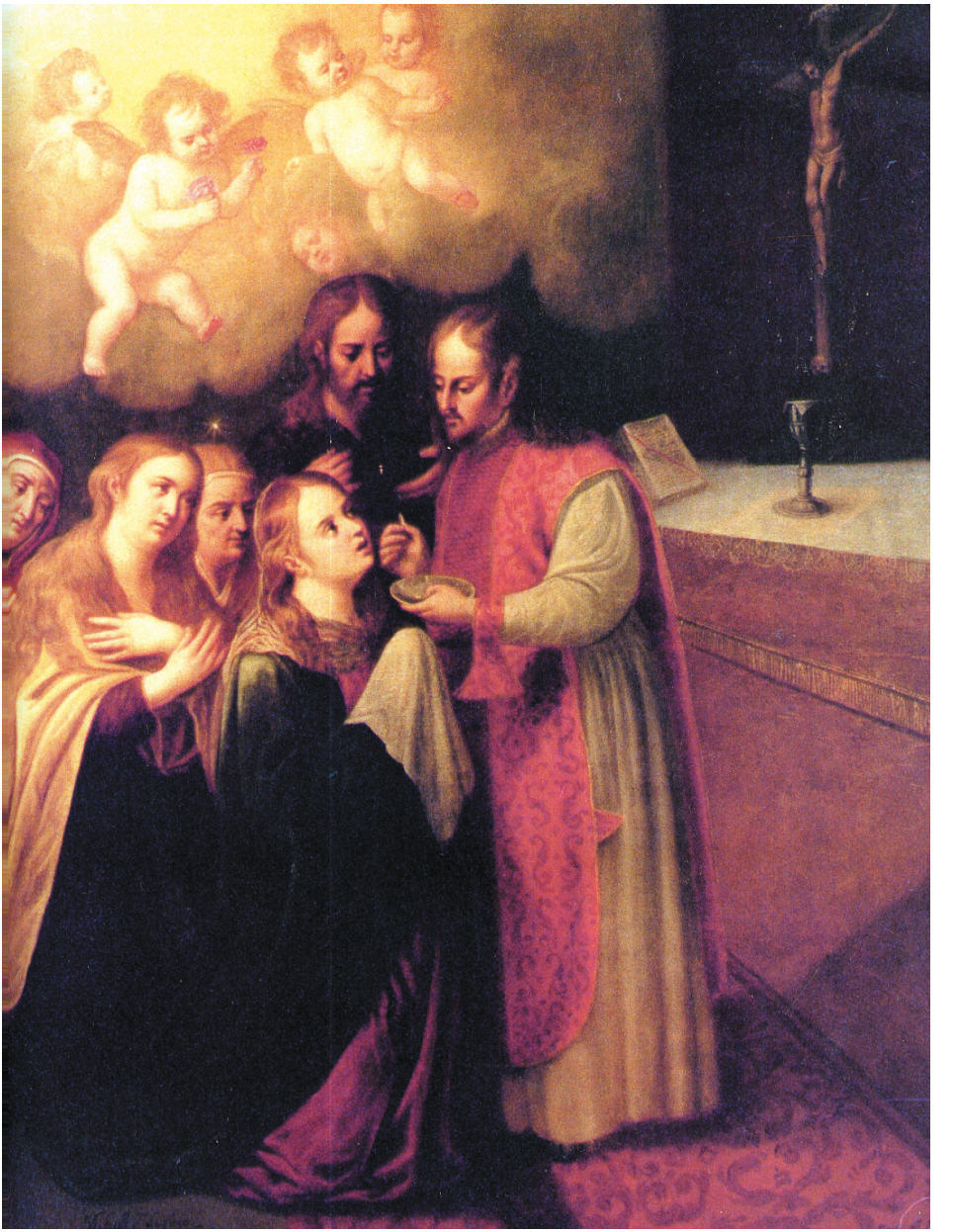
Pero no quiero engañarme por las apariencias. Amasar el pan para la Eucaristía no sólo es tomar harina entre las manos; es algo más: es

acercarse al impedido, al marginado, al niño que se prepara para su primera Comunión, es acercar a Jesús a todos los que se crucen en nuestro camino, es arrancar una sonrisa a ese joven frustrado en tan temprana edad…

Toma ese trigo ya triturado y cocido por el fuego de tu amor para que se convierta en un Cristo vivo.

Ayúdanos, Madre, a seguir amasando panes que se transformen en cunas eucarísticas.

Si yo fuera artista, mi brocha o pincel no se resistirían a colocarte en el lugar que te corresponde en la Santa Cena, con perdón de Juan de Juanes y Leonardo da Vinci.



Comunión de la Virgen

La Madre piadosa lloraba
mientras el Hijo pendía.

Cuya alma triste y llorosa traspasada y dolorosa
fiero cuchillo tenía.

Por los pecados del mundo,
vio a Jesús en tan profundo tormento
la dulce Madre.

Vio morir al Hijo amado,
que rindió desamparado
el espíritu a su Padre.

Haz que su cruz me enamore
y que en ella viva y more
de mi fe y amor indigno;

Porque me inflame y encienda,
y contigo me defienda
en el día del juicio.

(Laudes Virgen de los Dolores)

Ora ante el Sagrario

Secuencias marianas en claves eucarísticas

Ave Verum

Ave verum corpus, natum
de María Virgine
Vere passum, inmolatum
in cruce pro homine
Cujus latus perforatum
fluxit aqua et sanguine.
Esto nobis praegustatum
In mortis examine.
O Jesu dulcis, o Jesu pie,
o Jesu, Fili Mariae.

Salve, verdadero cuerpo
nacido de María, la Virgen
Verdaderamente atormentado
e inmolado en la cruz por los hombres.
Cuyo costado traspasado
vertió agua y sangre.
Haz que te gustemos
en el trance de la muerte.
¡Oh Jesús amable! ¡Oh Jesús piadoso!
¡Oh Jesús, Hijo de María!

El Ave Verum es una melodía, atribuida al Papa Inocencio IV (1362), que se cantaba durante la elevación en la Santa Misa, como saludo al Santísimo. Es un canto al cuerpo de Cristo que, antes de su pasión, durante la Última Cena se ofrece como Alianza. En aquella Cena ritual instituye el Sacramento de su Cuerpo, que había recibido de su Madre, la Virgen Inmaculada.

Después entrega a los apóstoles el cáliz de su sangre bajo las especies de vino; sangre, que anima el cuerpo recibido de María. Sangre que había de ser derramada, llevando a cabo el misterio de la redención, convirtiéndose para nosotros en sacramento de vida y en viático para la eternidad; por eso, en este himno eucarístico y mariano pedimos que lo gustemos en el trance de la muerte.

◄ **Ave verum corpus natum de Maria Virgine**. Salve verdadero Cuerpo, nacido de María Virgen.

Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a Nazaret y entrando donde estaba María le saludó, diciendo: *Alégrate, llena de*

gracia, el Señor está contigo. No temas, por que has hallado gracia delante de Dios y vas a concebir en tu seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El Espíritu vendrá sobre ti, y por eso el que ha de nacer será llamado Hijo de Dios. Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. (Lc 1, 26-31).

… En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a una ciudad de Judá, entró en casa de Zacarías y saludó a su prima Isabel, que llena del Espíritu Santo exclamó: *Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirá todo lo que el ángel te anunció!* Y dijo María: *engrandece mi alma al Señor, por que ha visto la humildad de su esclava* (Lc 1, 39-46).

… Y sucedió que, mientras ella estaba en Belén, se le cumplieron los días del alumbramiento y dio a luz a su hijo primogénito... El ángel anunció a los pastores que les había nacido el Salvador, mientras los ángeles cantaban el Gloria... se pusieron en camino a toda prisa y encontraron a María y a José con el niño acostado en el pesebre. Los pastores se volvieron, alabando a Dios (Lc 2,1-20).

También vinieron unos Magos de Oriente, guiados por una estrella y llenos de alegría vieron al Niño con su madre María, y postrándose lo adoraron, ofreciéndole los dones de oro, incienso y mirra (Mt 2,1-12)

¿No podríamos empezar a construir el Evangelio de la Eucaristía y el Evangelio de María con estos pasajes bíblicos?

En la Anunciación María es el Sagrario del Verbo encarnado, enriquecido con oro y perlas preciosas de gracias y virtudes…, en la Visitación es la Custodia procesional del primer Corpus de la historia, que en su recorrido de Nazaret a la casa de Isabel al coro angelical se unen los peregrinos de todos los tiempos…, y en Belén, centro de espiritualidad y escuela de apostolado, María bendice a los pastores y a los Reyes con el Emmanuel, como en nuestras solemnes bendiciones con el Santísimo.

Si la Encarnación fue una comunión, la Visitación es una acción de gracias con su compromiso apostólico, sin demora.

Entró Jesús en María ¿a dónde lo lleva tan de prisa?

Veamos, Eucaristía y misión es un binomio inseparable.

La vida cristiana sin Eucaristía se convierte en centro sin circunferencia, en fuente sin río, en cumbre aislada sin ladera. Nuestro apostolado comprometido con el mundo es como un viaje de ida y vuelta: empieza, el de ida, en Cristo-Eucaristía y termina en el mundo; y empieza con el mundo, el de vuelta, y termina en Cristo.

Ser apóstol es llenarse hasta rebosar de Jesús, de su amor, de su vida, hasta contagiar a los demás.

Sin la Eucaristía el Cristianismo es nada; así a más Sagrario, más cristianismo, y a menos sagrario, menos cristianismo.

◄ **Cuius latus perforatum fluxit aqua et sanguine.** Cuyo costado traspasado vertió agua y sangre.

Se celebraba en Caná una boda y allí estaba María y Jesús con sus discípulos. Al faltar vino su madre le dice: mira que no tienen vino… Mujer, no ha llegado mi hora y que nos va a ti y a mí. María, sin embargo, les dice a los sirvientes: haced lo que os diga Jesús. Y el agua se convierte en vino, dándose de esta manera el inicio de los signos (Jn 2, 1-12).

Uno de los soldados atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua (Jn 19, 33).

Desde Caná nos dirigimos al Calvario para oír el testamento de Jesús, que firma con su sangre, y del que dan fe María y Juan: al ladrón le deja como herencia el cielo, después de una vida tan desastrosa, y a la humanidad no la deja huérfana, sino que nos da como madre a su propia Madre, la que engendró ese cuerpo, que se entrega por nosotros en la cruz.

Para Santo Tomás de Aquino la Eucaristía es a la vez signo conme-

morativo del hecho salvífico que tuvo lugar una vez para siempre, signo demostrativo de la salvación que se realiza en el presente, y signo prognóstico, o anticipación del banquete escatológico.

Con el mismo Santo Tomás recitamos con fervor la antífona laudatoria del Corpus: *¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura*.

Jesús en el ritual de la cena, viene a decirnos: voy a la muerte como verdadera víctima pascual como canta Isaías en el poema del siervo de Yahvé.

María no podía faltar en este momento. Recordando aquellas costumbres, en las que el hombre ganaba el pan y la madre era quien lo repartía entre los hijos, en el misterio salvífico, Cristo nos gana la gracia de la salvación, y María, al pie de la cruz, ofrece a su Hijo por nosotros y va llenando su corazón de la gracia redentora para distribuirla entre los hombres a través de los siglos.

Y por último nosotros no podemos olvidar que si del costado de Cristo salen unas gotas de agua y sangre, parece que Cristo nos está diciendo: aquí tienes mi corazón como casa donde puedes instalarte, pero antes debes echar de tu corazón lo que no te dé paz ni alegría para que yo me instale en el tuyo como mi propia casa.

◄ **Esto nobis praegustatum in mortis exámine.** Haz que te gustemos en el trance de la muerte ¡oh Jesús, amable y hijo de María!

Mira que estoy en la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él (Ap 3, 20)

Dios está en todas partes, pero el cuerpo de Jesucristo no está en todas partes, sino en el Cielo y en la Hostia consagrada, y por eso, los bienaventurados en el cielo y los amantes del Sagrario en la tierra pueden gozar de esta feliz compañía.

Si nuestra vida es un camino, unas veces encantador y otras fatigoso, que hay que recorrer día a día, necesitamos un albergue o posada donde descansar y compartir la cena con otros. Comer juntos conlleva relación, amistad, encuentro, servicios, fraternidad, vida familiar…

Mientras tu salud te lo permita no dejes de comulgar y de visitar el Sagrario; cuando los años y las fuerzas te lo impidan abre las puertas de tu hogar a Cristo, pidiendo la comunión.

¡Que aleccionador es el epitafio del Beato Manuel González!

> *Pido ser enterrado junto a un Sagrario, para que mis huesos después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! No dejarlo abandonado.*

¡Y qué poético es el canto de San Efrén, en el que subraya la relación profunda que existe entre la Virgen María y la Eucaristía:

> *María nos da la Eucaristía, en oposición al pan que nos dio Eva. María es, además, el sagrario donde habita el Verbo, hecho carne, símbolo de la habitación del Verbo en la Eucaristía. El mismo cuerpo de Jesús, nacido de María, ha nacido para hacerse Eucaristía».*

Cerramos nuestra oración con el bello poema compuesto por el Himnógrafo de la antigua Congregación de Ritos, para el 29º Congreso Internacional en Sydney, dedicado a la Virgen y a la Eucaristía (1928):

Dios te salve, madre de Jesucristo, a quien alumbraste en Belén, la ciudad famosa del pan. Desde entonces anuncias a todo el mundo el trigo elegido como alimento de los caminantes.

Eva dio el fruto de la muerte, pero a Ti te cupo la suerte de darnos el pan de Vida. Por eso clamas: venid aquí, comed el pan de la Vida, bebed el vino de Cristo.

Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, rogad por nosotros (Pío X).

APÉNDICE

San Tarsicio, mártir de la Eucaristía.

(música suave de fondo)

Catequista: ¡Escuchad! Esto dijo Jesús un sábado en la Sinagoga de Cafarnaún, después de haber multiplicado los panes y los peces.

Jesús: Yo soy el pan vivo que ha bajado del Cielo, el que come de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.

Oyente: ¿Habéis oído lo que dice? ¡Está majareta perdido! ¿Cómo puede darnos a comer su carne?

Jesús: Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día.

Oyente: ¿Estáis oyendo? Insiste en lo mismo. ¡Qué locura! ¡Esto es intolerable, intolerable!

Catequista: ¡Bueno, amigos! ¡No os exaltéis! ¡Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios. Dejemos que un testigo directo nos cuente la historia que él vivió muy de cerca, y que por ser paisano vuestro merece todo crédito.

Marcos: Todos me conocéis bien y sabéis que no miento. Sabéis que la fiesta de la Pascua es muy importante para nosotros, los judíos. Todos los años la celebramos recordando como Dios nos liberó de los Egipcios.

Por deseo expreso de Jesús preparamos la Cena Pascual en un salón de mi casa. Mirad y escuchad lo que Jesús hizo mientras comían: tomó

un trozo de pan, lo bendijo y lo partió… tomó después una copa y pronunció la acción de gracias y dijo:

Jesús: Esto es mi cuerpo. Tomad y comed. Esta es mi sangre, sangre que se derrama para el perdón de los pecados. Haced esto en memoria mía.

Oyente: Perdona, Marcos, pero esto suena a un cuento chino para comernos el coco.

Catequista: ¡Insensato, calla! Como puedes explicarte entonces que desde ese momento, hombres, mujeres y niños comenzasen a reunirse para poner en práctica el mandato del Señor. No interrumpas y deja que se explique Marcos, ya que te merece confianza.

Marcos: ¡Paisanos! Todos recordamos aquel día de Pentecostés. Un puñado de hombres se echaron a la calle sin miedos para hablar del Jesús que habían crucificado, pero que Dios lo resucitó. Nada pudieron hacer los poderes públicos ante aquella piña humana que vibraba ante la noticia que recibían y que como fuego prendía en sus corazones.

Oyente: ¡Bien! ¡Eso fue todo y ahí terminó todo! ¿verdad?

Marcos: Al revés ¡ahí es donde comienza! Había forasteros pero todos entendían el mensaje. Ahí nadie era extranjero; veníamos de todo el mundo pero caminábamos hacia la misma meta. Y para llegar a esa meta, en Jerusalén, en Antioquia, en Roma, en todas partes nos juntábamos y desde entonces nos reuníamos todos los Domingos, con alguno de sus testigos inmediatos, y hacíamos la Eucaristía.

Niño: Entonces, por lo que Vd. insinúa, el tiempo en que vivió San Tarsicio, debieron ser unos días difíciles, ¿verdad?

Historiador: ¡Así es! Por el año 246, fecha del nacimiento de Tarsicio, y el año 258, fecha de su muerte, reinaban los Emperadores Decio y Valeriano, que se ensañaron contra la Iglesia, para apoderarse

de sus pocos bienes y porque los cristianos se negaban a rendir culto idolátrico a sus personas. Y no fueron las persecuciones lo que más daño hizo a la Iglesia, sino las apostasías de muchos. En el mandato de Decio, Tarsicio tenía 5 años, y en el de Valeriano 12.

Catequista: Entonces, ¿cómo se entiende que, siendo los cristianos unos ciudadanos ejemplares y habiendo tantas fiestas religiosas en el mundo romano, se persiguiera tan cruelmente a los cristianos?

Historiador: Muy sencillo. El Panteón o templo de todas las divinidades admitía a cualquier dios, el Dios de los cristianos se resistía a vivir con los ídolos.

Además las fiestas religiosas más que cultuales eran verdaderas orgías, fomentadas por los gobernantes. Ante tanta bancarrota de vicios el politeísmo iba cediendo al auge del cristianismo, con su mensaje de liberación y fraternidad sin fronteras y se iba imponiendo poco a poco en las diversas capas de la sociedad, desde los esclavos a los patricios, y desde las chabolas hasta la casa del César.

Catequista: ¡Gracias, amigo! Nos has ilustrado de una forma tan sencilla que sin darnos cuenta nos has metido en el mundo de San Tarsicio.

Ahora quiero dirigirme a vosotros, niños que habéis hecho la primera comunión o estáis preparando ese momento tan feliz. Os veo contentos y eso, ¿por qué?

Niño: Porque es a Jesús a quien vamos a recibir. Ese Jesús que no se cansaba de los niños y continuamente repetía: «Dejad que los niños se acerquen a mi». Y a los mayores les insistía que tenían que ser como niños. Yo quisiera amar a Jesús como un San Tarsicio.

Tarsicio: Ya el historiador os ha contado que hace muchos, muchos años los cristianos éramos muy perseguidos. Por eso teníamos que ocultarnos en las catacumbas para ir a Misa y comulgar.

Niño: ¡Sí! Ahora que recuerdo un día mi catequista nos contó que, un día en la catacumba de San Calixto, el Papa, al terminar la Misa, pidió un voluntario para llevar la comunión a los cristianos que iban a ser comida de las fieras.

Catequista: Era una misión muy peligrosa, porque por las calles de Roma circulaban hombres muy crueles a la caza de cristianos para llevarlos al circo romano. Hubo muchos ofrecimientos, hasta un niño de 12 años.

Tarsicio: ¡Ese niño era yo! Después de ver los riesgos de esa misión, el Papa confía en mi y me entrega los santos misterios para llevárselo a los presos.

Catequista: Tarsicio, cuéntanos lo que te pasó en tu recorrido hacia la prisión, donde tantos cristianos te esperaban.

Tarsicio: No puedo olvidarlo. Mientras avanzaba por aquellas calles solitarias, salió a mi encuentro un grupo de chavales que me obligaron brutalmente a que me quedara con ellos y completara el número que les faltaba para el juego. Ante mi negativa y excusas me pisotearon, me apedrearon, y lo más grave es que descubrieron que llevaba la Hostia Santa; intentaron robármela para profanarla. Yo me resistí, y cuando estaba medio muerto, apareció Sebastián, cristiano ejemplar y soldado de las milicias romanas.

Sebastián: ¡Basta ya, hijos de Satán! Herido de muerte a orillas del Tiber cogí el cuerpo de Tarsicio. Murió en mis brazos. Su cuerpo era como un altar sobre el que resplandecía la Hostia sacrosanta. Acompañado por muchos cristianos deposité sus restos en la catacumba de San Calixto, mientras El volaba al cielo. Fue un verdadero mártir de la Eucaristía

Periodista: En una de mis visitas a Roma visité la catacumba de San Calixto y aún se respiraba la felicidad de unos apóstoles que azotados

brutalmente se sentían contentos de haber sufrido algo por Cristo. Parecía que estaba viendo a Pablo y Silas, metidos en una mazmorra que, aprisionados con cepos, entonaban himnos a Cristo, causando admiración a los demás presos.

¿De dónde sacaban esa paz y alegría? Me preguntaba y me vino a la memoria la entrevista que hice a la madre Teresa de Calcuta al recibir el premio Nobel de la Paz. ¿Es Vd. feliz? ¿No se me nota? ¿Y cuál es el secreto de su felicidad? Y me respondió: La Eucaristía. Comprendí que la raíz de toda dicha está en la fe, en el amor a Dios, en la Eucaristía.

San Dámaso: Sabéis que soy español y llegué a ser Papa. Visitaba con frecuencia las sepulturas de los mártires. De rodillas ante la tumba de San Tarsicio, emocionado escribí este bello epitafio:

Queriendo, a San Tarsicio, perros rabiosos
la carne de su Dios arrebatar,
antes que los miembros celestiales
la propia vida prefirió entregar.

(música triunfal)

Abreviaturas

Am. – Amós
Ap. – Apocalipsis
A.T. – Antiguo Testamento
C.C. – Cantar de los Cantares
Col. – Colosenses
Cor. – Corintios
Dn. – Daniel
Dt. – Deuteronomio
D.V. – Dei Verbum
Ecl. – Eclesiastés
E.E. – Ecclesia de Eucharistia
Eclo.– Eclesiástico
Ef. – Efesios
Ex. – Exodo
Ez. – Ezequiel
Fil. – Filipenses
G.S. – Gaudium et spes
Gn. – Génesis
Hbr. – Hebreos
Hch. – Hechos de los Apóstoles
Is. – Isaías
Jer. – Jeremías
Jn. – Juan
Lc. – Lucas
Lv. – Levítico
Mal. – Malaquías
Mc. – Marcos
Miq. – Miqueas
Mt. – Mateo
N.T. – Nuevo Testamento
Prov. – Proverbios
Ptro.- Pedro
Rg. – Reyes
Rom.- Romanos
Sab. – Sabiduría
Sal. – Salmo
Sc. – Sacrosanctum Concilium
Tim. – Timoteo

Índice

Presentación 5
Capítulo 1º - La Iglesia vive de la Eucaristía 7
TEMA I.- ASPECTO DOGMÁTICO 21
Capítulo 2º - Presencia real de Jesús en la Eucaristía 21
Capítulo 3º - La Eucaristía – Sacrificio 33
Capítulo 4º - Eucaristía – Comunión 45
TEMA II.- REFLEXIÓN BÍBLICO-TEOLÓGICA 59
Capítulo 5º - La Eucaristía en la Biblia 59
Capítulo 6º - Eucaristía y Trinidad 73
Capítulo 7º - La Eucaristía y la Iglesia 85
TEMA III - SÍNTESIS HISTÓRICA 97
Capítulo 8º - Eucaristía en los grandes pensadores 97
Capítulo 9º - La Eucaristía en el arte y literatura 117
Capítulo 10º - La Eucaristía en la música 139
Capítulo 11º - Corpus Christi 153
Capítulo 12º - Congresos Eucarísticos internacionales 165
Capítulo 13º - El domingo día del Señor 187
Capítulo 14º - La misa paso a paso 199
Capítulo 15º - La Eucaristía y la transformación del mundo 227
Capítulo 16º - María, mujer de Eucaristía 241

Se terminó de imprimir este libro
el día 19 de Marzo de 2006
Onomástica de San José,
en los talleres de Catena 3, S. L.
de la ciudad de Jaén.